

## CAPÍTULO 2

### LA LUCHA POR GIBRALTAR

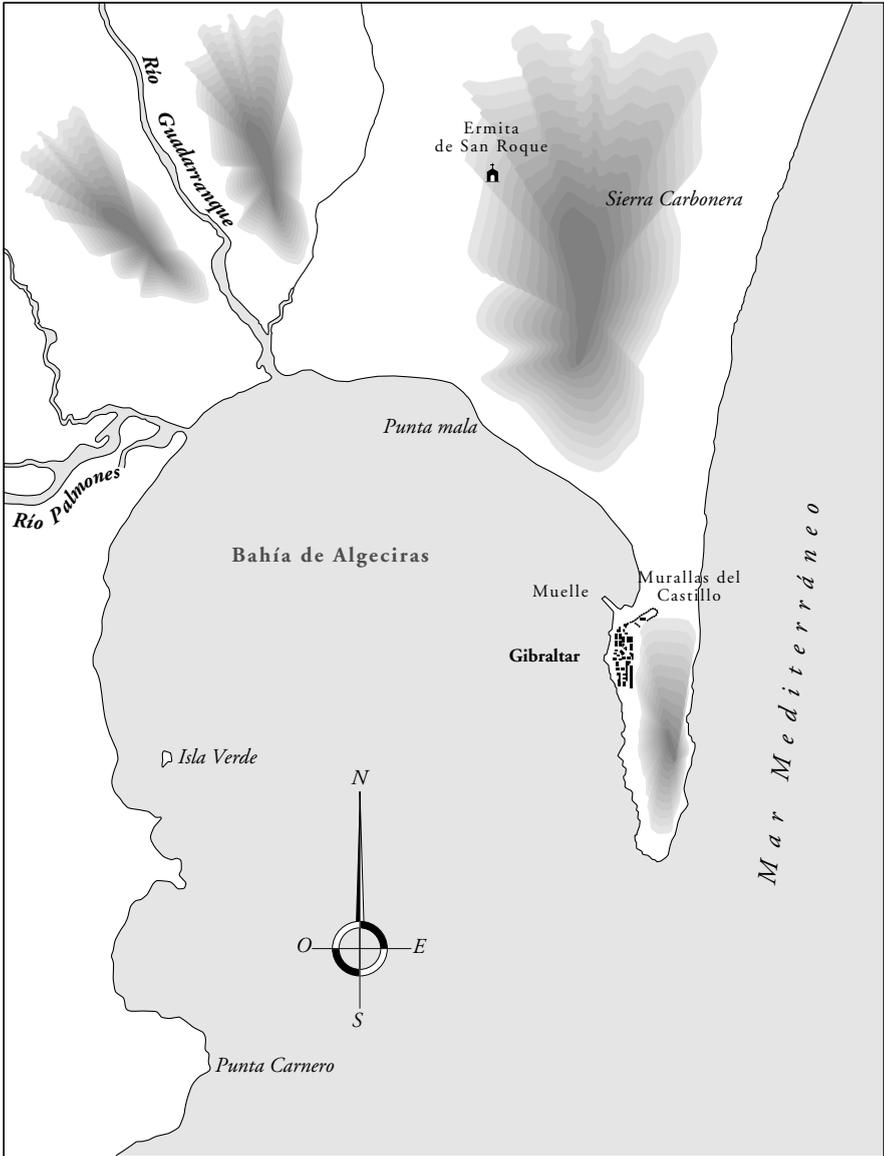
Con el nuevo siglo comenzó un nuevo periodo en la historia de España, a consecuencia del cambio dinástico, y en la historia de Gibraltar, que cambió de soberanía. Frente a aquellos que niegan la importancia de la individualidad en la evolución de una comunidad (la insignificancia del sujeto frente a las fuerzas invisibles de la historia) o quienes mantienen la invariabilidad de las sociedades por encima de los cambios episódicos y superficiales (la *longue durée* braudeliana, suponiendo que la identidad de los gobernantes apenas produce una variación de los tonos y las modas, de las simpatías y los estilos), el cambio que se produjo en España en los primeros años del siglo XVIII demuestra que las cuestiones de Estado estaban en el Antiguo Régimen íntimamente unidas a las singularidades de los gobernantes. Aunque en el transcurso de la historia de un país las transformaciones de fondo no pueden resultar bruscas, existen elementos y agentes precipitadores de cambios acelerados y profundos. Para desgracia de los coetáneos a estos cambios, uno de los principales elementos suelen ser las guerras.

### *La guerra de Sucesión*

Entre 1702 y 1714 se desarrolló una guerra que desbordó con mucho las fronteras españolas, aunque fuera la Corona hispánica el fundamental objetivo —aunque no único— de la misma. En Europa fue una contienda de fuerzas aliadas para frenar la extensión de la potencia francesa; en España, una guerra civil en defensa de dos candidatos al trono, pero más en el fondo se encuentra la oposición de algunos territorios a perder las singularidades y autonomías que habían perdurado bajo los Austrias.

En Carlos II, el último rey de esta dinastía, se concentraron los efectos negativos de la feroz consanguinidad matrimonial seguida entre las dos ramas de los Habsburgo, la española y la austriaca. Pero no sólo su debilidad física explica el triste final de su reinado; el siglo XVII fue un acelerado declive en todos los campos de la anterior fortaleza española: la disminución de las rentas americanas hizo mermar directamente las capacidades de la monarquía; la concentración en latifundios a través de los mayorazgos y manos muertas a lo largo del siglo XVI hizo disminuir la población agrícola, lo que en un sistema arcaico conlleva la reducción de la producción agraria; de igual modo, la producción industrial decayó, impidiendo sostener un adecuado mercado con los virreinos americanos —inclinados crecientemente al contrabando—, lo que producía la reducción de los ingresos y el paulatino empobrecimiento del país. El aumento de los ejércitos y, en consecuencia, el coste de las guerras disparó los gastos de una política de gran potencia, lujo que España ya no podía permitirse. Finalmente, la monarquía de Carlos II manifestó el debilitamiento moral que habían alcanzado todos los niveles de la administración, detentados mediante designación o compra por una nobleza que tras un siglo de validos contemplaba la cercanía a la Corona más como un medio de enriquecimiento y preeminencia que como el necesario complemento a su identidad originaria. El resultado de esta decadencia era percibido por el resto del continente: al igual que el imperio turco a comienzos del siglo XX, España era a finales del XVII el «enfermo de Europa», el reparto de cuya descomposición ya se disputaban el resto de las potencias. Sin embargo, el corolario de este retrato no se explicaría sin el desencadenante del final de los Austrias: la muerte de Carlos II sin descendencia.

Niño enfermizo, Carlos II arrastró a lo largo de su vida una salud quebradiza que mediatizaba su personalidad y capacidades; la fuerte influencia de su madre, la reina Mariana de Austria, también coadyuvó a incrementar sus limitaciones naturales. El rey de hecho nunca gobernó, alargando la fórmula característica de la España del siglo XVII de entregar el poder a validos: Nitard, Valenzuela, Juan de Austria, Medinaceli, Oropesa. Carlos II se casó en prime-



MAPA 2. Gibraltar y la bahía.

ras nuncias con la princesa francesa María Luisa de Orleans, pero su muerte en 1689 (a consecuencia de una sospechosa intoxicación) obligó a un segundo matrimonio que permitiera la concepción de un heredero; en esa ocasión fue elegida María Ana de Neoburgo, pero pronto se disiparon las esperanzas de descendencia. La sucesión al imperio español, territorialmente más extenso que ningún otro de los que acumularan las potencias europeas, comenzó a ser el primer tema de atención para las cortes del continente. Existían tres candidaturas calificadas: un hijo del emperador germánico (el archiduque Carlos de Ausburgo, sobrino de la reina Mariana), un descendiente de Luis XIV (Felipe de Anjou) y José Fernando, príncipe electo de Baviera. Las dos primeras soluciones estaban en contra de los equilibrios alcanzados en Westfalia, serían combatidas por la potencia excluida y contarían con la oposición frontal de Inglaterra y Holanda, las potencias marítimas: una restauraba de hecho la monarquía imperial de Carlos V y la otra significaba la extensión del poder francés hasta límites antes no soñados. En consecuencia, desde Madrid se propiciaba como más factible la solución bávara; esta opción contaba con el apoyo inglés, si bien, para hacerla más asumible por las otras dos candidaturas, desde Londres se introduce la idea del reparto, que en principio es respaldada por Luis XIV (tratado secreto de La Haya, 1698). La respuesta desde Madrid fue la redacción de un testamento en el que se otorgaba la sucesión a la integridad de la monarquía española a José Fernando de Baviera (septiembre de 1696, ratificado en noviembre de 1698); sin embargo, el joven príncipe muere a comienzos de 1699, dejando la cuestión sucesoria en una situación aún más comprometida. Reiterado por las potencias el propósito del reparto, las intrigas en la corte del moribundo Carlos II no impidieron que se impusiera la solución más factible para conservar la independencia e integridad de la monarquía española: el rey firmó un testamento en el que establecía el orden sucesorio en favor de Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV, con la expresa prohibición del reparto y de la unión en una sola cabeza de las Coronas española y francesa (3 de octubre de 1700). Muerto Carlos II un mes después, el rey francés aceptó el testamento aun conociendo que eso implicaba la guerra contra el emperador. Una guerra internacional que en suelo español se convirtió en guerra civil con fuerte apoyo externo.

Felipe V entró en Madrid en febrero de 1701 siendo reconocido como nuevo rey (en las Cortes reunidas en Zaragoza y Barcelona el reconocimiento se dio con menor entusiasmo). En principio también fue reconocido por Inglaterra y Holanda; pero al mismo tiempo estas potencias urdían la Gran Alianza (Imperio Germánico, Inglaterra, Holanda y posteriormente Portugal), lo que provocó el estallido de la contienda en mayo de 1702. La guerra de Sucesión se prolongó hasta 1714, en un marco que desborda el escenario español; de hecho, la primera fase (1702-1703) se desarrolló fuera de España (ataques borbones en

Italia, ocupación de Saboya, intento de expedición contra Viena). Con la entrada de Portugal del lado de la alianza antiborbónica el suelo español se convirtió en el escenario principal de la contienda, con la sublevación de los territorios de la Corona de Aragón y la toma inglesa de Gibraltar y Menorca; mientras en el escenario europeo las fuerzas aliadas causaban las primeras derrotas importantes a Luis XIV (Höchstädt, Ramilliers, Blenheim). A partir de 1708, la última fase de la guerra tuvo los frentes orientales franceses como focos principales de la acción bélica, siempre con reveses importantes para Francia; sin embargo, en el frente aliado se produjeron cambios profundos: en Londres, el gobierno de los *whigs* de Marlborough fue sustituido por el de los *tories* liderados por Bolingbroke, más preocupado por solucionar el problema sucesorio interno; y en Viena, la muerte del emperador José I produjo la elección para sucederle del archiduque Carlos. En los países aliados no existía el menor interés en ver reconstituida la potencia imperial de un nuevo Carlos V, mientras que se sabía que la debilidad financiera de Francia le obligaba a aceptar sacrificios a cambio del reconocimiento de Felipe V. A mediados de 1712 se firmó el armisticio anglofrancés y durante el año siguiente un Congreso reunido en la ciudad de Utrecht negoció los tratados de paz de Francia y España con los países aliados, aunque con el Imperio no se alcanzó la paz hasta septiembre de 1714 (paz de Rastadt); fecha en la que también finalizó la guerra en España, donde la Diputación de Barcelona había continuado en solitario la defensa del archiduque<sup>1</sup>.

El sistema de paces de Utrecht dividía de facto la herencia española e impedía la unión dinástica de las coronas española y francesa; por encima de cualquier otro valor, sentaba las bases para un nuevo equilibrio europeo, sustentado en la aceptación de dos focos principales de poder —París y Viena—, sobre los que giraban otras potencias menores, y un centro contrabalanceador —Londres—. Aun derrotada, Francia seguía siendo poderosa; Austria incrementaba sus territorios en Italia y Países Bajos; e Inglaterra podía centrar toda su atención en la expansión comercial ultramarina. España había sido el gran país sacrificado, despojado de sus posesiones europeas y mutilado su propio territorio con la obligada cesión de Menorca y Gibraltar.

### *La pérdida del Peñón, la conquista de Gibraltar*

El interés inglés por el Estrecho se había mantenido desde al menos medio siglo antes del estallido bélico; los ataques y asaltos sobre Cádiz, las preten-

<sup>1</sup> H. Kamen (1974): *La Guerra de Sucesión en España: 1700-1715*, Barcelona, Grijalbo. P. Voltés Bou (1990): *La guerra de Sucesión*, Barcelona, Planeta.

siones de Cromwell sobre Gibraltar y el dominio efectivo pero pasajero sobre Tánger evidenciaban la aspiración inglesa de tener una base en la zona para controlar el tráfico entre el Mediterráneo y el Atlántico, inquietar el comercio español con sus territorios americanos y potenciar la red de factorías y colonias que Londres estaba urdiendo alrededor del mundo. En las negociaciones secretas que precedieron a la muerte de Carlos II, el rey inglés Guillermo III garantizó a Luis XIV su aceptación de la candidatura de Felipe de Anjou a cambio de las plazas de Mahón, Ceuta, Orán y Gibraltar, y el rey francés estuvo dispuesto a ceder las dos primeras, aunque cuando murió Carlos II y se conoció su último testamento, las ofertas fueron rápidamente olvidadas. Una vez reconocido Felipe V, Londres mantuvo una doble línea diplomática: al tiempo que se sumaba y organizaba la Gran Alianza contra Luis XIV, en el mismo Versalles ofrecía su reconocimiento a Felipe V a cambio de medidas y garantías en el comercio con América y el Mediterráneo. Luis XIV no sólo no accedió a ellas, sino que provocó la reacción angloholandesa cuando arrancó sin dificultad del nuevo rey español una serie de concesiones muy lesivas para las potencias aliadas: se hizo nombrar procurador en el gobierno de los Países Bajos, ocupó plazas en la «barrera» holandesa y otorgó a comerciantes franceses concesiones en el tráfico comercial con la América española.

A pesar de que Guillermo III murió incluso antes del comienzo de la guerra, los objetivos ingleses en la misma no variaron, respondiendo a dos líneas de actuación: por una parte, impedir que Francia se convirtiera en la potencia hegemónica en Europa y controlara las colonias hispanoamericanas, lo que unido al potencial de las colonias francesas en Norteamérica hubiera puesto en grave riesgo la pervivencia de las colonias inglesas en la costa atlántica norteamericana; y, por otra, hacer realidad sus planes de presencia y control del Estrecho de Gibraltar y alcanzar beneficios en el comercio americano. Huelga señalar la ausencia de cualquier objetivo de legitimidad, como se evidenció en el cambio de estrategia de Londres una vez fue proclamado emperador el archiduque Carlos y aun más explícitamente en el memorial *Defensa del tratado de Utrecht* que Bolingbroke redactó ante la acusación *whigs* de no haber sacado todo el partido de la derrota francesa.

Aunque la potencia militar de Francia y la presencia estratégica de tropas españolas en la Península italiana y Países Bajos hicieron que al comienzo de la guerra las victorias se sucedieran, esto no hizo superar las graves debilidades que a medio plazo se evidenciaron: las tropas españolas proborbónicas no disponían de recursos humanos y técnicos suficientes para mantener una larga contienda; y aún más trascendente, no existía una armada borbónica que pudiera equipararse al potencial conjunto angloholandés. En consecuencia, los primeros reveses para la causa borbónica comenzaron a producirse por mar.

Ya en 1702 se iniciaron los preparativos por agentes holandeses para un desembarco aliado en algún punto de las costas andaluzas, posiblemente Cádiz, en connivencia con el almirante de Castilla, conde de Melgar, partidario del archiduque Carlos<sup>2</sup>. Con los informes del agente y los contactos en Madrid, una flota angloholandesa de cincuenta buques de guerra se situó ante Cádiz a finales de agosto de 1702; al frente de la misma se encontraba el almirante inglés sir George Rooke —que conocía bien la zona por haberla frecuentado con antelación—, respaldado por el almirante holandés Allemond y unos catorce mil hombres al mando del duque D'Ormond; el objetivo proyectado era apoderarse de la plaza y convertirla en el centro de apoyo a la causa austriaca en el sur peninsular, lo que contribuiría a levantar toda Andalucía; en el caso de que esto no llegara a producirse podría garantizar una importante presencia, una vez que la supremacía marítima se daba por conseguida y Cádiz podía ser sostenido fácilmente por mar. A las tropas expedicionarias debían unirse desde Lisboa el príncipe de Hesse-Darmstadt, cabeza institucional de la operación a título de virrey, y el almirante de Castilla, conde de Melgar, lo que reforzaría la posición aliada. No están claras las razones por las que tal ataque no se llegó a producir tal como había sido concebido; fuentes castellanas hablan de la reacción de la nobleza y el clero andaluces, capaces de levantar numerosas tropas en todas las provincias, una vez que la capacidad de la Corona se encontraba muy mediatizada con la ausencia de Felipe V —en viaje por las posesiones italianas para conseguir su adhesión—, quedando sola la joven reina María Luisa de Saboya. Aunque dicha reacción hubiera podido producirse, el desplazamiento de una mínima tropa de auxilio suficiente para hacer frente a las tropas de desembarco hubiera necesitado un tiempo excesivo; de igual modo, las capacidades del ejército regular, a la orden del capitán general de Andalucía, marqués de Villadarias, apenas sumaban ciento cincuenta infantes y una treintena de caballos; por último, las defensas dinámicas de la ciudad de Cádiz estaban en manos de una tropa que no superaba los trescientos efectivos. Más probable es que el plan de ataque sufriera los inconvenientes de una falta de liderazgo clara y se produjeran divisiones entre los distintos jefes aliados; así se explica que el ataque ni siquiera llegara a producirse, pues apenas se dispararon unos cañonazos —más testimoniales que certeros— sobre los castillos de Santa Catalina y Matagorda, desatándose la tensión entre la tropa embarcada con los saqueos de los pueblos limítrofes —Puerto Real, Santa María, Rota—, con el único objetivo de la obtención de botín. Las desavenencias entre un conjunto de aliados aún sin coordinación precipitaron el fracaso del primer plan de ataque en el Estrecho.

<sup>2</sup> J. del Álamo (1942): *Gibraltar ante la historia de España. Compendio de los principales sucesos acaecidos en dicha ciudad, desde su fundación hasta nuestros días*, Madrid, Imprenta Helénica, p. 108.

En la primavera de 1704, las cosas habían cambiado: en septiembre de 1703 había sido coronado en Viena el archiduque como rey de España, Carlos III; el mando de las operaciones estaba mucho más coordinado<sup>3</sup> y, aunque la presión militar en distintas regiones europeas continuaba, los aliados tomaron la lógica decisión de trasladar a suelo español la contienda: la causa del archiduque no podría ser popular si Felipe V contaba con el reconocimiento de todos los territorios españoles. El objetivo de los aliados era no sólo ya la derrota de Luis XIV, sino convertir la guerra de Sucesión en una guerra civil entre españoles; dando por sentado el apoyo castellano a Felipe V, se contaba con levantar la zona sur y los reinos de la Corona de Aragón, cuyo tibio acatamiento hacía albergar expectativas a las potencias que habían reconocido a Carlos III. Con la entrada de Portugal en la Alianza, el archiduque se había trasladado desde Viena hasta Lisboa con la intención de entrar en territorio español para ser reconocido rey por alguna institución, lo que le permitiría salvar la falta de legitimidad fáctica que la causa borbónica sí ostentaba. El 9 de marzo el archiduque hizo público un extenso manifiesto en el que se ofrecía «para liberar a España del peligro en que está de caer en la esclavitud. El emperador, el Imperio, la Inglaterra y la Holanda le envían un legítimo rey»; y un mes después puso en práctica el proyectado plan: conquistar un centro de poder peninsular que lo reconociera como legítimo rey.

Desoyendo los consejos del almirante de Castilla, la ciudad escogida fue Barcelona y la flota al mando del almirante Rooke cruzó el Estrecho y se dirigió hacia las costas catalanas<sup>4</sup>; el príncipe de Hesse-Darmstadt logró desembarcar con cerca de dos mil hombres, pero en lugar de producirse un alzamiento de partidarios que hubiera permitido tomar la ciudad, la reacción de la tropa allí acantonada rechazó el ataque y el príncipe se vio obligado a retirarse. La alternativa entonces contemplada fue dirigirse al puerto francés de Toulon, con el objetivo de hostigarlo hasta conseguir que tropas francesas establecidas en la frontera saboyana se desplazaran, lo que hubiera permitido la reacción de Eugenio de Saboya (tal vez el militar más brillante de toda la guerra) y la entrada de tropas aliadas en suelo francés; la operación de nuevo

<sup>3</sup> El príncipe de Hesse-Darmstadt (Landgrave de Asia) era el comandante en jefe de las tropas de la Alianza en España y el almirante sir George Rooke había sido nombrado comandante de la flota; al respecto, la reina Ana le escribió una carta de su propia mano en la que le indicaba: «To pay the same obediente to the King of Spain as to the time and manner of his setting sail and as to the number of ships which shall be in readiness to attend him, as you would do to myself». Reproducido en George Hills (1974): *Rock of contention. A history of Gibraltar*, Londres, Robert Hale, p. 167.

<sup>4</sup> Según Dood, el conjunto de la flota estaba formada por 61 buques de guerra que portaban 4.104 cañones y 25.583 marineros y artilleros; otras 68 naves de transporte y apoyo trasladaban un ejército de 9.000 soldados. La única fuente que consigna estas cantidades, y a quien toda la historiografía posterior sigue, es J. S. Dood (1781): *The Ancient and Modern History of Gibraltar*, Londres, Murria.

se desestimó por la negativa del duque a apoyarla, lo que condujo de nuevo al príncipe de Hesse-Darmstadt y la flota de Rooke hacia el Estrecho.

Fue entonces cuando en Lisboa se impuso la tesis del almirante de Castilla, marqués de Melgar: desembarcar en algún punto de Andalucía, hacer frente a los escasos efectivos militares y tomar la ciudad de Sevilla, donde sería proclamado rey Carlos III. Desde Lisboa se despacharon cartas para Rooke, que tuvo en su poder instrucciones cuando estaba a la altura de Tetuán para dirigirse a Cádiz y desencadenar un ataque de asalto; se habían barajado otras alternativas, como «Sanlúcar, y la de ocupar Gibraltar; pero ambas, aunque más fáciles de conseguir, se tienen por caso imposible de conservar, y Cádiz que es la más fácil de conservar, está y muy probable de conseguir»<sup>5</sup>.

Los almirantes inglés y holandés celebraron un consejo de guerra a bordo del *Royal Catherine* (27 de julio de 1704), en el que de forma conjunta decidieron desoír las órdenes superiores por considerar el ataque sobre Cádiz improcedente si no se respaldaba con un ejército desde tierra. Al mismo tiempo, determinaron elegir otro punto de ataque, y el objetivo se fijó en Gibraltar. Los almirantes determinaron tres razones para explicar su decisión: la plaza estaba deficientemente defendida, su posesión sería de un gran valor estratégico durante la guerra y la captura de tan significativa ciudad empujaría a los partidarios andaluces de Carlos III a declararse a favor del pretendiente. Sin esperar la respuesta del propio archiduque desde Lisboa, Rooke estableció el plan de ataque: cuatro regimientos de infantes de marina ingleses y otros cuatro alemanes, a las órdenes del príncipe de Hesse-Darmstadt, desembarcarían en el istmo para incomunicar el Peñón y proceder a su asalto; si fuera necesario, la flota abriría fuego sobre la ciudad «hasta rendirla a la obediencia del rey de España»<sup>6</sup>.

La actitud de los jefes militares de la expedición podría resultar paradójica, nada menos que el comandante en jefe de las fuerzas aliadas y el comandante de la Armada desobedeciendo las instrucciones del mismo archiduque y tomando iniciativas para las que no estaban legitimados por carecer de respuesta superior. Sin embargo, resulta menos paradójica si se tiene en cuenta tanto la pretensión estratégica inglesa en la guerra —conseguir el control del Estrecho— como las necesidades operativas en un tiempo en el que las órdenes no podían darse con la fluidez que los acontecimientos requerían, lo que se trataba de paliar por medio de instrucciones adelantadas. A través del embajador inglés en Lisboa, Rooke se había procurado una carta firmada por

<sup>5</sup> J. Pla Cárceles (1955): *El alma en pena de Gibraltar*, Madrid, Editora Nacional, p. 40.

<sup>6</sup> G. Hills, *op. cit.*, p. 169

el archiduque, ya con el título de Carlos III, en la que nombraba al almirante como su representante (sin mencionar en ningún momento al príncipe de Hesse-Darmstadt, quien de hecho era su superior y debería haber sido la autoridad más cualificada); carta en la que se solicitaba a los vecinos de Gibraltar el reconocimiento de Carlos III como legítimo sucesor dinástico. Dicha carta llevaba fecha de 4 de mayo de 1704 y fue presentada ante las puertas de Gibraltar el 1 de agosto<sup>7</sup>.

Con una flota de medio centenar de buques ingleses y una decena de holandeses anclada en la bahía y casi dos mil hombres desembarcados en el istmo, el almirante Rooke despachó la carta del archiduque, haciéndola acompañar de otra del príncipe de Hesse que en un tono tan cortés como intimidatorio comenzaba con una amenaza directa: «Señor mío: habiendo llegado aquí por orden de S. M. Católica con la armada de sus altos aliados no escuso (*sic*), antes de pasar a la guerra ulterior, que V. E. conocerá su verdad, interés y la justicia»<sup>8</sup>. Este mensaje iba dirigido a la «Muy noble e ilustre ciudad de Gibraltar» y fue entregado por un corneta del ejército de Hesse ante la Puerta de Tierra, siendo remitidas rápidamente ambas cartas ante el gobernador Diego de Salinas. El ánimo del gobernador no pudo estar más contrariado: había acertado, para su desgracia. Salinas, que pertenecía al cuerpo de artillería, era muy consciente de lo que tenía de su lado y de lo que desde enfrente le apuntaba; desde que se había hecho cargo de la defensa de la ciudad, Salinas había denunciado reiteradamente el mal estado de las fortalezas y sobre todo la escasa guarnición que cubría la plaza, solicitando tanto la reparación y nueva construcción de defensas pasivas como el aumento de efectivos militares; pero sus peticiones a Madrid encontraban su contrapunto en el capitán general de Andalucía, marqués de Villadarias, quien con buenas razones pensaba que el ataque se centraría en la ciudad de Cádiz<sup>9</sup>. Salinas no debió hacerse falsas ilusiones: sabía que no le darían tiempo a recibir auxilio e incluso que de llegar, éste no sería

<sup>7</sup> Existe una divergencia mínima, pero interesante, entre las fuentes españolas e inglesas en cuanto a la datación de los acontecimientos de la conquista de Gibraltar; el origen de esta variación (un día) se dijo que estaba provocado por la persistencia en Inglaterra del calendario juliano, mientras en el resto de Europa ya era habitual desde 1582 el calendario gregoriano. En realidad, la explicación es muy distinta: López de Ayala cometió un error de bulto, y lo peor es que buena parte de la historiografía española lo siguió de forma mimética hasta los años sesenta del siglo xx. Con todo, lo peor es que el resto de su narración tampoco fue cuestionado.

<sup>8</sup> Ambas cartas son reproducidas por Juan del Álamo, *op. cit.*, pp. 111-112.

<sup>9</sup> La historiografía española que se ha ocupado de este episodio, desde López de Ayala, ha hecho un reparto de papeles muy esquemáticos: mientras Salinas sería el militar cumplidor que a pesar de su heroísmo no puede impedir la pérdida por falta de recursos humanos, Villadarias sería el noble indolente y falto de reflejos que desperdicia esos recursos. I. López de Ayala (1782): *Historia de Gibraltar*, Madrid, Imprenta Antonio de Sancha.

muy numeroso; decidir la resistencia suponía depositar la confianza en apenas ciento cincuenta soldados, más unos doscientos cincuenta vecinos armados<sup>10</sup>; y aunque estaba bien provisto de pólvora y plomo, del centenar de cañones que sobre el papel disponía la plaza apenas la mitad podían ser utilizados realmente, e incluso éstos sobraban pues no había en la ciudad nada más que media docena de artilleros. A pesar de todo, Salinas reunió el concejo, al frente del cual se encontraba su corregidor Cayo Antonio Prieto, que decidió no plegarse a la amenaza y resistir, pues Gibraltar «tiene jurado por Rey y señor natural al señor D. Felipe V; y que como sus fieles y leales vasallos, sacrificarán las vidas en su defensa, así esta ciudad como sus habitantes»<sup>11</sup>. Los gestos previos no evidenciaban sino la resuelta decisión de unos y otros a cumplir con sus obligaciones; mientras se elaboraba la respuesta del concejo, Salinas estaba ya preparando la defensa de la plaza, disponiendo a sus escasos efectivos en las zonas más susceptibles de ser atacadas: frente a los dos mil hombres del príncipe de Hesse en el istmo, Salinas colocó ciento cincuenta hombres para defender la Puerta de Tierra y su camino cubierto, al mando de Diego de Ávila Pacheco; previendo algún desembarco, la mitad de los efectivos guarnecía el Muelle Viejo bajo la dirección del maestro de campo José de Medina; Francisco Toribio de Fuentes defendía el Muelle Nuevo con medio centenar de vecinos armados; en el Castillo permanecía su guarnición habitual, unos setenta soldados, más los seis artilleros con los que contaba la ciudad<sup>12</sup>. La noche fue aprovechada para enviar un mensaje al marqués de Villadarias, pidiendo un auxilio urgente que ya se suponía imposible.

Durante el día 2 de agosto el viento de levante sopló con intensidad, por lo que los barcos de la flota angloholandesa no pudieron maniobrar cómodamente, si bien hicieron disparos de advertencia para evidenciar la disposición de los atacantes, sin producirse respuesta española desde Gibraltar. Al atardecer, el viento cambió y los barcos de guerra comenzaron a disponerse para

<sup>10</sup> Henry Kamen, por el contrario, afirma que de los 13.268 soldados de infantería del ejército de Felipe V en 1703, en Gibraltar estaban destinados 431. La explicación podría ser la salida de soldados para reforzar Cádiz, en peligro de ser atacada, como en realidad estaba en los planes del archiduque; o la frontera portuguesa, como indica Alejandro Correa de Franca (1999): *Historia de la muy noble y fidelísima ciudad de Ceuta*, Ceuta, Consejería de Cultura, p. 338.

<sup>11</sup> *Ibidem*, J. del Álamo, *op. cit.* p. 112.

<sup>12</sup> F. M.<sup>a</sup> Tubino (1863): *Gibraltar ante la historia, la diplomacia y la política*, Sevilla, Imprenta La Andalucía, p. 75. Alejandro Correa describe otra distribución: en la Puerta de Tierra, las compañías de Murcia y vecinos armados (milicias); en la Puerta de Mar y el Muelle Viejo, las compañías de Jaén y milicias; en el Muelle Nuevo y el Castillo, los cien hombres de su dotación y milicias a cargo del capitán Bartolomé Castaño. Francisco Toribio de Fuentes estaría al frente de la infantería montada que salió al istmo a entorpecer el desembarco. Correa de Franca, p. 339.

el ataque; una veintena de barcos se situaron en la línea frente a los Muelles Nuevo y Viejo, estando al frente de la escuadra los vicealmirantes Byng y Van der Düssen. Aún hubo un último intento de conseguir la capitulación: Rooke envió una nota conminatoria exigiendo la inmediata entrega de la plaza. Ante la falta de respuesta gibraltareña Rooke indicó que se realizara un corto bloque de disparos contra el centro de la plaza, siendo inmediatamente respondido por las baterías españolas. Ante la réplica, Rooke ordenó el inicio de los bombardeos. Eran las cinco de la mañana del domingo 3 de agosto y durante las siguientes seis horas los cañones de la flota angloholandesa lanzaron unas 150.000 balas sobre Gibraltar; en su informe al archiduque Carlos, el príncipe de Hesse indicó: «Su fuego fue entonces tan intenso (de 800 a 900 piezas disparaban a la vez y algunas dispararon hasta 40 y más veces) que nunca vieron los hombres cosa semejante»<sup>13</sup>. Aunque las fortificaciones fueron dañadas, las más perjudicadas fueron las casas de vecinos que miraban hacia la bahía, lo que hizo que aumentase la población, especialmente mujeres y niños, que antes del inicio del bombardeo ya había ido a buscar protección fuera de la ciudad, en las ermitas de Nuestra Señora de Europa, Remedios y San Juan.

Hacia el mediodía, una vez acalladas las baterías españolas en Gibraltar, Rooke ordenó el comienzo del desembarco. Al norte, un ataque conjunto por tierra y mar tenía como objetivo la toma del Muelle Viejo; el maestre de Campo Juan de Medina apenas hizo otra cosa que saltar la mina del fuerte de san Leandro, si bien resistió el ataque la Puerta de Tierra. Más al sur, el objetivo era el Muelle Nuevo y su toma fue encomendada al capitán Whittaker, aunque al estar más cerca del lugar se adelantaron los capitanes Jumper (que comandaba el *Lenox*) y Hircks (*Yarmouth*), que alcanzaron tierra en el Muelle Nuevo con un centenar de hombres. Fue entonces cuando se produjo el único incidente serio contrario a los asaltantes, si bien tiñó de gloria la conquista al estar barnizada con sangre de los héroes caídos: Jumper fue el primero en desembarcar, guiando a sus hombres y los de Hircks hacia la Torre del Tuerto, bastión que defendía el Muelle Nuevo, cuando se vieron alcanzados por una explosión; para unos fue ocasionada por un descuido de un marinero al dejar caer un farol sobre una pequeña cantidad de pólvora, suficiente para servir de detonante a los materiales que allí había almacenados; pero como resulta poco creíble que un infante de marina transporte un farol-linterna en plena operación de desembarco a mediodía, es mucho más plausible la segunda opción: los defensores españoles deliberadamente hicieron saltar por los aires la torre cuando se vieron incapaces de defenderla. Incomprensible actitud, pues no sólo tenían soldados y munición suficientes

<sup>13</sup> J. Pla Cárcelos, *op. cit.*, p. 49.

para repeler el asalto que se estaba produciendo, sino que su pérdida dividía la ciudad en dos y facilitaba sobremanera el asalto definitivo. El balance fue de cuarenta soldados y dos oficiales ingleses muertos y sesenta heridos; a los cuales socorrió Whitaker a su llegada al lugar. Una vez allí decidió continuar por la muralla hasta la ciudad, donde tomó el también abandonado baluarte de Santa Cruz, señalándolo con una bandera inglesa para probar su conquista. En una paradoja de la historia, el baluarte construido en honor de Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz y organizador de la Armada Invencible, fue el primer lugar donde ondeó la bandera inglesa sobre Gibraltar; es solo un aspecto simbólico, pues como señala George Hills ese acto careció de significación política, dado que el capitán tan sólo pretendió señalar su posición para que los barcos no bombardearan sobre sus tropas; posteriormente, el baluarte cambió de nombre en honor al héroe caído y hasta hoy es conocido como Jumper's Bastion.

Después del fuego devastador, asaltada al fin la ciudad, sin la mayor parte de sus defensas y con soldados ingleses en sus calles, la confusión se adueñó de la población y se hizo presente la sed de botín y venganza de los soldados. El hecho más grave (un «desafortunado incidente» para la historiografía inglesa) fue el ataque a la población refugiada en la ermita de la Virgen de Europa, donde habían encontrado cobijo mujeres y niños, portando las pertenencias más valiosas de sus hogares; al igual que sucedió en los pueblos aledaños a Cádiz dos años antes, la soldadesca se entregó a la profanación y saqueo del templo, al robo de todos los objetos de valor de los refugiados y, lo más grave, a la vejación y violación de algunas mujeres. El paroxismo de su actuación lo alcanzó el ataque contra la imagen mariana, apuñalada, arrancada la cabeza del Niño que portaba en sus brazos y, finalmente, arrojada a los acantilados de la Punta de Europa.

La resistencia de Salinas y los soldados que habían conseguido replegarse perduró aún unas horas. Desde dentro de la ciudad el príncipe de Hesse dirigió una nueva misiva, en la que conminaba a una pronta rendición; ya de madrugada, Salinas solicitó los términos de la capitulación. El articulado de la misma fue negociado por una comisión compuesta, por parte del archiduque, por el conde de Valdesoto (un irlandés católico al servicio del archiduque, que posteriormente sería nombrado gobernador) y el capitán holandés Landschlager, y, por parte española, por el maestro de campo Diego de Ávila y Baltasar de Guzmán. La capitulación alcanzada permitía la salida honrosa en el plazo de tres días de las fuerzas militares con sus pertrechos, poniendo barcos a disposición de los que no tuvieran caballerías; permitía la salida o la permanencia en la plaza de todos aquellos vecinos que lo quisieran, garantizando su seguridad y la de sus posesiones; tan sólo los franceses

serían considerados prisioneros de guerra, dado que la guerra se entendía establecida por el rey de España (Carlos III) contra el rey francés (Luis XIV). Especial importancia tenía la redacción del artículo quinto, primera piedra del argumentario español que ha sido manejado contra la legitimidad de la posesión inglesa de Gibraltar:

A la ciudad y los moradores, soldados y oficiales de ella que quieran quedarse, se concede los mismos privilegios que tenían en tiempo de Carlos II. La religión y todos los tribunales quedarán intactos y sin conmoción, supuesto que se haga el juramento de fidelidad a la majestad de Carlos III como su legítimo rey y señor<sup>14</sup>.

Las autoridades civiles (el concejo) y militares (el gobernador Salinas) rindieron la ciudad de Gibraltar al representante de Carlos III, el príncipe de Hesse-Darmstadt, que la tomó en su nombre como legítimo rey de España. En ese acto nadie dudó de la entidad jurídica ni se reglamentó ningún cambio de soberanía; la leyenda de que Rooke hizo arriar la bandera de los Habsburgo e izar la Union Jack es falsa en todos sus extremos; en los barracones de las tropas ondeaba una gran variedad de distintivos nacionales, dinásticos y militares, pero ninguna autoridad refiere el incidente de las banderas ni en un primer momento la embajada inglesa en Lisboa o la corte del archiduque manifestaron conocimiento del incidente, que de haber sido real podría haber acarreado un serio enfrentamiento entre los miembros de la Alianza. Gibraltar seguía siendo territorio español, entonces bajo control del ya coronado Carlos III.

A pesar de tener garantizada su seguridad y el disfrute de sus derechos civiles, la mayor parte de la población militar y civil de Gibraltar optó por abandonar la ciudad. Fue una decisión que a largo plazo tuvo una gran trascendencia, pues la ausencia de una población autóctona facilitó extraordinariamente el asentamiento inglés. Su presencia hubiera sido, por el contrario, un elemento de primera importancia en el posterior asalto e incluso en manos de la diplomacia hubiera facilitado (como ocurriera en Menorca) las negociaciones para su recuperación. Pero si política, militar y diplomáticamente el autoexilio gibraltareño fue perjudicial para España, desde el punto de vista humanitario y en el contexto de la guerra estaba razonado: los temores a las atrocidades de las tropas inglesas en los alrededores de Cádiz habían sido ratificados por su comportamiento desde el mismo día del asalto, siendo los oficiales incapaces de dominar los desmanes de su tropa e incluso participando algunos de ellos en la rapiña generalizada; incluso el concedido respeto a la

<sup>14</sup> Reproducido en López de Ayala: documento XXII del apéndice. F. M.<sup>a</sup> Montero (1860): *Historia de Gibraltar y de su Campo*, Cádiz, Revista Médica, p. 268.

libertad religiosa estaba en entredicho al ser utilizados como cuarteles y depósitos militares todos los recintos católicos, excepto la catedral de Santa María, donde su párroco Juan Romero de Figueroa se opuso resueltamente al saqueo. La inclinación de los gibraltareños por Felipe V resultaba sincera, a tenor del mensaje enviado por el concejo al monarca en el que se exponían los términos a que se habían visto conducidos y daban cuenta de las decisiones adoptadas; sin duda era común en ellos la idea de una pronta recuperación de la ciudad y en la posibilidad de un rápido retorno a sus hogares. El 7 de agosto una larga columna de vecinos, encabezados por la guarnición y el concejo, abandonó la ciudad acarreado sus posesiones más preciadas, en una escena dramática, que los testigos describen cargada de emoción y fatalidad; sólo permanecieron en el Peñón setenta vecinos, la mayor parte de ellos pertenecientes a la comunidad de comerciantes genoveses, más algunos religiosos y algunos hombres sin familia. El párroco Juan Romero describió el «miserable espectáculo de llantos y lágrimas, de mujeres y criaturas viéndose salir perdidos por esos campos en el rigor de la canícula. Este día, así que salió la gente, robaron los ingleses todas las casas y no se escapó la mía y la de mi acompañante [el vicario Juan de la Peña] porque, mientras estábamos en la iglesia, las asaltaron los más de ellos y robaron». Los que optaron por quedarse, acogidos a las ventajas que otorgaba el acta de capitulación, pronto tuvieron razones para lamentarlo, como reconocen los historiadores ingleses Hills y Jackson, sintiendo el rigor militar ingles<sup>15</sup>. En las situaciones de carencia de víveres que posteriormente se dieron, de haberse quedado la totalidad de la población gibraltareña, la dureza del comportamiento de las autoridades militares habría sido incluso mayor. A todo ello habría que añadir la imposición de nuevos usos y costumbres, pero sobre todo el establecimiento de unos criterios arbitrarios y la venalidad de los primeros gobernantes, lo que se trató de paliar sin mucho éxito incluso antes del reconocimiento oficial de Utrecht<sup>16</sup>.

Tras la salida de su ciudad, unos cuatro mil gibraltareños se asentaron en los alrededores. Aunque algunos viajaron a las grandes ciudades de Sevilla o Málaga, los más quedaron cerca de donde pensaban pronto volver: algunos pescadores gibraltareños se instalaron en las ruinas de Algeciras, un grupo más numeroso creó el núcleo de Los Barrios, aunque el grueso de la población y el concejo se constituyó de nuevo en la cercana ermita de San Roque, que había sido fundada en 1640 a media legua de las ruinas de Carteia; el nuevo pueblo,

<sup>15</sup> G. Hills, *Rock of contention*, *op. cit.*, pp. 179-183; W. Jackson, *The Rock of the Gibraltarians*, *op. cit.*, pp. 98.101.

<sup>16</sup> T. Benady (1995): «Las querellas de los vecinos de Gibraltar presentadas a los inspectores del ejército británico en 1712», *Almoraima*, 13, pp. 203-213.

a quien nadie tuvo la tentación de llamar *Nuevo Gibraltar* ante lo que se esperaba pronto retorno, ya fue reconocido en 1706 por Felipe V como «Mi Ciudad de Gibraltar en ese Campo», y pasó a ser el heredero directo y continuador institucional de Gibraltar con su ayuntamiento, el archivo y el pendón que la reina Isabel la Católica había concedido a la ciudad «llave de estos reinos».

Gibraltar fue la primera parcela del territorio español que estuvo en posesión del archiduque Carlos, y su corte en Lisboa trató de hacer realidad la literalidad del lema empleado por la reina Isabel. Una vez tomada, la plaza debía ser utilizada como plataforma para la expansión del dominio aliado en el Estrecho y acometer el ansiado asalto a Cádiz; una vez tomada esta ciudad se abrirían dos frentes: de Cádiz a Sevilla y todo el valle del Guadalquivir y desde Gibraltar hacia la costa mediterránea para tomar todo el levante hasta Barcelona. Sin embargo, tan ambiciosos planes pasaban inexcusablemente por asegurar la ciudad gibraltareña, convertida ya sin la población en una verdadera plaza militar, ante la contraofensiva que las tropas de Felipe V sin duda realizarían. En el asalto a la plaza, las tropas angloholandesas no habían sufrido daños de consideración: murieron unos sesenta hombres (aproximadamente la misma cantidad que había perdido Salinas) y más de dos centenares estaban heridos; aunque la ciudad presentaba daños importantes, las murallas y bastiones no estaban mucho peor que antes del asalto, salvo los daños notables causados por las explosiones en la torre del Tuerto y en el fuerte de San Leandro; por otra parte, muchos de los mayores pertrechos militares habían permanecido en la ciudad (oficiales ingleses acabaron vendiendo en Lisboa cañones españoles tomados en Gibraltar), que estaba medianamente bien abastecida de víveres y armas. La única preocupación era la carencia de importantes reservas de agua y, para paliarlo, Rooke trató de establecer el abastecimiento por mar desde Tetuán.

La noticia de la pérdida de Gibraltar fue pronto conocida en todo el país<sup>17</sup>, siendo recibida por Felipe V con un dolor que puso de manifiesto en la inmediata orden al capitán general de Andalucía para su recuperación. El marqués de Villadarias, que lejos de prever el ataque angloholandés había desoído primero las advertencias y después las peticiones de Salinas, reunió todo lo rápido que pudo un importante ejército de unos ocho mil hombres, si bien ni en pertrechos ni en preparación era la mejor fuerza expedicionaria; a este ejército de españoles se sumó posteriormente otro de tres mil franceses a las órdenes del general Cavannes y, aun después, una pequeña flota de doce

<sup>17</sup> M. Álvarez Vázquez (2003): «Noticias de la pérdida de Gibraltar en la *Gaceta de Madrid*», *Almoraima*, 29, pp. 333-350. En el trabajo se realiza una buena revisión de fuentes alternativas, contrastando con la versión «oficial» de López de Ayala.

navíos al mando del barón de Pointis. Sin embargo, la mayor acometida sobre Gibraltar no se preparaba por tierra, sino por mar: desde Toulon había zarpado rumbo al Estrecho una importante escuadra de cincuenta navíos de guerra, a la que se sumó en Barcelona una docena de galeras españolas, al frente de la cual se encontraba un hijo natural de Luis XIV, el conde de Tolosa, que ya entonces ostentaba el cargo de Almirante de Francia. Uno de los buques que hacía la travesía Gibraltar-Tetuán, el *Centurión*, dio la noticia del avistamiento y Rooke se dispuso para el combate con medio centenar de navíos; el 24 de agosto ante la ciudad de Málaga se desarrolló la más importante batalla naval de la guerra de Sucesión en aguas españolas, con cuantiosas pérdidas en vidas por los dos bandos (dos mil ingleses y mil quinientos franceses murieron en ella), pero sin un vencedor claro, aunque los historiadores franceses se la otorguen al conde de Tolosa, homenajeados en el mismo puerto de Málaga y por cuantos pasó a su regreso hasta Toulon. Rooke consiguió volver a Gibraltar con los restos de su escuadra y las municiones agotadas, reparó los navíos y emprendió la travesía hasta Lisboa y después hasta Inglaterra; en Londres fue recibido como héroe por la misma reina Ana, aunque no volvió a dirigir ninguna otra campaña y acabaría siendo destituido<sup>18</sup>.

El efecto positivo de la batalla de Málaga no tuvo sin embargo continuidad sobre Gibraltar; la armada francesa no persiguió ni hostigó a la inglesa, ni siquiera se acercó a Gibraltar para reforzar lo que ya era el comienzo del primer intento de recuperación. El 5 de septiembre, un mes después de la conquista angloholandesa de Gibraltar, las tropas del marqués de Villadarias ya estaban situadas frente a sus murallas. Sin embargo, el capitán general de Andalucía siguió dando pruebas de su negligencia: primero, por no saber unificar el mando de sus tropas (los oficiales y tropa franceses no quisieron intervenir hasta que llegara su comandante, el mariscal Tessé); después, por perder un tiempo muy necesario para la recuperación, que permitió al príncipe de Hesse-Darmstadt, ya nombrado oficialmente gobernador de Gibraltar, recibir tropas, pertrechos y víveres desde Lisboa; pero sobre todo por no tener un plan de ataque digno de tal nombre. Villadarias inaugura una larga sucesión de oportunidades perdidas por España para la recuperación de Gibraltar.

<sup>18</sup> Sir George Rooke pertenecía a los *tories*, que dominaban en el momento de su llegada la Cámara de los Comunes —lo que pronto cambiaría—, pero el dominio *whig* de los Loes hizo que pronto se cerniera sobre él un grave silencio. La reina Ana había ordenado realizar una copa de oro, como presente para Rooke, pero la esposa de Marlborough le hizo desistir del agasajo, celosa de las comparaciones que se hacían de Rooke con su marido. Desengañado y amargado, Rooke se retiró de la vida pública; ni siquiera salió de su retiro en Kent cuando la reina, años después, pretendió hacerle entrega de la copa. El almirante que conquistó Gibraltar para el archiduque Carlos murió cinco años después de su mayor éxito, y fue enterrado en la catedral de Canterbury. W. Jackson, *The Rock of the Gibraltarians*, *op. cit.*, p. 103.

Aunque la plaza estaba defendida por un ejército considerable de cuatro mil hombres, la superioridad numérica y lo inmediato de la conquista anterior permitían un asalto sin grandes preparativos. Por el contrario, el conde Villadarias decidió llamar a ingenieros, dirigidos por Bernardo Elizagaray, para construir paralelas donde asentar baterías con las que abatir las defensas; su construcción además de lenta fue harto penosa, pues las baterías que Hesse había ordenado instalar en la Puerta de Tierra y en las laderas del monte barrían con facilidad las inmediaciones del istmo. Mientras tanto, había llegado a Gibraltar desde Lisboa el sucesor de Rooke, el almirante sir John Leake, con refuerzos en dieciocho navíos, burlando la presencia de la flotilla francesa anclada en la bahía. Su llegada desbarató una operación alternativa de desembarco en el muelle nuevo de unos doscientos botes traídos desde Cádiz, e incluso los sitiadores debieron girar sus baterías para defenderse de los ataques que los ingleses realizaban desde los recién llegados navíos.

Mientras tanto, en el interior de Gibraltar Hesse completaba los preparativos de una defensa que, no sin grandes dificultades de disciplina, había iniciado desde los primeros días de la conquista. La defensa dinámica estaba basada en cinco nuevas baterías, la construcción de trincheras interconectadas frente a la Puerta de Tierra y la excavación de un canal que inundó una parte considerable del istmo. Aunque el primer problema al que se debió enfrentar fue la creciente enemistad entre las tropas inglesas y las austriacas; sin embargo, el más grave fue el intento más original de asalto a la plaza.

Dado que los preparativos de ataque no concluían y que el asalto utilizando el mar era imposible ante la presencia de la escuadra de Leake, Villadarias contempló la realización de un golpe de mano sobre la plaza. Al campamento de los sitiadores se habían acercado algunos de los anteriores vecinos de Gibraltar, entre ellos un pastor llamado Simón Susarte, al que el marqués no habría concedido la menor atención si no hubiera sido convencido por uno de sus ayudantes, el coronel Figueroa<sup>19</sup>. Aprovechando la noche y guiado por el pastor, buen conocedor de los senderos y cañadas del Peñón, los coroneles marqués de Valdesilla y su hermano Antonio de Figueroa, al frente de unos quinientos hombres, escalaron las alturas del monte; pronto lo accidentado del terreno hizo resbalar al marqués, rodando e hiriéndose, por lo que debió abandonar la ascensión. Tras una subida muy dura, ayudándose de cuerdas, llegaron hasta la cueva de San Miguel, donde debían esperar la llegada de otros mil quinientos

<sup>19</sup> El episodio del golpe de mano es tal vez uno de los más dramatizados en la historiografía, desde que López de Ayala tuvo el acierto de introducir la figura del pastor Susarte. El sacerdote Juan Romero, testigo del hecho, no habla del pastor, ni lo hace Villadarias en las cartas que refieren el asalto custodiadas en el Archivo Histórico Nacional (Estado, leg. 559). Su mejor estudio en Álvarez Vázquez, *op. cit.*, pp. 345-346.

hombres, que ascenderían por el camino de la Sillería; ya unidas en la cueva ambas fuerzas, debían atacar desde arriba, mientras Villadarias incursionaba sobre la Puerta de Tierra. La noche del 11 de noviembre, el plan trazado indicaba que los hombres de Figueroa cumplieron con su misión, alcanzaron la cueva y acabaron con los vigías de la torre del Hacho, pero esperaron en vano la llegada de refuerzos. En el campamento español el general francés Cavanne fue informado de la operación ya en curso y no quiso que sus hombres participaran en la misma (contestó que le resultaba repulsivo deber la toma de la plaza a un vulgar campesino), por lo que Villadarias no se decidió a dar el siguiente paso<sup>20</sup>. Los hombres del coronel Figueroa fueron descubiertos por el hijo de uno de los vigías del Hacho, dando la señal de alarma y produciéndose la rápida salida de la tropa de reserva de Hesse, al frente de la cual estaba su hermano Henry, que acabó siendo herido; para aligerar la escalada los asaltantes sólo llevaban consigo tres cartuchos por hombre, lo que hizo que su superioridad estratégica no durase mucho y acabaran usando las bayonetas para intentar una desesperada defensa. Ningún soldado español regresó con vida, muriendo bajo el fuego inglés o precipitándose por los barrancos y los acantilados.

El desastre en que acabó el golpe de mano debió mermar la moral de las tropas españolas, si bien recibieron nuevos ánimos con la finalización de las obras de las baterías; ya en disposición de tiro comenzaron a lanzar andanadas a partir del 26 de octubre, ocasionando serios daños en la cortina que protegía la Puerta de Tierra, en el baluarte de San Pablo (ya rebautizado como North Bastion) y en las baterías del Muelle Viejo (que había cambiado su denominación por la imaginativa Devil's Tongue). Aunque el avance de las trincheras continuó lentamente y las defensas eran repetidamente batidas, la llegada del inminente invierno, con grandes tormentas sobre un campamento montado al raso, hizo que de nuevo el ánimo de los sitiadores se resistiera, a lo que contribuían las enfermedades propias de campaña y la mala alimentación de la tropa, mientras los sitiados soportaban las lluvias bien guarnecidos y la flota del almirante Leake mantenía bien avituallada la plaza.

Tanto Felipe V como los lugartenientes de Villadarias dieron muestras de inquietud ante la tardanza en la realización de un asalto definitivo, por lo que en enero de 1705 el monarca se vio obligado a destituir como comandante del sitio a Villadarias y sustituirlo por René Mans, conde de Tessé y mariscal

<sup>20</sup> En su carta del 11 de noviembre, Villadarias indica una versión distinta: el accidente de Valdesilla no fue el único, y no todos pudieron llegar hasta la parte alta del monte; allí no cumplieron con su obligación y, al ser descubiertos, el nerviosismo de la mayoría les hizo perder la ventaja de su posición, por lo que fueron muertos o hechos prisioneros, «sin que pueda ser culpa mía pues ningún general puede obrar nada de lo que dispone si las tropas faltan como han hecho estas»; reproducido en Álvarez Vázquez, *op. cit.*, p. 346.

de Francia; la noticia no fue ninguna sorpresa —Cavanne lo esperaba desde hacía meses— y los soldados franceses la recibieron con entusiasmo. En un último intento para lavar su imagen de incompetencia, Villadarias ordenó el 7 de febrero el asalto tanto tiempo esperado; utilizando las trincheras que ya llegaban hasta el pie del monte y con el apoyo de las baterías que castigaban la cortina que defendía la Puerta de Tierra, dieciocho compañías se lanzaron sobre Gibraltar; la muralla fue dañada hasta provocar una grieta por la que podían penetrar los asaltantes, pero cuando estaban ya sobre la misma, los oficiales franceses ordenaron la retirada, pretextando la cantidad de fuego que se abatía desde las baterías del monte, lo que obligó a los españoles a emprender el camino de retorno, dejando atrás más de doscientos compañeros muertos.

Tessé llegó al día siguiente del fallido asalto; los generales españoles denunciaban que la retirada francesa se había producido para guardar la gloria de la reconquista para el Mariscal, considerando una ofensa el comportamiento de los franceses sobre la oficialidad española, por lo que abandonaron el campamento. Al Mariscal le acompañaba tropa de refresco: cuatro mil hombres de infantería, un millar de granaderos y cuatro compañías de la guarnición de Orán; respaldaba además su actuación la escuadra francesa anclada en Cádiz, trece buques a las órdenes del barón de Pointis. Con los antecedentes inmediatos, el gran refuerzo en hombres y lo que consideraba superior pericia militar (la modestia no era precisamente una de las virtudes que adornaban al Mariscal), Tessé acarició la idea de un rápido triunfo; para lograrlo, expuso un plan tan simple como efectivo: bombardeo de la plaza por mar, desembarco anfibio por el sur para dispersar la tropa defensiva y ataque frontal desde el istmo. Sin embargo, una borrasca hizo que los barcos se vieran incapacitados para llevar a cabo el ataque sobre una ciudad en ese momento desprotegida por su flota. El príncipe de Hesse había tenido noticia de la llegada de Tessé y comprendió la maniobra que se estaba cerniendo sobre su plaza —muy semejante a la que él mismo había protagonizado siete meses antes—, por lo que preparó la mejor defensa que sus fuerzas permitían: apenas pudo hacer otra cosa que reforzar las murallas, tener a punto las baterías, crear un cuerpo de infantería montada para frenar el desembarco por el sur y, especialmente, cursar una petición urgente de auxilio a Lisboa, pues sin una armada inglesa en la bahía sabía que todo lo anterior no frenaría a los sitiadores. Desde la capital portuguesa partió a comienzos de marzo una escuadra inglesa a las órdenes del almirante Leake, alcanzando las cercanías de Gibraltar cuando las circunstancias eran las idóneas para lanzar el ataque definitivo sobre la plaza. Cuando el 14 de marzo Tessé dio órdenes a su almirante Pointis para que iniciara el bombardeo, las noticias de la llegada de la flota inglesa —con el doble de barcos, algunos de gran calado— hicieron que Pointis rehuyera la posibilidad de una batalla

naval; salió de la bahía con su flota cuando ya se perfilaban en el horizonte las velas inglesas, que persiguieron a la escuadra francesa, atraparon los barcos más lentos, consiguieron incendiar algunos más y acosaron al resto hasta la altura de Alicante, cuando Leake decidió dar media vuelta y volver a Gibraltar, donde entró el 31 de marzo recibiendo una gran bienvenida de los sitiados.

La retirada del almirante francés y la entrada de nuevos refuerzos y víveres a Gibraltar marcó el inicio del fin del asedio. Lo que antes Tessé había contemplado como fácil empresa, sin el apoyo naval lo consideraba imposible; cuestiones personales hicieron aún más perjudicial su gestión: no estaba dispuesto a permanecer en el campamento para dirigir un largo sitio ni para su vanidad era factible comprender que lo que él no había conseguido otro podría alcanzarlo. Escribió a sus amigos en París que había llegado la hora de recordar que «las locuras cuanto más cortas, tanto mejores», y a Luis XIV que la pérdida de Gibraltar se había producido por falta de planificación y su recuperación no se lograba por falta de competencia de Madrid; en consecuencia, aconsejaba levantar el sitio. Las presiones de Versalles sobre Felipe V ya se venían produciendo con antelación y el joven monarca español se vio obligado a consentir poner fin al intento de recuperación de la plaza, pues la cantidad de hombres ocupada en el cerco resultaba necesaria en otros frentes que se consideraban más apremiantes<sup>21</sup>. Tessé ordenó desmontar las baterías y destruir algunas obras que podrían ser utilizadas por los ingleses, convirtió el sitio en un simple bloqueo y dejó un amplio destacamento para sostenerlo. El balance del primer intento de recuperación no podía ser más negativo: a la derrota había que sumar la muerte de unos diez mil hombres, la mayor parte de ellos por enfermedades provocadas por las malas condiciones de vida en el campamento; sin embargo, la causa del fracaso no puede fundamentarse en la carencia de hombres o material, sino en la falta de una coordinación efectiva entre franceses y españoles, en la impericia de los jefes militares y en falta de solidaridad y apoyo decidido por parte de los oficiales franceses.

### *El final de la guerra y el Tratado de Utrecht*

Aunque sin responder a los planes diseñados desde Lisboa por el conde de Melgar, almirante de Castilla al servicio del archiduque, Gibraltar fue la llave de los reinos españoles para la causa de Carlos III; no porque desde allí partieran

<sup>21</sup> Como prueba la correspondencia diplomática francesa, fue el propio Luis XIV, ante las peticiones de Tessé, quien dio la orden de levantar el sitio, viéndose Felipe V —para no sumar al fracaso un nuevo desdoro a su mediatizada soberanía— obligado a reiterar la orden. Véase A. Ortega (1998): «Diplomacia francesa y Gibraltar (1700-1728): del primer asedio a las negociaciones de Soissons», *Almoraima*, 20, pp. 49-56.

las expediciones de conquista por tierras andaluzas, sino porque en su conquista y posesión se evidenciaron las serias carencias operativas de los ejércitos español y francés en su actuación conjunta. La conquista territorial efectiva comenzó por Cataluña (Figueras, Gerona, Lérida, Tortosa, Tarragona y finalmente Barcelona, que capituló el 9 de octubre de 1705), siguió por Valencia (16 de diciembre) y, tras un intento de recuperación felipista en abril de 1706, prosiguió con la toma de Zaragoza (23 de junio) y este frente culminó con el pronunciamiento a favor de Carlos III de Ibiza, Mallorca y Menorca (octubre de 1706). Al mismo tiempo, desde Portugal el ejército del archiduque había penetrado en España tomando Ciudad Rodrigo y Salamanca, lo que obligó a la corte de Felipe V a salir de Madrid y replegarse con su ejército en el norte, a la espera de refuerzos provenientes de Francia. La pinza convergente del frente portugués y el aragonés permitió la entrada del archiduque Carlos en Madrid en el mes de julio; pero las circunstancias que habían favorecido su buena acogida en la Corona de Aragón no tenían continuidad en tierras castellanas y, aunque algunos miembros significados de la nobleza se pronunciaron en su favor, la mayor parte de las ciudades y la misma población madrileña mantuvieron su fidelidad a Felipe V, a lo que contribuyó el comportamiento de la tropa del ejército austracista; la consecuencia fue la rápida salida del archiduque de Madrid (tan breve fue su estancia que muchos historiadores mantienen que entonces no llegó a entrar en la capital). Recompuesto el ejército borbón en el norte, contando con la llegada de tropas francesas comandadas por el general Berwick, su contraofensiva provocó el repliegue de los partidarios del archiduque hasta la importante victoria de Almansa (abril de 1707), lo que permitió la recuperación para Felipe V de Aragón, Valencia y buena parte de Cataluña. Sin embargo, la mala situación borbónica en Centroeuropa obligó a retirar la mayor parte de los efectivos franceses; esto permitió una segunda acometida aliada y la segunda entrada del archiduque Carlos en Madrid (septiembre de 1710), si bien fue tan breve como la primera. El diciembre de 1710 se produjeron las decisivas batallas de Brihuega y Villaviciosa de Tajuña, donde el ejército borbón comandado por el propio Felipe V derrotó a las tropas alemanas e inglesas del archiduque, cuyo control territorial quedó reducido a una pequeña parte de Cataluña (sostenida por Barcelona) y el reino de Mallorca<sup>22</sup>.

Mientras la guerra se desarrollaba en el resto de la Península, Gibraltar pasó a un segundo plano, desempeñando básicamente el papel de punto de enlace entre los puertos portugueses y los mediterráneos bajo el control del ejército

<sup>22</sup> M. Mata (1980): *1705-1713 Menorca. Franceses, ingleses y la guerra de Sucesión*, Mahón, Ateneo Científico Literario y Artístico, y *La Guerra de Sucesión en España y América. Actas. X Jornadas nacionales de historia militar*; Madrid, Deimos, 2001.

de la Confederación (entonces formada por alemanes, ingleses, portugueses, catalanes y otros españoles austracistas). Este papel se puso de relieve por primera vez el 2 de agosto de 1705, un año después de la conquista, cuando el propio archiduque Carlos llegó a Gibraltar con la flota que debía trasladarlo al frente catalán. El príncipe de Hesse-Darmstadt se unió con dos regimientos a la flota mandada por el almirante Leake para conseguir la toma de Barcelona, en cuyo asalto al castillo de Montjuich fue herido mortalmente Hesse; una bala le destrozó una arteria del muslo y murió a consecuencia de la hemorragia. Tras su salida, la ciudad que él había conquistado para el archiduque comenzaba a conformarse más como una plaza militar británica<sup>23</sup> que como un puerto de la España partidaria de Carlos III. Desde esta misma perspectiva debe interpretarse la toma de Menorca en septiembre de 1707: un gran ejército formado por veinte mil ingleses, ocho mil españoles y seis mil portugueses fue embarcado en la escuadra del almirante Leake rumbo a Mahón, bajo la dirección del general James Stanhope; conquistado el puerto con pérdidas mínimas, el control de toda la isla de Menorca se produjo de inmediato, lo que permitió reembarcar de regreso a todos los contingentes españoles y alemanes. En el momento que sólo tropas británicas se encontraban allí, Stanhope declaró la isla como propiedad de la reina Ana en lugar del pretendiente Carlos III. El objetivo británico era tener una base sólida para atacar el centro neurálgico de la armada francesa en Toulon, si bien resulta evidente la estratégica británica —integrada pero paralela a la causa del archiduque— de alcanzar los objetivos señalados por el ya desaparecido Guillermo III antes del comienzo de la guerra: Gibraltar y Mahón. Aun en 1709 se preparó un nuevo ataque para tomar Cádiz y abrir un frente andaluz; las fuerzas combinadas de Leake por mar y Stanhope por tierra debían atacar una ciudad que se sabía fuertemente defendida; desde Gibraltar debían partir las tropas por tierra previamente desembarcadas en su puerto, pero ni hubo un contingente suficiente ni las circunstancias militares y políticas aconsejaron llevar a la práctica ese plan.

Dar por seguro una fácil ruptura del bloqueo sobre Gibraltar evidenciaba la debilidad de las fuerzas que allí permanecían acantonadas para mantener el bloqueo; las tensiones bélicas de años antes habían sido sustituidas por la monotonía del bloqueo, en el que incluso las huestes de ambos bandos tenían contactos amistosos periódicos y por la noche practicaban un contrabando conocido por los oficiales. Tras la salida del príncipe de Hesse había sido nombrado como gobernador el hasta entonces comandante de las fuerzas británicas

<sup>23</sup> En 1707 se alcanza la definitiva *Act of Union* entre Inglaterra y Escocia, y a partir de 1708, los títulos nacionales en las campañas pasan a ser reconocidos como «británicos» en lugar de «ingleses». Es en este momento cuando la *Union Jack* se convierte en la bandera que ondea en Gibraltar.

general Shrimpton, tan fiel súbdito de su reina como amante de incrementar la fortuna propia. Cuando la reina Ana, sin poderes para tomar tal medida, declaró Gibraltar como puerto franco (ante la solicitud del sultán de Marruecos para proporcionar a la plaza materiales de construcción y alimentos frescos), Shrimpton aprovechó la oportunidad de imponer sus propias tasas al comercio, además de favorecer el asentamiento de comerciantes extranjeros —la mayor parte de ellos de religión judía—, alcanzando un beneficio personal con la entrega a éstos de las mejores viviendas de los antiguos gibraltareños en perjuicio de los oficiales de la guarnición<sup>24</sup>. La mera permanencia en el Peñón, aun superando algunas críticas que desde Londres indicaban que era más costoso su mantenimiento que los beneficios estratégicos que comportaba, hizo que la idea del mantenimiento de la plaza fuera ganando simpatizantes entre la clase política británica; hacia el final de la década, Methuen, su embajador en Lisboa, sugirió que de no lograr el archiduque definitivamente la corona española, la presencia británica debía permanecer en Gibraltar, por ser uno de los puntales para garantizar la seguridad de su tráfico comercial.

Las derrotas de Brihuega y Villaviciosa evidenciaban, a pesar de la resistencia numantina de Barcelona, que la causa del archiduque Carlos estaba derrotada en España; aunque las campañas de Marlborough se contaban con resonantes victorias (Ramillies, 1706; Oudinard, 1708; Malplaquet, 1709), su costo iba en aumento tanto en vidas como en erario público. El cambio en el gobierno británico de los *whigs* por los *tories* hizo que la Gran Alianza se tambaleara; lo que precipitó definitivamente su desaparición fue el nombramiento del archiduque como nuevo emperador del Sacro Imperio. Británicos y franceses iniciaron rápidamente conversaciones para alcanzar un armisticio, sentando ya las bases del doble reconocimiento dinástico (Gran Bretaña reconocía a Felipe V como rey de España y Francia reconocía a Ana como reina de Gran Bretaña), la imposibilidad de unión de las coronas española y francesa y la entrega de plazas estratégicas a Gran Bretaña (sin mencionar explícitamente Gibraltar). Inmediatamente, el gobierno de Londres despachó órdenes al gobernador de Gibraltar para que hiciera salir de la plaza a todas las tropas extranjeras, lo que reforzaba la posición negociadora de los embajadores británicos al ser potencia ocupante única<sup>25</sup>. Por su parte, los negociadores fran-

<sup>24</sup> W. G. F. Jackson, *op. cit.*, pp. 112-114.

<sup>25</sup> Desde enero de 1711 era gobernador de Gibraltar el brigadier Thomas Stanwix, que no se caracterizó por su fino sentido estratégico, pues contestó afirmativamente a la petición de Londres pero permitió la permanencia de un regimiento alemán por no considerarlo «extranjero» (y allí permanecieron hasta marzo de 1713), dando un arma a los negociadores del emperador que se oponían —con más resolución que los franceses— a la permanencia británica en el Peñón. G. Hills, *op. cit.*, pp. 216-217.

ceses, siguiendo fielmente las instrucciones de Luis XIV, tenían como objetivo fundamental acabar de una vez con la costosa guerra que estaba arruinando las arcas reales (la deuda legada por el reinado de Luis XIV al Estado fue de 4.500 millones de lises, la mitad contraída durante la guerra de Sucesión) sin renunciar a las incorporaciones territoriales que se habían conseguido durante su reinado: Artois, Lille, Alsacia, Lorena, el Franco Condado, Barcelonnette y el Rosellón; en consecuencia, los negociadores utilizaron las posesiones españolas como territorios con los que pagar el coste de guerra para los aliados, lo que tenía como efecto beneficioso para Francia la debilitación de España, que cada vez que se sintiera amenazada debería solicitar la ayuda francesa. En septiembre de 1711, Londres expuso por primera vez sus pretensiones, que incluían ya explícitamente Gibraltar y Mahón, plazas que dominaba con presencia militar importante; Holanda presentó una débil oposición, pues esperaba recibir beneficios de su importante participación en la guerra; y Felipe V manifestó frente a su abuelo Luis XIV su firme voluntad de mantener la integridad de los territorios españoles, haciendo referencia tanto a las posesiones centroeuropeas como a Gibraltar y Mahón. Esta firme determinación tuvo como consecuencia ingrata la exclusión de los embajadores españoles en el congreso internacional que debía resolver todos estos asuntos.

El Congreso reunido en la ciudad holandesa de Utrecht a partir de enero de 1712, que habría de elaborar los tratados que restablecieran la paz general, fue en realidad una ratificación del armisticio franco-británico que quedó firmado por las partes en julio de 1712, sin la presencia de los embajadores españoles a pesar de que en sus cláusulas se incluían decisiones sobre territorio español; concretamente, la isla de Menorca y Gibraltar, como compensación a su participación en la guerra en apoyo al archiduque. Si el puerto de Mahón no sólo se había extendido a toda la ciudad sino que alcanzó la totalidad de la isla, los embajadores británicos también pretendían extender el territorio de Gibraltar «hasta dos veces la distancia de un disparo de cañón», a lo que los negociadores franceses se negaron<sup>26</sup>. Estas concesiones eran aceptadas por parte española en el armisticio que Felipe V firmó en septiembre de 1712; aunque *de iure* Gran Bretaña no reconocería al monarca español hasta la firma del Tratado de Utrecht, su misma firma en el documento le legitimaba *de facto*, lo que elevaba a definitiva la permanencia británica en Gibraltar y Menorca.

<sup>26</sup> Tal denominación se encontraba dentro de la costumbre de reconocer como aguas jurisdiccionales de un país aquellas que comprendía un disparo de cañón. Pero jurídicamente (y en Utrecht el derecho internacional está naciendo) tal costumbre presentaba serios problemas de codificación e interpretación posterior, pues la distancia determinada dependía tanto del tipo de cañón como de los grados de elevación.

Los embajadores de España en Utrecht fueron el duque de Osuna y el marqués de Monteleón, un equipo que reunía la resolución juvenil y la experiencia de alguien que había vivido mejores tiempos; su trabajo estuvo lleno de sinsabores y desaires, más ocasionados por los teóricamente aliados que por los anteriores enemigos. Luis XIV desaconsejó su paso por su territorio y, una vez en Utrecht, no permitió su participación hasta que Francia hubiera firmado todos sus tratados (11 de abril de 1713); cuando por fin pudieron intervenir de forma directa en las conversaciones, las decisiones fundamentales ya estaban tomadas y su capacidad de maniobra era mínima; aun así el proceso de formulación de los tratados, especialmente el hispanobritánico, fue largo y duro. Integrados en el conjunto conocido como *Paz de Utrecht*, España estableció allí los tratados de paz con Gran Bretaña, Saboya, Holanda y Portugal; en el Tratado de Paz entre España y Saboya (firmado el 13 de julio de 1713), esta última reconocía a Felipe V como rey y España entregaba la isla de Sicilia como pago a los gastos ocasionados en la guerra, además de reconocer retóricamente los legítimos derechos de sucesión a la Corona de España (José Fernando de Baviera había sido el primer heredero designado por Carlos II). La firma del tratado con las Provincias Unidas de Holanda se retrasó hasta el 26 de julio de 1714 por la oposición de Gran Bretaña a las posibles concesiones comerciales españolas a los holandeses. El tratado de paz con Portugal no se firmó hasta el 6 de febrero de 1715, con la devolución mutua de las conquistas y la entrega por parte de España de la colonia de Sacramento. Fuera de Utrecht se alcanzó una paz —que no un tratado de paz bilateral— con el anterior pretendiente, el archiduque Carlos, ya coronado como titular del Sacro Imperio; por la Paz de Rastadt (6 de marzo de 1714, ratificada por el imperio en Baden el 7 de septiembre), Francia devolvía al imperio las últimas conquistas en su territorio, pero lo fundamental era la entrega de las posesiones de la Corona española: los Países Bajos (Flandes), el Milanesado y Nápoles.

El definitivo Tratado de Paz entre España y Gran Bretaña fue ratificado por las partes el 13 de julio de 1713; en él Gran Bretaña realizaba una sola concesión: el reconocimiento de Felipe V y su descendencia como legítimos reyes de España, lo que suponía la ruptura con el pretendiente y ya emperador Carlos; por su parte, el reino de España realizaba tres concesiones principales:

- a) Políticas: reconocía a Ana y sus descendientes como legítimos reyes de Gran Bretaña.
- b) Económicas y comerciales: en el artículo XII el rey de España concedía a la reina de Gran Bretaña la facultad, en exclusiva y por un periodo

de treinta años, de introducir esclavos negros en determinados puntos de las colonias españolas en América; ni españoles ni de otros terceros países podrían participar de este comercio. Esta concesión llevaba aparejado la entrega de un territorio en el Río de la Plata para el establecimiento de una compañía negrera, a su vez exenta del pago de impuestos y tributos. Por último, concedía el *navío de permiso*, la posibilidad de introducir en las colonias americanas un navío anual que de hecho rompía el férreo monopolio del comercio español en América.

- c) Territoriales: España concedía a Gran Bretaña la posesión y dominio absoluto de toda la isla de Menorca y la entera propiedad, sin jurisdicción territorial, de la ciudad y castillo de Gibraltar. Lo que en la guerra había sido ocupado en nombre del archiduque ahora era ganado diplomáticamente por Gran Bretaña, sumando a su tenencia de hecho la legitimidad de la concesión.

Aunque en realidad era la concesión material menos costosa de todo el tratado, la entrega de Gibraltar se reveló a largo plazo como la más grave de conjunto. El artículo X del tratado, en el que se codificaba la entrega, ha sido en consecuencia el de mayor trascendencia política y diplomática, origen de agrias polémicas y material de interpretación antagónica a lo largo de tres siglos (véase documento 1).

Este artículo en su conjunto y en especial la primera fase, en la que se formula la concesión —se establece el quién, qué y a quién se cede—, han sido materia de estudio y discusión desde entonces; en muchas ocasiones, las interpretaciones son tan antagónicas que los argumentos jurídicos parecen estar alumbrando dos tratados distintos. Sintetizando mucho ambas posturas: desde el punto de vista español, lo que se cedió fue la propiedad y uso del territorio y de los edificios, reservándose la jurisdicción territorial o dominio; éste era en realidad un criterio anclado en la tradición medieval y convertía Gibraltar en una especie de señorío británico en suelo español. Desde el punto de vista británico, «*the full and entire propriety*» es interpretado no ya como dominio, sino como soberanía, un concepto moderno que durante el siglo XVIII será reinterpretado. El segundo elemento explicativo radica en la distinta tradición jurídica de los sistemas español e inglés, para los que jurisdicción, posesión, propiedad y «entero derecho» (*all manner of right*) no hacían referencia a las mismas figuras jurídicas ni eran interpretadas de igual modo. Por último, a esta doble visión hay que añadir un hecho en principio baladí, pero que en tan trascendentales circunstancias adquiere un peso fundamental: aunque se utilizaron copias de trabajo en inglés y español, el original del tratado está redactado en un áspero latín que ya en la época lo hacía

indescifrable para la mayor parte de los diplomáticos<sup>27</sup>. En pleno vendaval reivindicativo español en Naciones Unidas, Londres propuso en 1966 llevar al Tribunal Internacional de Justicia de La Haya el debate sobre la entrega de la soberanía de Gibraltar; España se negó a aceptarlo y, aunque tenía razones fundadas, se perdió una buena oportunidad de alcanzar una resolución definitiva sobre la inicial base jurídica de la posesión inglesa sobre Gibraltar.

Más allá de las implicaciones de las distintas interpretaciones del tratado, resulta necesario señalar las causas que lo motivaron en su conjunto y los extremos alcanzados en sus cláusulas. Felipe V había ganado la guerra en suelo español a la Gran Alianza y cuando el Congreso ya estaba reunido, las tropas de Luis XIV conseguían sus últimas victorias sobre las del emperador Carlos VI; sin embargo, éste no tuvo inconveniente en aceptar las conversaciones de paz con Gran Bretaña desde una postura de derrotado, mientras España era la gran sacrificada ante las exigencias de aquellos que no habían conseguido el objetivo inicial (convertir al archiduque en Carlos III). Los vencedores militares —por más que en España hubiera tropas británicas en Gibraltar y Menorca— se convertían en los perdedores diplomáticos, aunque con implicaciones muy distintas para cada uno. El Congreso de Utrecht fue muy negativo para los intereses españoles básicamente a consecuencia de la actitud de Luis XIV; una vez asegurado para su nieto el trono de España y a pesar de las garantías otorgadas en otros momentos, su único interés estribaba en finalizar la guerra para frenar la derrama de su hacienda, haciéndolo con el menor costo para Francia. Todas las potencias participantes en el Congreso expusieron sus peticiones menos España, siendo atendidas aquéllas por los embajadores franceses a costa de las posesiones españolas. La única razón para que esto se produjera era la ascendencia de Versalles sobre Madrid; durante los años en los que aún vivió, Luis XIV fue tratado por Felipe V no sólo como venerable abuelo, sino como si continuara siendo su rey; además, el embajador de Francia en Madrid actuó durante muchos años como un verdadero primer ministro<sup>28</sup>, mediatizando la labor del ministro de Estado, el cardenal Alberoni.

<sup>27</sup> Una introducción al estudio jurídico del artículo X del Tratado de Utrecht puede encontrarse en los trabajos referenciados por Cristina Izquierdo Sans (1996): *Gibraltar en la Unión Europea: consecuencias sobre el contencioso hispano-británico y el proceso de construcción europea*; Madrid, Tecnos, pp. 25-30. De igual modo en H. S. Levie (1983): *The Status of Gibraltar*, Boulder (Colorado), Westview Press. Una buena reunión de documentación al respecto en la obra de Wilbur C. Abbott (1934): *An introduction to the documents relating to the international status of Gibraltar, 1704-1934*, Nueva York, Macmillan.

<sup>28</sup> El marqués de Harcourt, que ya prestara sus servicios en los últimos años del reinado de Carlos II, acompañó al nuevo rey Felipe V en su viaje de reconocimiento (lo que tuvo un efecto contrario en Zaragoza y Barcelona); junto a la joven reina llegó la princesa de los Ursinos, el personaje más poderoso al comienzo del reinado; a Harcourt siguió el conde Marcin, muy centrado en los asuntos militares; le siguió el cardenal de Estrées y a éste su sobrino, el abate de Estrées; el enfrentamiento de

El conjunto de tratados de paz firmados por España evidenciaban el definitivo declive del imperio español; a las pérdidas territoriales, con ser muy sustanciales, habría que añadir las servidumbres políticas y comerciales que contenían los articulados, impropias de una potencia de primera categoría y que hipotecaron el país a lo largo de todo el siglo XVIII y que, a la larga, acabaron precipitándolo en el tormentoso y aciago siglo XIX. En contraste, Utrecht significó para Gran Bretaña la puesta de largo de su estrategia expansionista basada en el dominio naval y comercial, lo que a través de un enérgico sentido de la diplomacia —a menudo respaldada por el ejército— y el desarrollo interno propiciado por la revolución industrial condujo a la construcción del gran imperio británico que culminará en la era victoriana. Sin embargo, nada del ocaso del poder español o del amanecer imperial británico estaba directamente relacionado con Gibraltar en 1714: a comienzos del siglo XVIII España poseía el mayor imperio territorial de las potencias europeas y para Gran Bretaña el costo del mantenimiento de Gibraltar era tan alto que el *premier tory* Bolingbroke no ahorró críticas contra la conservación de la «roca pelada» e incluso, como recuerda José Pla, aún en 1749 se llegó a publicar en Londres unas *Razones para renunciar a Gibraltar*. Pero, a pesar de todo, ambas partes fueron conscientes desde un principio de su radical importancia: haciéndose eco del clamor popular, la Cámara de los Comunes debió frenar hasta en siete ocasiones maniobras ministeriales que ponían en peligro el mantenimiento de Gibraltar; por su parte, el mismo Felipe V dejó escrito que la posesión extranjera de Gibraltar era «una espina clavada en el corazón de España». Por encima de intereses económicos o estratégicos, más allá de las razones alcanzadas a través del derecho internacional, Gibraltar a partir de 1714 poseyó una nueva dimensión; si para el mundo antiguo Calpe estaba lleno de carga mitológica y cosmogónica, si en el medioevo desempeñó un papel de bisagra entre civilizaciones, desde comienzos del siglo XVIII Gibraltar alcanzó un nuevo valor como símbolo: de esplendor imperial para unos y de decadencia nacional para otros. Una de las cualidades de los símbolos es la de trascender su importancia real, desbordando su significado la relevancia del elemento utilizado; si Gran Bretaña extrajo beneficios y España se sintió dañada, el valor fundamental de Gibraltar ha sido en los últimos tres siglos simbolizar la trayectoria histórica de ambos países. Por esa razón lucharon unos por conservar lo logrado y otros por recuperar lo perdido, y por esa razón los obstáculos para un mutuo entendimiento y resolución del contencioso han sido tan persistentes e imposibles de apartar.

éstos con la Ursinos acabó con su carrera en Madrid y en 1704 llegó el duque de Grammont. Véase A. Ortega (1998): «Diplomacia francesa y Gibraltar (1700-1728): del primer asedio a las negociaciones de Soissons», *Almoraima*, 20, pp. 49-56.

### *Los sitios españoles sobre Gibraltar*

Dentro de la disciplina militar (lo que los teóricos del siglo XIX llegaron a denominar el *arte de la guerra*) desde el medievo se fue reforzando una parcela especial que estudiaba la mejor construcción de las fortificaciones —en la que participó el mismo Leonardo da Vinci— y que tenía su contrapartida en los ingenios, armas y estrategias para rendir las fortalezas. Ambas parcelas complementarias alcanzaron su culminación durante el siglo XVIII, tanto en el continente europeo como sobre todo en su expansión por todo el mundo al ritmo del desarrollo colonial; esta culminación se debía al genio de Sebastián le Preste de Vauban (1633-1707), el ingeniero principal y reformador —junto al marqués de Louvois— del ejército francés en el reinado de Luis XIV; el señor de Vauban —al que se le atribuye la invención de la bayoneta— destacó por la elaboración teórica de una doctrina de ataque y defensa de plazas fuertes, alcanzada por la experiencia de haber participado en cincuenta y tres sitios a lo largo de su vida. Los trabajos anteriores sobre poliorcética del holandés Simón Stevins, del alemán Daniel Speckle y sobre todo de los italianos Maggi, De Marchi, Antonelli o Calvi, fueron superados por las prácticas, teorías y planos de Vauban, cuyos trabajos se custodiaban celosamente en la biblioteca privada de Luis XIV, aunque una parte logró ser sacada y se publicó en La Haya en 1737<sup>29</sup>; sin embargo su enseñanza ya se había extendido en la práctica con anterioridad, a partir de esa fecha tanto el sitiador como el sitiado tenían un conocimiento muy preciso de sus posibilidades, lo que ayuda a comprender las razones por las que muchos sitios de la época son retirados cuando aparentemente existen posibilidades de perseverar en el intento<sup>30</sup>. Las teorías de Vauban, elevadas a la categoría de dogma, fueron aplicadas sistemáticamente a lo largo del siglo XVIII. Tras la revolución militar que introdujeron las tácticas napoleónicas, los asedios perdieron gran parte de su importancia anterior; por ejemplo, en todas las guerras de independencia en las colonias americanas el extenso rosario de fortificaciones españolas no tuvieron mayor trascendencia que la resistencia residual en Chiloé y el puerto de El Callao; sin embargo, aún persistió el método clásico de asedio durante el siglo XIX, por ejemplo, en el sitio sobre Sebastopol.

<sup>29</sup> Fue publicada bajo el título de *Essai sur les fortifications*. En la segunda edición de 1739 se basó el ingeniero militar español Ignacio Sala para preparar su edición española: *Tratado de la defensa de las plazas que escribió Mr. de Vauban*, Cádiz, Pedro Gómez de Requena, 1741.

<sup>30</sup> Un magnífico análisis de las teorías de Vauban y su relación con el tercer sitio sobre Gibraltar durante el siglo XVIII en José L. Terrón Ponce (2000): *El gran ataque a Gibraltar de 1782*, Madrid, Ministerio de Defensa, pp. 41-74

El análisis de los asedios sobre Gibraltar por sí solo evidenciaría la evolución de los conceptos y sobre todo de las prácticas de la guerra. Aunque en la mayor parte de los estudios sobre la plaza se denomina al sitio establecido inmediatamente después de su conquista por la flota angloholandesa como el primer cerco, en realidad en la larga historia de Gibraltar era el duodécimo, en la mayor parte de los cuales las tropas sitiadoras eran castellano-españolas, muy a menudo sin éxito; por el contrario, los cercos establecidos contra la defensa militar castellano-española habían sido pocos, pero a la vez cortos y victoriosos. Las consecuencias que pueden extraerse de estas estadísticas sumarias no arrojan muy buena imagen sobre las artes militares peninsulares.

A lo largo del siglo XVIII se establecieron tres grandes sitios sobre Gibraltar: 1704-1705, 1727 y 1779-1783. El primero gozó de la oportunidad de la inmediatez de la conquista angloholandesa y estuvo a punto de conseguir su objetivo, pero las circunstancias políticas y militares de la guerra de Sucesión unidas a la impericia del mando desbarataron la mejor oportunidad. El segundo fue corto e intenso, pero desde un principio estaba condenado al fracaso. El más espectacular, largo y costoso fue el tercero, donde más fuerzas se pusieron en juego y, de hecho, más cerca se estuvo de conseguir la conquista, si bien la potencia naval británica era ya entonces un arma formidable imposible de ser contrarrestada por la mejor disposición española en tierra.

### *El decimotercer sitio, 1727*

Inmediatamente después de ser firmadas las paces de Utrecht, el escenario político europeo presenció tres desapariciones muy significativas: en el mismo año 1714 murió la reina Ana de Gran Bretaña, sucediéndola el elector de Hannover Jorge I (1714-1728), un rey protestante que cuando llegó a Londres no sabía hablar inglés, hablaba consigo mismo en voz alta y pasaba la mayor parte de su tiempo en Hannover; el temor a una revuelta de los seguidores del católico Jacobo III se hizo realidad en Escocia (1716), pero fracasó ante la falta de apoyo popular y el peso de la Iglesia presbiteriana escocesa y la Iglesia anglicana; a pesar de eso, Jorge I siempre se sintió y le hicieron sentir más alemán que inglés, por lo que intentó ligar la política exterior británica a los intereses hannoverianos (gobiernos de Stanhope), implicándose en una compleja política europea que produjo una crisis gubernamental (escisión *whigs* y salida de Walpole y Townshend), pero a partir de 1721 se retornó a la política de expansión colonial y comercial. Un año después de la reina Ana murió el gran Luis XIV, dejando en el trono de Francia al enfermizo Luis XV, quien reinó toda su vida a través de regentes, el primero de los cuales fue el duque de

Orleáns, que nada secretamente ambicionaba el trono en caso de fallecimiento sin descendencia del rey; dado que Felipe V no había renunciado a la sucesión de la Corona de Francia (e incluso algunos nobles, como el duque de Maine, proponían públicamente su candidatura), el duque de Orleáns fue convirtiendo un recelo personal en una oposición entre Estados; lo que debería haber sido una «política de familias» hispano-francesa se convirtió en una enemistad cuyo principal beneficiario fue Gran Bretaña. La tercera desaparición trascendente en el mismo año de 1714 fue la de la reina María Luisa de Saboya, esposa de Felipe V; el rey contrajo nuevo matrimonio con la italiana Isabel de Farnesio, cuya influencia sobre el monarca fue tan notoria que transformó completamente la política exterior española; sin las complicaciones anexas de las posesiones centroeuropeas e italianas de las monarquías de los Austrias, los ministros españoles vieron pronto que la actividad prioritaria era la actuación sobre las colonias americanas, protegiéndolas de los intentos de ataque y mejorando sus sistemas de gobierno y explotación comercial; sin embargo, la Farnesio secunda las ambiciones de su familia sobre las posesiones italianas, a las que suma el deseo de conseguir dominios para sus hijos, dado que no estaban llamados a reinar en España (María Luisa de Orleáns había tenido dos hijos: Luis y Fernando). Éste es, pues, el escenario tras Utrecht: crisis dinástica británica, pero sin repercusión importante en su política exterior; crisis de legitimidad en Francia, transformando la política de familia diseñada por Luis XIV; crisis en la política exterior española motivada por las ambiciones italianas, con grave descuido de los intereses americanos.

Las dificultades dinásticas en Londres, especialmente preocupado porque Francia aprovechara la revuelta jacobista en Escocia para renovar su apoyo a la línea católica, hicieron que el conde de Stanhope (quien había conquistado Menorca, tomándola para su reina Ana) iniciara conversaciones para conseguir, no ya el reconocimiento de Jorge I, sino cortar posibles apoyos a la causa jacobista. En el acuerdo debían participar Francia, España y el emperador; aunque el duque de Orleáns contestó que con España no esperara acuerdo alguno hasta la restitución de Gibraltar y Menorca. En 1717 el rey Jorge I dio garantías de conversaciones para llevar a cabo la devolución de Gibraltar del modo más sencillo, pues temía la reacción popular y en especial la del Parlamento; pero dichas conversaciones no llegaron a entablarse, si bien la idea estaba ya barajada en las cortes europeas implicadas. Tras el nacimiento de su primer hijo con Isabel de Farnesio —el futuro Carlos III—, la política mediterránea española se reactivó, haciendo saltar por los aires los acuerdos de Utrecht: en 1717 tropas españolas tomaban Cerdeña y un año después hacían lo mismo con Sicilia, donde los nuevos gobernantes no habían sido bien recibidos por la nobleza local.

La Cuádruple Alianza (Gran Bretaña, Francia, el emperador y Saboya-Piamonte) trató de frenar la acometida española; se llegaron a redactar unos preliminares de un tratado de paz que ratificara y dejara firmes los acuerdos de Utrecht, pero España a través de Alberoni se negaba a ratificarlos; de nuevo Stanhope y el regente duque de Orleans se comprometieron a conseguir la restitución de Gibraltar, pero Felipe V —presionado por la Farnesio y Alberoni— se negó a aceptar, pues juzgaba pequeña ganancia para la renuncia de sus derechos italianos a favor de Saboya y del emperador<sup>31</sup>. En ese momento, una escuadra inglesa que iba en auxilio de los alemanes en Cerdeña atacó la flota española, derrotándola en el cabo Passaro, cerca de Siracusa. La presión conjunta inglesa y francesa sobre Felipe V se hizo entonces más apremiante, amenazando con una guerra abierta, lo que de hecho era ya una guerra no declarada (1718-1719); Felipe V fue entonces el abanderado de la causa jacobita y de Cádiz partió (marzo de 1719) una pequeña escuadra de seis barcos, seis mil hombres y armas para quince mil y bajo la dirección del duque de Ormonde, con la intención de auxiliar la rebelión en Escocia contra Jorge I; una tormenta cerca de Finisterre dispersó la flota, que alcanzó las costas escocesas muy diezmada. La respuesta franco-británica fue la entrada de un ejército francés hasta San Sebastián y los acosos y bombardeos de distintos puertos de la costa cantábrica. Felipe V estaba dispuesto a aceptar la paz que sus oponentes le ofrecían, siempre que el acuerdo tuviera como primer punto la devolución de Menorca y Gibraltar, pero Alberoni añadió por su cuenta nuevas exigencias: reconocimiento del príncipe Carlos como señor de Parma y Toscana y la devolución de los territorios de la familia Farnesio en Italia. Esto le costó a Alberoni su credibilidad y su cargo —fue sustituido en diciembre de 1719—; con el apoyo del regente de Francia, el gobierno británico estaba dispuesto a proceder a la entrega de Gibraltar —a ser posible mediante permuta con algún puerto en América de gran utilidad comercial— para que España se sumara al Tratado de la Cuádruple Alianza, que básicamente ratificaba los acuerdos de Utrecht<sup>32</sup>. Con esta promesa Felipe V se adhirió al tratado mediante declaración solemne (Madrid, 5 de enero de 1720); pero en Londres la ejecución de la promesa de la permuta de Gibraltar por algún puerto americano no despertó ninguna simpatía, lo que reducía los márgenes de negociación del gobierno y del rey, habida cuenta de los efectos que había producido en el engranaje constitucional la revolución del siglo anterior, otorgando un gran poder al Parlamento. En Madrid, el rey —o en el peor de los casos su ministro o su esposa— decidía que podía ser ejecutado de inmediato, pero Jorge I estaba sujeto a unas reglas parlamentarias predemo-

<sup>31</sup> J. del Álamo, *op. cit.*, pp. 138-139.

<sup>32</sup> W. Jackson, *op. cit.*, p. 120.

cráticas que limitaban sus decisiones, y el Parlamento de Westminster no sólo se opuso a la entrega de Gibraltar, sino que exigió responsabilidades políticas al gobierno. Stanhope escribió al embajador en Madrid:

Hemos hecho en el Parlamento una moción relativa a la restitución de Gibraltar, pidiendo autorización para que pudiese el rey disponer de esta plaza para el bien de sus súbditos. No podéis imaginar la conmoción que produjo la propuesta, pues el público se mostró indignado [...] Hubo una circunstancia que contribuyó infinito a excitar esta indignación general, que fue el rumor que espació la oposición de que el rey había contraído un compromiso serio para ceder Gibraltar. Es bastante motivo este, decían por todas partes, para encausar a los ministros<sup>33</sup>.

Tanto el regente de Francia como el gobierno británico se vieron presa de sus promesas; el primero se esforzó por convencer a Felipe V de aplazar sus demandas a la reunión del proyectado Congreso de Cambray; en Londres, Stanhope combatía la idea de que la pérdida de Gibraltar acarrearía la pérdida del comercio con América («No Gibraltar, no British trade with the Spanish Indies», rezaba el panfleto que había hecho correr la oposición en Westminster) con el proyecto de canjear la plaza en el Estrecho por Santo Domingo o Florida, mientras ponía en relación el elevado coste de mantener en Gibraltar una posición militar de dudoso valor, cuando se disponía de una mejor base comercial en Menorca; un tercer argumento, no explícitamente expuesto, estaba relacionado con el escándalo financiero que había provocado la South Sea Bubble, la empresa que tenía en sus manos la explotación del «asiento de negros», el comercio esclavista con dirección a las colonias americanas que Gran Bretaña había conseguido en Utrecht, y que podía afectar a la renovación. El gobierno de Londres estaba utilizando de nuevo Gibraltar para reforzar sus posiciones comerciales tanto en América como en el Mediterráneo<sup>34</sup>.

Sin embargo, toda esta oferta no había sido comunicada a Madrid, pues debía ser aprobada por Jorge I y el rey se encontraba de nuevo en Hannover. El retraso de la oferta a Felipe V ya pesaba en el ánimo de París y Londres, por lo que cundió la alarma cuando se supo que se estaba concentrando una importante flota española en el golfo de Cádiz y en Málaga, suponiéndose que sus propósitos eran tomar por la fuerza para Felipe V lo que se le había prometido pero nunca acababa de concretarse. Pero el destino de la flota al mando del marqués de Ledesma no era Gibraltar, sino Ceuta, sometida al largo cerco que padecía desde hacía décadas por el sultán de Marruecos. Disipado el temor, llegó por fin la orden al embajador británico en Madrid para exponer lo que en realidad era la

<sup>33</sup> F. M.<sup>a</sup> Tubino, *op. cit.*, p. 122.

<sup>34</sup> G. Hills, *op. cit.*, pp. 252-253.

sexta oferta para la restitución de Gibraltar, en esta ocasión presentada como un intercambio de la plaza de Gibraltar por una de valor equivalente en el Caribe. La respuesta de Felipe V no sólo fue negativa, pues consideraba que el cambio no era pertinente, sino que dejó caer la amenaza de retirar todos los privilegios comerciales a Gran Bretaña en América si no se restituía Gibraltar en el plazo de un año<sup>35</sup>. La «inflexible obstinación» de Felipe V, en palabras de Stanhope, había llevado a la política de éste a un callejón sin salida; su vida también había llegado a su fin, muriendo en febrero de 1721; a partir de entonces los partidarios de la política continental de Hannover serían sustituidos por gobiernos aislacionistas (Townshend), cuya política exterior estaba dirigida prioritariamente a la expansión del comercio transoceánico.

A pesar de los duros enfrentamientos entre ambas formaciones políticas, la política exterior propugnada por *whigs* y *tories* tenía mucho más en común que elementos diferenciadores —que se apreciaban más intensamente en las diferencias entre personalidades de un mismo partido—; la política de Townshend en principio fue una continuidad de la mantenida por Stanhope, incluso en sectores que éste había dejado totalmente abiertos. En Madrid también se produjo un cambio en los equipos de gobierno —respondiendo a un modelo absolutista, muy alejado del inglés—: al cardenal Alberoni le había sucedido el marqués de Grimaldi, también italiano, aunque sin las habilidades diplomáticas de aquél. A finales de marzo de 1721 se materializó la amenaza insinuada anteriormente por Felipe V: la renovación de las licencias al comercio británico con las colonias americanas no se llevaría a efecto si antes no había un compromiso explícito de Jorge I para la restitución de Gibraltar a España. Las promesas anteriores animaban las exigencias españolas, pero el clima político en Londres hacía que la devolución fuera extremadamente complicada. La solución encontrada por Townshend fue ganar tiempo; se preparó una carta para ser firmada por Jorge I, de la que el embajador en Madrid dio cuenta a Felipe V, en la cual se reconocía la disposición de la Corona británica para proceder a la permuta de Gibraltar por una plaza «equivalente», siempre con la aprobación del Parlamento. La respuesta del monarca español de nuevo fue negativa: le incomodaba sobremanera que la decisión final de la restitución de Gibraltar estuviera en manos del Parlamento, pues consideraba que ésta la hacía imposible, pero sobre todo se negaba a aceptar la permuta: la vuelta de Gibraltar a dominio español debía ser una devolución sin ninguna otra compensación territorial. Townshend no tuvo el menor inconveniente en retirar la expresión que sugería la permuta, aunque mantuvo lo esencial: el Parlamento de Westminster tendría

<sup>35</sup> S. Conn (1942): *Gibraltar in British Diplomacy in the Eighteenth Century*; New Haven, Yale University Press., p. 60

la decisión final sobre la devolución de Gibraltar. Con fecha de 1 de junio de 1721, el rey Jorge I se dirigía así a Felipe V:

Señor mi hermano:

He sabido con extrema satisfacción, por medio de mi Embajador en esa Corte, que V. M. está, por fin, en la resolución de quitar los obstáculos que por algún tiempo han dilatado el entero cumplimiento de nuestra unión. Y respecto de que por la confianza que V. M. me manifiesta, puede contar como restablecidos los tratados sobre lo que se ha disputado entre nosotros y que, por consecuencia, se habrán explanado los instrumentos necesarios al comercio de mis súbditos, no me detengo ya a asegurar a V.M. mi prontitud a satisfacerle por lo que mira a la restitución de Gibraltar, prometiéndole que me valdré de la primera favorable ocasión para arreglar este artículo con intervención de mi Parlamento<sup>36</sup>.

Esta segunda redacción de la carta fue aceptada y por tanto fue la definitiva recibida por Felipe V; Townshend jugaba con fuego, pues la carta contenía la promesa real de devolución de Gibraltar, pero tuvo la habilidad de introducir dos elementos que a Felipe V no pasaron desapercibidos: la restitución estaba en manos del Parlamento (al que consideraba convencer a través de la presión sobre las licencias comerciales), pero su tratamiento no tenía un emplazamiento concreto, sino que se dejaba en el aire y a voluntad del monarca. A pesar de las dudas sobre la verdadera sinceridad de la promesa real, el objetivo del gobierno británico se consiguió el 13 de junio de 1721, al firmar Felipe V el tratado de paz con Gran Bretaña que ponía fin a la guerra del final de la década anterior (lo que la historiografía británica conoce como la «guerra de Alberoni») y restablecía las concesiones comerciales en América.

Conseguido el objetivo, las promesas se aplazaban a las discusiones y acuerdos del Congreso de Cambrai, que comenzó a prepararse ese mismo año 1721, pero no consiguió reunirse hasta enero de 1724. Instaurado un sistema internacional basado en el equilibrio y no en la hegemonía, resultaba necesario encontrar algún sistema para solventar las cuestiones multilaterales, superando las simples relaciones bilaterales; pero si el modelo había surtido efecto en Utrecht, había sido por el deseo general de poner fin a la guerra y sobre todo porque hubo un país —España— cuyas posesiones fueron utilizadas para cubrir las demandas de los participantes; las circunstancias habían cambiado y la diplomacia no extrajo todas las posibilidades que el sistema permitía, dada su inexperiencia en el manejo y técnicas de este tipo de congresos. Acabado en 1725, Cambrai no produjo ningún acuerdo de importancia, frustró muchas expectativas y rompió la armonía entre las potencias por

<sup>36</sup> I. López de Ayala: documento XXV, p. XL. F. M.<sup>a</sup> Tubino, *op. cit.*, p. 124.

los recursos a los dobles juegos y el descubrimiento de estrategias no acordes con el discurso público mantenido. Mientras estaba reunido el Congreso se produjo un hecho sorprendente para la época: Felipe V abdicó a favor de su hijo Luis (enero de 1724); aunque la decisión se atribuyó a una depresión del monarca, las razones habría que buscarlas en las expectativas de sucesión al trono de Francia, que Felipe no había perdido; la regencia del duque de Orleans había cambiado y le sustituyó ese mismo mes de enero el duque de Borbón. El experimento salió doblemente mal: las expectativas de Felipe en París estuvieron muy lejos de cumplirse y Luis I murió a los pocos meses (agosto de 1724), retornando su padre a la dignidad del trono.

La única novedad que se produjo en el congreso fue el en principio sorprendente acercamiento entre el emperador Carlos VI y Felipe V. El embajador español en Viena, barón de Ripperdá (un aventurero holandés con creciente influencia sobre la reina Isabel), consiguió atraerse la simpatía del emperador con la promesa de concesiones comerciales en América; así, el 30 de abril de 1725 se firmaron en Viena cuatro tratados de paz y alianza (dos de ellos secretos) que establecían el reconocimiento recíproco entre ambos monarcas, acordaban el matrimonio entre alguno de sus hijos, sin determinarlos, y el emperador se comprometía a favorecer la devolución de Gibraltar a España; como contraprestación, España otorgaría a la Compañía de Ostende ventajas comerciales en América equiparables a las que ostentaban los ingleses. El resultado alarmó a Londres, que veía peligrar la «pax británica» en el continente y amenazadas sus posesiones en suelo español y sus concesiones en las colonias americanas; su primer movimiento fue presionar directamente sobre Felipe V a través del embajador, pero el resultado fue negativo, recordando las promesas reales incumplidas por Jorge I y exigiendo la pronta restitución de Gibraltar; la misma reina Isabel de Farnesio respondió a Walpole: «Estoy convencida de que no habrá nadie en la Cámara que se oponga a tan justa restitución. Para que la propuesta sea más categórica, basta con este razonamiento lógico: es preciso que optéis entre la pérdida de Gibraltar o la ruina de vuestro comercio en las Indias, porque semejante punto no puede ofrecer duda ni un solo instante ni sufrir más dilación»<sup>37</sup>. En consecuencia, desde Londres se reactivó una alianza contraria —la Liga de Hannover, 3 de septiembre de 1725—, formada por Gran Bretaña, Francia y Prusia (con la adhesión posterior de Holanda, Dinamarca y Suecia), cuyo compromiso era «mantener a los Estados firmantes en los países y ciudades dentro y fuera de Europa que actualmente poseyeran».

Si España pensaba que estaba reforzada en alianza con Austria, pronto comprendería que no era el mejor apoyo; si Gran Bretaña creía que sólo la ex-

<sup>37</sup> F. M.<sup>a</sup> Tubino, *op. cit.*, p. 132.

hibición diplomática de la Liga de Hannover haría diluir las peticiones españolas, también se equivocaba; a lo largo de 1726 se sucedieron crecientes movilizaciones de tropas terrestres y navales, mientras los embajadores de ambos países presentaban notas condenando las movilizaciones de la parte contraria; cuando naves inglesas volvieron a hostigar el comercio español con América y la petición de reparaciones fue rechazada por Londres, se comprendió en España que la guerra era inevitable. Dos grandes escuadras británicas fueron preparadas con destino al Mediterráneo (bajo el mando del almirante Pager) y a las costas de la América española (Hossier). Felipe V convocó un gran consejo de guerra en el que pidió su opinión a los más prestigiosos generales de momento; tal vez la opinión más sensata la diera el marqués de Villadarias, quien fracasara veinte años antes en el mismo empeño, argumentando que la armada española aún no se había repuesto de la derrota de Cabo Pesaro, que la aliada Austria no tenía marina de consideración y que, por tanto, se estaba pensando en un asalto a Gibraltar exclusivamente terrestre, lo que vaticinaba como un fracaso seguro. Otros respaldaron la idea, pero no faltó quien mantuvo opiniones más acordes con los deseos del monarca, aconsejando el ataque sobre Menorca, lo que no esperaba el almirantazgo británico, o incluso que se atacaran las colonias británicas en Norteamérica. El extremo más agresivo fue el expuesto por el conde de las Torres, virrey de Navarra, quien señaló que bastaban unas fuerzas terrestres bien dotadas para acometer la empresa y rendir Gibraltar o tomarlo al asalto. La voluntad de Felipe V, ya reiteradamente mostrada en cuantas ocasiones tuvo, en las que él siempre utilizaba metáforas que apelaban al dolor físico, incrementada por la frustración de las promesas incumplidas de Jorge I, hicieron que la desacertada opinión del marqués de las Torres se convirtiera en un verdadero plan de actuación.

En los primeros días de enero de 1727 el embajador español en Londres, marqués de Pozo Bueno, presentó ante el gobierno británico una carta en la que declaraba nulo de pleno derecho el artículo X del Tratado de Utrecht por incumplimiento de lo estipulado: los británicos habían extendido las edificaciones militares más allá de los límites establecidos, habían permitido la entrada y establecimiento de judíos y musulmanes y no habían protegido la religión católica. Si los extremos contenidos en la carta eran tan reales como constatables, también lo era que así venía sucediendo desde prácticamente la toma de la plaza; no eran incumplimientos nuevos, pero sí lo era el tono de la carta y, sobre todo, el gesto que la acompañó: la retirada del embajador español de la corte británica, lo que se interpretó como una verdadera declaración de guerra. En la apertura del Parlamento el 17 de enero, Jorge I dio conocimiento de la carta y dibujó una amenaza sobre los intereses políticos y comerciales británicos por la alianza de España con Austria, proponiendo en consecuencia la declaración de

guerra. La respuesta al discurso real en ambas Cámaras fue ardiente, especialmente en la de los Comunes, tanto por lo que el rey decía como por lo que callaba; los parlamentarios sabían que en 1714 se habían ocupado dos posiciones en el istmo, fuera de lo que era Gibraltar (la rebautizada como Devil's Tower y dos molinos cerca de la playa oeste, posteriormente desalojados); sabían que musulmanes y sobre todo judíos estaban establecidos en Gibraltar, puesto que el comercio y el abastecimiento desde Marruecos estaba controlado por ellos, con magníficos rendimientos especialmente para el gobernador, que recibía una adecuada porción de los beneficios en forma de tasas<sup>38</sup>; pero sobre todo lo que llamó el monarca, y más debate levantó, fue su promesa hecha al rey de España para la restitución de Gibraltar. Townshend en la Cámara de los Lores y Walpole en la de los Comunes sólo dieron respuestas evasivas, negándose a presentar la carta de Jorge I a Felipe V; tratando de dar la vuelta a un debate que se estaba volviendo en su contra utilizaron argumentos para los que no tenían pruebas: el Tratado de Viena era una amenaza directa contra Gran Bretaña, pues contaba con una parte secreta en la que se acordaba trabajar para instaurar al pretendiente jacobita en el trono británico. Esto y la afirmación de Walpole de que nunca se devolvería Gibraltar sin el consentimiento del Parlamento hicieron que el gobierno viera respaldada su posición (251 contra 81) y se aprobara una partida de tres millones de libras para los gastos de la guerra.

La guerra comenzó a las cuatro de la tarde del 22 de febrero de 1727, cuando el gobernador Gaspar Clayton ordenó hacer fuego sobre los trabajos que se estaban realizando en territorio español. Para entonces ambos contendientes habían definido sus posiciones y reunido una gran cantidad de hombres y armas. Felipe V había nombrado comandante de su ejército al conde de las Torres, poniendo a su disposición un ejército de más de dieciocho mil soldados de infantería, setecientos de caballería y un tren de artillería compuesto por cerca de un centenar de cañones procedentes de Cádiz. Pero los preparativos no comenzaron con buen pie: una buena parte de los cañones embarrancaron a sólo treinta kilómetros de Cádiz, debiéndose enviar el resto por mar hasta Algeciras; la buena disposición a la reunión de tropas no se correspondió con la dotación de efectivo

<sup>38</sup> Según un panfleto de la época, cada gobernador sacaba unas 20.000 libras anuales gracias a estas tasas. Los principales hombres de la administración de esa época fueron duramente criticados: «El Coronel Congreve mostró mucho del mal ejemplo que sus sucesores tan bien imitaron. [...] Cotton fue un hombre de naturaleza derrochador. Él mejoró los métodos de Congreve con cada toma de posesión [...] Godbey siguió a Cotton, pero se retiró. Su sucesor, Bower, saqueó alegremente durante el ejercicio de Cotton, y repartió el saqueo con las personas cercanas». M. Cooper (1749): *Reasons for Giving Up Gibraltar*, Londres, citado en W. Jackson, *op. cit.*, p. 126. Los gobernadores Congreve y Cotton fueron retirados acusados de mala administración; Godbey y Bower fueron comandantes de la tropa acuartelada en Gibraltar.

para su pago y mantenimiento, a lo que se sumó la necesidad de contratar unos tres mil jornaleros de la región para los trabajos en la preparación de trincheras y baterías; a todo ello había que sumar las inconveniencias climáticas del invierno y sobre todo las divisiones de mando en el campamento español, situado en el lugar conocido como Punta Mala, donde buena parte de los generales españoles cuestionaba la dirección del conde de las Torres, respaldado únicamente por el conde de Montemar, quien había conquistado Orán y era con mucho el militar más competente del bando español. Por parte británica las fuerzas no eran tampoco excesivas en principio; en enero de ese año la guarnición de Gibraltar, a pesar de las periódicas quejas de los gobernadores para incrementarla, no sumaba más de mil quinientos hombres. Aun antes de realizar la declaración de guerra ya se habían cursado órdenes de concentración de fuerzas navales en Gibraltar. La escuadra del almirante Charles Pager se trasladó a la plaza llevando tres nuevos batallones al mando del brigadier Kane y diez compañías, lo que elevó la guarnición que defendía Gibraltar al comienzo del sitio a unos tres mil soldados de infantería y centenar y medio de artilleros<sup>39</sup>.

El segundo intento bélico de recuperación de Gibraltar fue básicamente un enfrentamiento entre artilleros de uno y otro bando; la bahía estaba tomada por la marina británica, lo que impedía realizar bombardeos desde allí o un desembarco por la parte sur de la ciudad, además de mantener la guarnición bien surtida de víveres y armamento, lo que hacía imposible rendirla. La estrategia española no podía ser otra que conseguir un asalto por el único punto accesible, la Puerta de Tierra (dado que los senderos utilizados en el intento de golpe de mano de 1704 habían sido cegados o estaban bien guarnecidos); y para conseguirlo antes había que abatir las baterías que cubrían el istmo desde tres puntos principales: desde el este, Willis's Batteries; desde el oeste las Devil's Tongue Batteries (sobre el Muelle Viejo); y la Grand Battery entre la Puerta de Tierra y el Nort Bastion (antiguos baluartes de San Pedro y San Pablo). En conjunto había sesenta y tres cañones británicos, menos que españoles, pero superando a éstos en número de morteros, que eran fundamentales para frenar el avance de los trabajos de zapa y trincheras y frenar el posible asalto de la infantería. Frente a esta potencia de tiro se encontraban las baterías españolas de Santa Isabel, el Conde y el Molino (dirigidas contra la batería Willis), San José y Santa Bárbara (contra la cortina y trincheras que protegían la Puerta de Tierra), Barbasón y San Carlos (contra Devil's Tongue) y otras tres menores de morteros, dirigidas contra la ciudad y los puestos del monte.

El 22 de febrero el gobernador Clayton despachó un mensaje al conde de las Torres en el que, no sin hacer gala de cierta flema, se sorprendía de la

<sup>39</sup> W. Jackson, *op. cit.*, pp. 127-128.

actividad que los españoles estaban llevando a cabo «no habiendo llegado a mí noticia de declaración de guerra alguna», amenazando con «tomar las convenientes medidas» si no cesaban las obras de inmediato; a lo que el conde de las Torres respondió que sus hombres trabajaban sobre territorio español y, tras reprocharle la ocupación de torreones fuera de Gibraltar, devolvía la amenaza «participándole que para el sitio de esta plaza no debían formarse los ataques tan lejos, y como los conocerá en la ocasión»<sup>40</sup>. Al día siguiente, y viendo que efectivamente las obras continuaban, fue cuando el gobernador Clayton ordenó el comienzo de los bombardeos desde las baterías Willis y Devil's Tongue (el antiguo muelle, ahora artillado).

Los meses de marzo y abril fueron ocupados en la construcción de las paralelas y el establecimiento de baterías, dirigiendo las obras los oficiales del Cuerpo de Ingenieros Enrique de Vis y Antonio Montagu; la obra más original que comenzó a realizarse fue la preparación de una mina, aprovechando el descubrimiento de una gruta, que alcanzaba los bajos de dos grandes baterías británicas, en especial la de la Reina Ana, pero la obra debió abandonarse ante la dureza del terreno. Desde las baterías de Gibraltar se trataba de entorpecer lo más posible la continuidad y término de las obras, lo que llegó a hacer ordenar que se realizaran de noche; lo que no dificultaban los morteros británicos lo realizaban las lluvias, que como en 1704 anegaban las galerías y trincheras, diezmaban la salud de los soldados y trabajadores y alargaban la campaña con el consiguiente desánimo de una tropa, que, sin enfrentamientos directos, se dedicaba en un bando y otro a recomponer los daños causados por los artilleros. La escuadra inglesa fue utilizada también para atacar los trabajos de zapa españoles, pero la colocación de baterías en las playas hizo retroceder los barcos, que no tuvieron otro cometido que atacar las barcazas que traían faginas para el campamento. A partir de finales de marzo la capacidad de fuego de las baterías españolas estaba casi completada, y a comienzos de abril se produjeron los primeros bombardeos sistemáticos, pero parciales y no sostenidos; durante todo ese mes las tormentas se sucedieron, haciendo aún más incómoda la vida en el campamento español, pero también en Gibraltar, pues buena parte de la guarnición debía dedicarse a labores de vigía, en turnos de mil soldados cada una, lo que evidenciaba el temor a un asalto español en cualquier momento; con todo, el mayor problema entre la tropa no estuvo causado por el fuego enemigo, sino por las intoxicaciones etílicas, lo que obligó a la oficialidad a tomar duras medidas contra los borrachos, reducir la venta de licor y limitar la entrega de vino a una pinta al día por soldado. Durante ese periodo llegaron a Gibraltar refuerzos de tropa; dos regimientos el 7 de abril y otros dos batallones

<sup>40</sup> I. López de Ayala: documentos XXVI y XXVII, pp. XL-XLI.

el 1 de mayo, con lo que la guarnición alcanzó los 5.481 soldados, lo que obligó a abrir campamentos en Rosia Bay y Windmill Hill. Con los batallones volvía a Gibraltar el anciano conde de Palmore, gobernador propietario de la plaza, que con ese gesto quiso sin duda reforzar su prestigio y consiguió dar a los sitiados una clara muestra de entereza y valor<sup>41</sup>. Justo a tiempo.

Completado el despliegue artillero español y mejorado el tiempo en el Estrecho, el 7 de mayo se produjo finalmente el gran ataque contra Gibraltar. Todas las baterías comenzaron a disparar conjunta y sostenidamente contra los objetivos determinados, con unos efectos en principio muy prometedores; el daño causado a las baterías británicas era muy considerable: para el día 12, de los veinticuatro cañones instalados en el Muelle Viejo sólo quedaban activos ocho y a la batería Willis tan sólo le quedaban dos cañones; de igual modo, los daños en las fortalezas eran apreciables, correspondiendo los más significativos a la práctica demolición de la cortina protectora de la Puerta de Tierra. Por su parte, los sitiados comenzaron a utilizar todos los morteros que disponían para acallar las baterías más cercanas a sus defensas, al mismo tiempo que aprovechaban la noche para subir al monte buena parte de los cañones, con lo que ganaban en radio de tiro y dificultaban que fueran alcanzados por los disparos españoles. Hasta el día 20 de mayo el fuego desde las baterías españolas fue mantenido, pero a partir de entonces comenzaron a decrecer las fuerzas por la imposibilidad de sustituir o reparar las piezas alcanzadas por los británicos; los pobres caminos que conducían a Gibraltar no se habían mejorado para sostener la intendencia de un ejército que a esas alturas de la campaña contaba con unos quince mil hombres, por lo que los repuestos, pólvora y balas no llegaban con tanta rapidez como requería el ritmo impuesto al asedio. Bien avituallados de víveres y pertrechos de campaña por la flota de Wager, las tropas y armas sitiadas no padecían los efectos desgastadores, aprovechando las noches para tratar de reparar lo que las baterías españolas dañaban durante el día, que era cuando desde el Peñón se atacaban las líneas de los sitiadores con creciente efectividad. Esto produjo una proporcional frustración en el bando español; las tensiones en la cúpula militar, que los primeros éxitos del ataque habían hecho disminuir, fueron incrementándose a medida que la capacidad de fuego español decrecía y se iba imponiendo, a pesar de los daños causados, la fuerza británica. A finales de mayo ya se evidenciaba que las posibilidades de llevar a cabo el gran asalto eran prácticamente nulas y las quejas de algunos generales llegaron hasta el mismo ministro de la Guerra, marqués de Castelar. Aunque no hay constancia de que el ministro comunicara nada a Felipe V, el 23 de junio llegaron

<sup>41</sup> W. Jackson, *op. cit.*, pp. 128-131.

al campamento español desde la corte unos pliegos dirigidos al conde de las Torres y lord Palmore, que determinaban un alto el fuego para alcanzar un armisticio bajo la condición del mantenimiento del estatus existente en ese momento. En San Roque, un representante del gobernador negoció la redacción definitiva del armisticio, cuyas bases fundamentales eran el alto el fuego, la incomunicación de Gibraltar por tierra, el mantenimiento de las trincheras españolas y comisiones de verificación mutuas para la no construcción de más obra militar<sup>42</sup>. Diecisiete semanas y media después de haber sido iniciado terminaba el decimotercer asedio sobre Gibraltar, el segundo que los españoles emprendían contra la presencia británica en el Peñón. Si el primer sitio había demostrado que no podía emprender el asedio sin contar con el apoyo de la armada, el segundo evidenció que Gibraltar podía ser dañado pero no tomado exclusivamente por medio de un ataque terrestre, por muchas fuerzas que pudieran concentrarse para llevarlo a cabo.

Sin embargo, el sitio no fue terminado ante la evidencia de la imposibilidad manifiesta para conseguir la toma de Gibraltar; el cerco del Peñón era una bengala en el polvorín europeo y ninguna potencia estaba interesada en comenzar una guerra que se presumía con muchas complicaciones de alineamiento. El cardenal de Fleury, regente de Francia, trabajó para rebajar la tensión y sobre todo para hacer sentir la presión internacional sobre Felipe V que le obligara a dar marcha atrás en sus propósitos; a su vez, el Papa se había erigido en mediador de todo el continente a través de los legados pontificios en Madrid, París y Viena; mientras el emperador Carlos VI temía verse arrastrado a una guerra sin las suficientes garantías ni contraprestaciones; por último, pero fundamental, en la corte de Felipe V se estaba produciendo un cambio profundo en los hombres de gobierno, sucediendo a la gestión de políticos más o menos acertados (Alberoni, Grimaldi, Ripperdá) una nueva clase política de formación jurídica y origen hidalgo, posteriormente ennoblecidos, cuyo primer ejemplo fue José Patiño. La tensión comenzó a tener sus efectos en el lazo más débil; a finales de mayo de 1727 el emperador Carlos VI aceptó firmar unos *Preliminares de Paz* ofrecidos desde París con el propósito de alcanzar una pacificación general y remitir a la celebración de un posterior Congreso en Soissons la resolución de los conflictos territoriales, siempre teniendo presentes las resoluciones alcanzadas en Utrecht. En estos preliminares había tres puntos que afectaban directamente a la situación de Gibraltar: cese inmediato de todas las hostilidades por tierra y por mar (en el área del Caribe también se habían producido enfrentamientos), reinicio del

<sup>42</sup> El documento firmado por las partes, conteniendo los cinco puntos del armisticio, en I. López de Ayala: documento XXVIII, pp. XLI-XLII.

comercio británico con España y América y devolución de las piezas atrapadas por mar (lo que hacía apelación a la captura del mercante *Price Frederick* en el puerto novohispano de Veracruz). También contenía una cláusula con el aplazamiento por siete años del establecimiento de la compañía de Ostende, lo que suponía la renuncia del emperador a la entrada en el comercio con América y el mantenimiento de los privilegios británicos. Los *Preliminares* fueron firmados por los representantes de Austria, Francia, Holanda y Gran Bretaña, además de estampar su firma el embajador español en Viena sin contar con la expresa aceptación de Felipe V. El 19 de junio aceptó Felipe V los *Preliminares*, por lo que despachó de inmediato los pliegos con sus órdenes al campamento español, pero ordenando que nada de lo realizado y conseguido se deshiciera, lo que hacía abrigar sospechas del lado británico. Sospechas que se extendían desde Gibraltar hasta las cancillerías europeas mientras que al Peñón llegaba la noticia de la muerte de Jorge I (22 de junio)<sup>43</sup>.

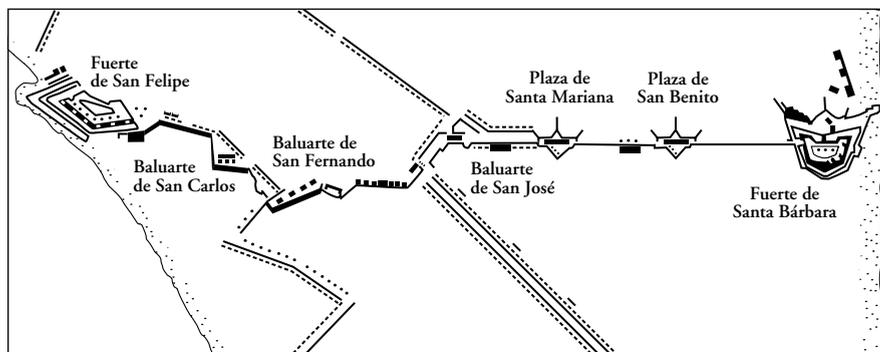
La muerte del monarca inglés permitió que de nuevo se reactivara en el continente la posibilidad del pleito jacobita; aunque su sucesor, Jorge II, fue coronado sin oposición, las cualidades del nuevo rey brillaban por su ausencia incluso para los que practicaban la servil adulación; la brutalidad del padre fue heredada por el hijo, reconvertida en una creencia en sus propios valores militares; afortunadamente, la reina Carolina tuvo sobre él una influencia benéfica. Pero sobre todo lo que caracteriza el reinado de Jorge II (1727-1760) es la maduración de una clase política hábil y práctica, que con sentido común y respeto a las leyes consiguió edificar un sistema de contrapesos políticos que inspiró la teoría de los pensadores del siglo XVIII. A pesar de las limitaciones del sistema político británico —las más importantes de las cuales eran la corrupción y la endogamia—, su comparación con el resto del continente era muy favorable, especialmente en la determinación de la jefatura efectiva del ejecutivo; aunque el rey ostentaba la titularidad del poder ejecutivo («El rey patriota debe reinar y gobernar», afirmaba Bolingbroke desde su exilio en Francia, cuando ya Jorge I tan sólo realizaba la primera parte de la máxima) a través del consejo privado, el creciente número de integrantes hizo aconsejable, para ganar operatividad, la creación de un consejo de gabinete (*Council Cabinet*) con representación de los más importantes dignatarios (ministro de Hacienda, lord Canciller, primer lord del Almirantazgo, etc.), cuyas reuniones eran tan numerosas que el rey no podía asistir a todas, razón por la que se elegía a uno de los ministros como jefe de gabinete; para evitar problemas entre las dos grandes formaciones políticas, Jorge I tomó la costumbre de elegir para el desempeño de esta función al líder de la mayoría

<sup>43</sup> J. del Álamo, *op. cit.*, pp. 155-156.

en los Comunes, quien elegía personalmente entre sus correligionarios a la mayor parte del gabinete. Aunque el mismo Bolingbroke o Stanhope desempeñaron estos puestos, quien lo elevó a la categoría de su desempeño fue Robert Walpole, el primero en merecer el nombre de *Prime Minister*. Aunque la historiografía británica suele caracterizar a Walpole como un pacifista dentro de un contexto continental belicoso, la realidad muestra que no tuvo ningún prejuicio pacifista cuando los intereses nacionales estaban en juego y debía declarar una guerra —como en 1727 a España—; su política se regulaba con la máxima «*Quieta non movere*» (No perturbar la calma) porque era consciente que los dividendos de la paz eran usualmente más jugosos que los de las guerras, razón por la que prefirió la neutralidad a una afiliación a alianzas ajenas (ante la crisis europea por la guerra de Sucesión en Polonia llegó a decir: «Este año han muerto [por la guerra] 50.000 hombres en Europa y ni uno solo ha sido inglés») o la negociación antes que las tensiones; fue esta tendencia al apaciguamiento beneficioso lo que lo alejó del poder en 1742, siendo su digno sucesor William Pitt, para quien los beneficios también podían, e incluso debían, ser conseguidos por todos los medios, incluidos los bélicos. Sin embargo, los dos tenían en común la creencia en que «la política británica es el comercio británico», en palabras del mismo Pitt<sup>44</sup>.

En la segunda mitad de 1727, con las trincheras frente a Gibraltar aún ocupadas por soldados españoles, con el pretendiente jacobita siendo apoyado discretamente por las potencias católicas, Walpole hace gala de un cinismo —en este caso de sesgo pacifista— equiparable a su negación ante los Comunes de la carta de Jorge I a Felipe V; ofrece de nuevo promesas de devolución de Gibraltar a cambio de la ratificación española a los privilegios comerciales británicos en América. Sabe que la restitución de Gibraltar es ya mucho menos aceptable para la opinión pública británica que en tiempos de Stanhope, a consecuencia del cariño que la Roca (es en este periodo cuando Gibraltar comienza a ser denominado así en las gacetillas londinenses: *the Rock*) ha despertado entre los británicos a consecuencia de haberla defendido en dos ocasiones, presentadas por la literatura local como hechos heroicos; pero también a consecuencia de que la corte española ya no espera sólo promesas, que tan sólo aumentan la irritación, y que en consecuencia, a pesar de haber aceptado los Preliminares de Paz, Madrid está reforzando sus posiciones en los alrededores de Gibraltar. Mandaba ya el ejército español el conde de Montemar, una vez retirado el conde de las Torres, que aprovecha la benignidad del largo verano andaluz para realizar una obra considerable: una línea defensiva que unía ambas orillas del istmo (el origen de lo que sería la *Línea*

<sup>44</sup> J. Chasteney: *William Pitt*; París, Fayard, 1947.

MAPA 3. *La Línea.*

*Española de Contravalación*) y el reforzamiento de una batería que protegía el improvisado puerto español en la bahía; al mismo tiempo, dos escuadras se forman en los puertos de La Coruña y Cádiz. El incremento de la tensión alrededor de Gibraltar —que no estuvo exenta de intercambios de algunos cañonazos— hizo que de nuevo las potencias presionaran para que Felipe V ratificara los preliminares con un tratado de paz. Los objetivos de Walpole estaban cumplidos: el tiempo transcurrido había marchitado las posibilidades del pretendiente jacobita y la opinión de la cancillería era favorable a Gran Bretaña, contemplando las exigencias españolas como el principal obstáculo para la paz en Europa. El 3 de diciembre Felipe V ofrecía la ratificación de los Preámbulos comprometiéndose al levantamiento total del sitio, la retirada de su ejército, la devolución del mercante *Prince Federick* y el mantenimiento de las concesiones comerciales británicas en sus territorios de América. Lo que tuvo su materialización en el Acta de Ratificación de los Preliminares (El Pardo, 6 de marzo de 1728), cuyo primer artículo indicaba: «Se levantará inmediatamente el bloqueo de Gibraltar; las tropas volverán a sus cuarteles; se retirará la artillería; se demolerán las trincheras y demás obras de sitio; volverá todo por ambas partes al estado prescrito por el Tratado de Utrecht»<sup>45</sup>.

La ratificación definitiva por parte española no se encontraba tan sólo motivada por la presión internacional; Felipe V estaba gravemente enfermo y la reina Isabel de Farnesio temía tanto por su muerte —y la sucesión del trono a su hijastro Fernando, al que no le unían grandes lazos afectivos— como por no haber alcanzado su deseo más firme: conseguir territorios para coronar a sus hijos. Por otra parte, cuando se firmó el Acta se encontraba ya en preparación la reunión del Congreso de Soissons, al que se remitía la definitiva ratifi-

<sup>45</sup> J. del Álamo, *op. cit.*, p. 157.

cación de lo decretado. El Congreso tan sólo se limitó a dar marchamo superior a los acuerdos alcanzados en los Preliminares, sin resolver ninguno de los asuntos fundamentales; en palabras de uno de los políticos participantes en Soissons, el principal punto de atención entre los congresistas se centró en «la mayor o menor habilidad de los cocineros concurrentes y nada se habló en él de los negocios de Europa que debían ajustarse»<sup>46</sup>. Sobre el tema de Gibraltar se cernió un silencio estruendoso, había sido el motivo de tensión máxima y no llegó a ser tratado en el Congreso; la amplia representación española<sup>47</sup> vio cortadas todas las posibilidades de sacar adelante cualquier resolución que no fuera el mantenimiento de *statu quo*, incluso se exigió a los representantes una renuncia expresa, para que en lo sucesivo no se dudara de la plena posesión inglesa, a lo que los españoles respondieron ofreciendo la renuncia en los términos de Utrecht, pero salvando «el derecho legítimamente adquirido por otras convenciones»<sup>48</sup>. La conciliadora postura de Walpole había evolucionado hacia la búsqueda de un reconocimiento taxativo de la «soberanía» británica sobre Gibraltar, por lo que las instrucciones de Townshend a los negociadores británicos habían sido claras: cualquier mención sobre Gibraltar debía ser combatida<sup>49</sup>. En consecuencia, fue aplazando indefinidamente el tema de Gibraltar; dado que los Preliminares de Paz habían sido confeccionados a instancia de Gran Bretaña, fue ésta la única potencia que pudo decirse satisfecha con el Congreso.

El triunfo de la posición del gobierno de Walpole no duró demasiado; en la apertura del Parlamento en enero de 1729, la negativa española al reconocimiento de la soberanía británica sobre Gibraltar fue interpretado acertadamente como evidencia de la existencia de las promesas anteriores de Jorge I; la presión fue tan importante que una copia de la carta de Jorge I debió ser enviada a la Cámara de los Lores, evidenciándose el incumplimiento de la palabra real, lo que tendría consecuencias sobre el Gabinete al exigir las responsabilidades. Walpole vio necesario un cambio de estrategia; en su discurso, Jorge II señaló que, siete meses después de haber ratificado los Preliminares a través del Acta de

<sup>46</sup> G. Anés (1983): *Historia de España*, vol. 4: *El Antiguo Régimen: Los Borbones*; Madrid, Alianza Editorial, p. 352.

<sup>47</sup> En la delegación española se encuentran nombres de los políticos principales de la época y de las décadas posteriores: Melchor de Macanaz, marqués de Santa Cruz de Marcenado, Álvaro de Navia, Joaquín de Barrenecha.

<sup>48</sup> I. López de Ayala: documento XXXI, p. XLIV.

<sup>49</sup> Lord Townshend escribió en sus instrucciones a los negociadores: «You cannot but be sensible of the violent and almost superstitious zeal which has prevailed among all the parties in the Kingdom against any scheme for the restitution of Gibraltar upon any condition whatsoever [...] The Bare mention of a proposal [...] of ever parting with that place would be sufficient to put the whole nation in a flame». Citado en W. Jackson, *op. cit.*, p. 138.

El Pardo, España no había llevado a cabo su cumplimiento: las fuerzas militares españolas habían retrasado sus posiciones, pero persistía el bloqueo de Gibraltar con la Península, el mercante *Prince Frederick* no había sido devuelto y el comercio británico con América continuaba siendo entorpecido; por todo ello, el monarca pedía el respaldo de la nación en caso de que considerara necesaria una guerra con España. El giro de las Cámaras fue espectacular; de la exigencia de responsabilidades al Gabinete se pasó a las críticas sobre la «cicatería» de España, exigiendo la renuncia expresa y definitiva del rey de España a toda reclamación sobre Gibraltar y Menorca y otorgando a Jorge II todos los medios para «preservar Su indudable Derecho sobre Gibraltar y la Isla de Menorca»<sup>50</sup>.

En España, los resultados del Congreso, unidos a la sensación del fracaso de la alianza con Austria, condujeron a un cambio drástico de estrategia, en buena parte motivada por el sentido común de Patiño: se había evidenciado la negatividad de mantener abierta la opción de Felipe V al trono francés, lo que había conducido a Francia a la alianza con Gran Bretaña; por tanto, debía renunciarse de forma definitiva y procurarse un nuevo entendimiento con París, sin que dicho acercamiento obligatoriamente debiera ir contra Londres. Las negociaciones para llegar a un acuerdo amplio fueron sorprendentemente sencillas, más aún cuando el nuevo embajador de Jorge II en Madrid, William Stanhope —quien ya había desempeñado igual cargo durante la gestión de gobierno de lord Stanhope— presentó ante la corte de Felipe V la aceptación de la Liga de Hannover para que al príncipe Carlos, primogénito de la reina Isabel de Farnesio, se le entregara el ducado de Parma y Toscana, una vez que Felipe V aceptara el mantenimiento del *statu quo* anterior a 1725; Walpole, además, le había pedido a Stanhope que consiguiera, aunque fuera a través de un documento secreto, la renuncia definitiva de Felipe V a toda reclamación sobre Gibraltar y, tanto más importante, que volviera a Londres con el original de la carta de Jorge I en la que prometía la restitución de Gibraltar al rey español; de conseguir ambos objetivos, William Stanhope obtendría la concesión de un título nobiliario<sup>51</sup>. Tras rápidas negociaciones se firmó el *Tratado de unión, amistad y defensa entre las Coronas de Gran Bretaña, Francia y España* (Tratado de Sevilla, 9 de noviembre de 1729), que prioritariamente se ocupó de dos temas: las garantías para que don Carlos fuera definitivamente nombrado duque de Toscana y Parma, y la determinación de la legalidad o ilegalidad de las presas y la devolución de navíos apresados. Tal vez la única persona satisfecha por el Tratado fue Isabel de Farnesio: Felipe V, que arrastraba un profundo estado de depresión no vio recogidas sus reclama-

<sup>50</sup> G. Hills, *op. cit.*, pp. 281-282. W. Jackson, *op. cit.*, pp. 138-139.

<sup>51</sup> W. Jackson, *op. cit.*, p. 139.

ciones sobre Gibraltar, Francia temía haber contrariado al emperador y Gran Bretaña apenas consiguió algo más que la revalidación de unas concesiones comerciales anteriores. Stanhope volvió a Londres y consiguió su título nobiliario, pero no llevó consigo ni la carta de Jorge I ni un documento secreto de Felipe V con la renuncia de los derechos españoles sobre Gibraltar.

Cuando aún no se había desarrollado el Tratado de Sevilla, Gran Bretaña concertó tratados con Holanda y con el emperador Carlos VI, mientras España firmaba un tratado con el emperador por el que éste reconocía y aceptaba la ocupación de los ducados italianos como garantía de la entronización del príncipe Carlos. El almirante Wager —quien asistiera a Gibraltar durante el último sitio— llegó el 1 de agosto de 1731 a Cádiz al frente de una poderosa escuadra con el objetivo de trasladar a Carlos a su toma de posesión; en diciembre de ese año fue proclamado soberano de Toscana. El príncipe Carlos no había viajado solo; tropas españolas realizaron la cobertura de las plazas de Liorna, Puertoferayo, Parma y Plasencia; tras producirse la proclamación y sin obstáculos para el desempeño del ejercicio real, debía producirse el repliegue de tropas y la vuelta a España. Patiño, que a la secretaría de Estado ya unía la de Guerra, presentó al rey un proyecto para utilizar esas tropas en la toma de Orán, plaza española desde los tiempos de los Austrias mayores abandonada en el transcurso de la guerra de Sucesión (1707), y que entonces se consideraba necesario y factible recuperar; al frente de los 25.000 hombres que formaban la expedición, el conde de Montemar consiguió apoderarse la plaza norteafricana, sin más protestas que las del sultanato de Marruecos. Las buenas relaciones entre las monarquías de la Europa Occidental, de modo significativo entre España y Gran Bretaña, se mantuvieron hasta 1733, a través de periódicas consultas, como las manifestadas en las Declaraciones de Sevilla (1731), mera ratificación del Tratado anterior (aunque los derechos del príncipe Carlos ya se extendían a Nápoles), y en las conversaciones entre Patiño y su homólogo británico Keene (febrero de 1732), discriminación efectiva entre el tráfico comercial legal y el ilegal y compromiso inglés de negar protección a los barcos contrabandistas y corsarios bajo su pabellón.

### *La evolución de las relaciones europeas*

Como un tercio de siglo antes en España, a partir de 1733 se abre una nueva guerra de sucesión a consecuencia de la muerte del rey de Polonia, Augusto II. Antes se comentó la neutralidad de la que hizo gala la Gran Bretaña gobernada por Walpole; no sucedió así con otras potencias: Austria y Rusia pretendieron

instalar al incapaz Augusto III, mientras en Francia triunfaba una vez más la fobia antiaustriaca y se proponía como candidato a Estanislao Leczinski, lo que hacía saltar por los aires la estrategia de Fleury de acercamiento a Austria. Aunque España tenía firmados tratados con Francia, también los tenía con el emperador, de quien en ese momento se pretendía el consentimiento para la ocupación del reino de Nápoles a favor del príncipe Carlos. La necesidad de Francia de tener bien guarnecido su flanco sur condujo al cardenal Fleury a reforzar el acercamiento franco-español; por su parte, Patiño sabía que los asuntos pendientes con Gran Bretaña eran de tal importancia que antes o después estallaría la guerra, por lo que resultaba necesario buscar un aliado de peso, siendo Francia —ante el fracaso de la anterior experiencia austriaca— el candidato natural. A través del *Tratado de El Escorial (Primer Pacto de Familia, 7 de noviembre de 1733)*, España y Francia determinaban la ayuda mutua tanto defensiva como en las guerras que emprendieran, se garantizaban respeto mutuo de los dominios de cada reino (incluidos los ducados italianos), se concedían la cláusula de «nación más favorecida» y Francia prometía auxiliar a España en la recuperación de Gibraltar a cambio de que España combatiera a Austria al lado de Francia, sin posibilidad de hacer la paz por separado ninguno de los dos países. Lo más trascendental de este tratado fue el retorno al «pacto de familia» entre ambas ramas de la casa de Borbón, el espíritu originario que trató de imponer Luis XIV, que ahora se trataba de declarar perpetuo e irrevocable y que marcaría de forma significativa la política exterior española durante el resto del siglo XVIII. Era muy indicativo que un artículo independiente y secreto del tratado cancelara todos los acuerdos anteriores, lo que no era otra cosa que anular las renunciaciones anteriores de Felipe V al trono de Francia.

La guerra de sucesión polaca fue una contienda donde se guerreó poco, los ejércitos no fueron importantes y no hubo grandes batallas o campañas. Tal vez quienes más empeño pusieron fueron las tropas españolas (el general Mina consigue las victorias de Parma y Guastalla), que entonces realizaron las últimas campañas en Italia reverdecido la fama conseguida durante los dos siglos anteriores. El conde de Montemar al frente de un ejército de 16.000 infantes, 4.000 caballos y 10 escuadrones de dragones consiguieron la ocupación del reino de Nápoles y de la isla de Sicilia. Mientras tanto, las ayudas francesas no llegan a Polonia y el país es ocupado por Rusia. Las tesis francesas estaban derrotadas, pero su ejército no, pues apenas había combatido al norte de Italia, y su diplomacia supo hacer un buen trabajo: rompiendo la letra del Tratado de El Escorial, Francia ignoró a sus aliados y preparó la paz con Austria (Preliminares de Viena, octubre de 1735); a pesar del deseo británico de resolver los asuntos debatidos en un congreso internacional, el

entendimiento entre París y Viena condujo a la Paz de Viena (noviembre de 1738), en la que, entre otros acuerdos sustanciales, se reconocía a don Carlos como titular del reino de las Dos Sicilias. Aunque no había un replanteamiento general de la Europa salida de Utrecht, en Viena se produjo su primer reajuste sin contar con la opinión británica.

La paz era especialmente necesaria para España, una vez que las tensiones con Gran Bretaña habían ido en aumento coincidiendo con la guerra. La capacidad para la recluta del ejército que ocupó parte de la Península italiana se debió a las gestiones y capacidad de ordenamiento de José Patiño, que a sus labores en Estado y Guerra sumó entonces la secretaría de Hacienda. A pesar de los constantes esfuerzos bélicos, España mantuvo una mejora económica significativa aunque con altibajos a lo largo de todo el siglo XVIII (de hecho, ya se apuntó en los años finales del reinado de Carlos II); sin romper con la línea anterior de interés en Italia<sup>52</sup>, la gestión de Patiño colocaba los asuntos americanos en primer lugar de los asuntos de Estado; y como el sostenimiento y defensa de los territorios americanos, así como la mejora del comercio, debían descansar obligatoriamente en la capacidad de recursos de las marinas comercial y de guerra, a ello se aplicó Patiño allegando recursos e importando nuevas técnicas de construcción, en uno de los grandes programas de recuperación de la armada española, en declive desde finales del siglo XVI. La mejora sustancial económica, su mayor preocupación por América y el programa de crecimiento de la armada española preocuparon mucho a Londres, donde los partidarios de la prosperidad por la pacificación (Walpole) eran cada vez más superados por los propugnadores de la prosperidad por la lucha (Pitt); en una intervención parlamentaria Pitt exclamó violentamente:

¿Puede esta asamblea seguir considerándose un Parlamento inglés cuando, con más barcos en nuestros puertos que en toda Europa junta, con más de dos millones de habitantes en nuestras colonias en América, accedemos a considerar conveniente un acuerdo con España que no es ni seguro, ni satisfactorio, ni honorable? [...] La quejas desesperadas de nuestros comerciantes, es decir, de Inglaterra, ya lo han condenado<sup>53</sup>.

<sup>52</sup> La historiografía española tradicional resalta el cambio en la política exterior introducido por Patiño respecto a la defensa de los intereses de Isabel de Farnesio mantenida por Alberoni, Grimaldi o Ripperdá. En realidad, Patiño triunfó donde ellos fracasaron: entregó a la reina territorios para don Carlos (rey de las Dos Sicilias) y don Felipe (casado con la primogénita de Carlos XV, duques de Parma, Mantua y Piacenza). La gran novedad fue el buen aprovechamiento de las circunstancias internacionales y el establecimiento de una prioridad por encima de esos objetivos: la mejor defensa y explotación comercial de los territorios americanos. I. Pulido Bueno (1998): *José Patiño: el inicio del gobierno político-económico ilustrado en España*; Huelva [El autor].

<sup>53</sup> Citado en M. B. Bennassar *et al.* (1980): *Historia Moderna*, Madrid, Akal, p. 816.

Resulta necesario subrayar que la causa fundamental del crecimiento de las tensiones entre España y Gran Bretaña a lo largo de los años treinta no estaba ya centrada en Gibraltar, sino en la disputa sobre el comercio con América; las dos alternativas enfrentadas eran el mantenimiento del monopolio español o la expansión comercial británica; ésta podía ser legal, basada en las cláusulas de Utrecht, pero sobre todo estaba basada en el contrabando, abusando ampliamente del navío de permiso y el asiento de negros, pues ya las demandas de las asentadas sociedades criollas no podían ser cubiertas en su totalidad por España, y Gran Bretaña necesitaba nuevos mercados para sus manufacturas. Si España consideraba que había sido muy generosa en Utrecht, para el gobierno británico las posibilidades de comercio legal eran claramente insatisfactorios, por lo que era habitual el contrabando de navíos con pabellón británico (sin contar con los daños de los corsarios refugiados bajo el mismo pabellón), lo que hacía necesario para España el recurso a la fuerza a través de los guardacostas.

Creando un estado de opinión favorable a una presión creciente sobre España, llegando a la guerra si era necesario, los contrarios a la política de apaciguamiento de Walpole hacían que la figura del primer ministro fuera cada día más impopular; cuando los centros de negocios le comunicaron su opinión —el precio del mantenimiento de la paz era superior a los gastos ocasionados por la guerra—, Walpole no tuvo inconveniente en declarar la guerra a España (la conocida como guerra de la Oreja de Jenkins, 1739-1748)<sup>54</sup>. El conflicto bélico tuvo dos escenarios claramente diferenciados: el Caribe, donde el almirante Vernon fracasó en sus intentos de toma de Cartagena de Indias y La Habana, aunque sí tomó Portobello (1739), mientras por primera vez se practicaba el corso a través de barcos españoles, provocando importantes pérdidas al tráfico comercial inglés, que ofrecía un amplio blanco; y el continente europeo, complicado por la guerra de Sucesión de Austria, lo que provocó el Segundo Pacto de Familia hispano-francés (25 de octubre de 1743), el cual, entre otras cosas, obligaba a Francia a no firmar ninguna paz si antes España no había recuperado Menorca y Gibraltar. La guerra acabó con el Tratado de Aquisgrán (1748), sin resultado alguno sobre Gibraltar, y de forma definitiva con el Tratado Comercial hispano-británico de 1750: Gran Bretaña renunciaba al asiento de negros —previa indemnización de cien mil libras— y admitía el derecho de visita, inspecciones de los guardacostas españoles a los navíos comerciales británicos en aguas próximas a los

<sup>54</sup> En pocas ocasiones un conflicto tan previsto tuvo una motivación explícita tan nimia. Ante un Parlamento previamente enardecido compareció el capitán Jenkins (en realidad, un vulgar contrabandista), denunciando las supuestas atrocidades españolas, y aportando como prueba una oreja mutilada.

territorios de la América española. El resultado conjunto de la guerra no fue negativo para España, pues consiguió mantener el control de su comercio con América, limitó las posibilidades de contrabando inglés y, tras la muerte de Felipe V (1746), borró de la política exterior española las preocupaciones por los territorios italianos; sin embargo, no se había conseguido ningún avance sobre el tema de Gibraltar y Menorca, donde las fuerzas británicas reforzaban sus posiciones. Las tensiones entre Gran Bretaña disminuyeron extraordinariamente durante casi un cuarto de siglo a consecuencia de dos factores; el primero fue la entronización de Fernando VI, cuyo lema «Paz con todos, guerra con ninguno» evidencia el cansancio español tras una primera mitad de siglo en constante esfuerzo militar, lo que tuvo su máxima manifestación con la inicial neutralidad española en la colosal guerra de los Siete Años (1756-1763); el segundo factor fue la apertura para Gran Bretaña de otras zona de mayor interés (India y a partir de la conquista de Quebec, en 1759, todo el Canadá), además de su participación directa en la guerra de los Siete Años y el conflicto de sus Trece Colonias norteamericanas<sup>55</sup>.

### *Gibraltar, a la expectativa*

Durante el medio siglo que siguió al sitio de 1727 en Gibraltar reinó una calma tensa. El estado de guerra europeo y la participación española y británica en las contiendas, unido al mantenimiento por parte española de las exigencias de reposición, hacían que ninguno de los bandos sintiera resuelta la situación. Durante este largo periodo, las autoridades del Peñón aprovecharon para reforzar las defensas, hasta el extremo que el historiador López de Ayala asegurara que no había saliente rocoso que no fuera ocupado por la artillería si podía ser utilizado en defensa contra el enemigo que acechaba<sup>56</sup>. A grandes rasgos, en 1732 ya han sido terminadas las reconstrucciones de las baterías del frente norte que habían sido muy dañadas en el sitio anterior: además del Muelle Viejo (Devil's Tongue Bateries), las de Willis y Reina Ana; a partir de entonces comenzaron a completarse con otras dos al mismo nivel: las de la Princesa Amelia y la Princesa Carolina; por debajo de ellas se emplazó una importante obra, la Línea del Príncipe, y aún más abajo estaba la Línea del Rey.

<sup>55</sup> Harry M. Ward (1999): *The war for independence and the transformation of American society*, Londres, UCL. S. Conway (1995): *The war of American Independence, 1775-1783*, Londres, Edward Arnold. José Luis Gómez Urdáñez (2001): *Fernando VI*, Madrid, Arlanza Ediciones y *Un reinado bajo el signo de la Paz: Fernando VI y Bárbara de Braganza (1746-1759)*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2002.

<sup>56</sup> I. López de Ayala, pp. 172-173.

Aunque dichos refuerzos militares estaban en contra del tratado que puso fin al último sitio, en realidad tan sólo hacía aplicar el sentido común y seguir las mismas prácticas que se realizaban en el lado español, donde se construyó una verdadera fortaleza que cortaba el istmo de una orilla a otra, lo que acabó conociéndose como *la Línea Española de Contravalación* (*The Spanish Lines*, en la correspondencia y cartografía británica). Inmediatamente después del alto el fuego y alcanzado el armisticio que puso fin al cerco de 1727, el conde de Montemar ordenó la construcción de una paralela destinada a incomunicar Gibraltar con el Campo, a unos 1.250 metros de distancia del comienzo de las posiciones gibraltareñas (a 600 toesas, la medida que el ingeniero francés Vauban aconsejaba para la instalación de la línea); ante las protestas del embajador británico en Madrid, Benjamin Keene, se le expuso el derecho y la necesidad que España tenía de defender su propio territorio; lo que llevó al nuevo gobernador de la plaza, Joseph Sabine, a tratar de inquietar la construcción con el simple pero contundente medio de cañonazos. Esa banqueta fue en buena parte aprovechada durante 1731 por el ingeniero belga marqués de Verboom para diseñar lo que fue propiamente la Línea: una fortificación que unía ambas orillas del istmo, con dos fuertes principales, el de Santa Bárbara en la costa mediterránea y el de San Felipe sobre la bahía; insertados en la muralla se encontraban los bastiones con forma de diamante de San Carlos, San Fernando, San José, Santa Mariana y San Benito. La mitad oriental era prácticamente una línea recta, mientras que la mitad cercana a la bahía, a partir del baluarte de San José, realizaba un semicírculo con el propósito de realizar una mejor defensa en caso de ataque naval. Todo el perímetro de las fortalezas estaba artillado, así como buena parte de la muralla, con la posibilidad de albergar de forma conjunta un total de 80 cañones y 60 morteros<sup>57</sup>.

Aunque el tratado de Utrecht negaba explícitamente jurisdicción alguna a la posesión inglesa de Gibraltar, estableciéndose su límite norte en la misma Puerta de Tierra, y los tratados posteriores no modificaron dicha condición, para el trazado de la Línea se tuvo muy presente la eficacia de los cañones que defendían la plaza. El mero emplazamiento de la Línea determinó por tanto una tierra de nadie, que Gibraltar no podía considerar jurídicamente suya ni los españoles disputaron su ocupación; fue éste el origen de una zona neutral que comprendía buena parte del istmo, y de la que tanto juego sacarían las autoridades militares en Gibraltar durante los siglos XIX y XX.

En el medio siglo que separa el decimotercero del decimocuarto sitio había cambiado sustancialmente la población de los Gibraltares (el antiguo y el

<sup>57</sup> J. A. Calderón Benjumea (1991): «Los asedios de la Roca en el siglo XVIII», *Historia* 16, 186 pp. 48-50.

nuevo, esparcido por los alrededores de la bahía). Durante el siglo XVIII tanta importancia como los entonces inquilinos de Gibraltar tienen los antiguos vecinos; si los primeros deben su localización a la casualidad del destino militar, los vecinos representan la memoria viva de la ciudad perdida, a la que sentirán durante generaciones como propia. La salida de los gibraltareños de 1704 había producido una diáspora por los contornos, bien conocidos, pues buena parte de la población trabajaba diariamente en los campos que circundaban el Peñón, volviendo a su casa a la caída de la tarde o, cuando el pago estaba distante pasando la noche en los caseríos y huertas que salpicaban el Campo, regresando a la ciudad la tarde del sábado. Como ya se ha indicado, la mayor parte de la población acabó instalándose en los alrededores de la ermita de San Roque, donde los antiguos regidores tenían caseríos y huertas (de hecho, la constitución del nuevo concejo se produjo en la huerta de Bartolomé Luis Varela, que fue reelegido presidente del Consejo), y no en el cortijo del Rocardillo (la antigua Carteia), al que ganaba en salubridad y contenía un elemento psicológico de primera magnitud: desde las casas que pronto rodearon la colina de la ermita de San Roque se divisaba el contorno hipnótico del Peñón; vivir contemplando cada día el hogar del que se vieron expulsados, ahora en manos ajenas y extrañas, debió pesar sobre el ánimo de los antiguos gibraltareños, aunque también manifestaba la esperanza del retorno. Esperanza cada vez más difusa, pues al fracaso del primer intento de reconquista siguió la concesión real del título de ciudad y la ratificación de todos los privilegios anteriores (1706), y ya acabada la guerra el nombramiento de corregidor real (1716); cuando fracasó el segundo intento, el corregidor Francisco de Escobar mandó pedir a Antequera testimonio de su fuero, del cual disfrutaba Gibraltar por concesión de Enrique IV.

San Roque representaba otros dos núcleos de población. Parte de los gibraltareños tras salir de la ciudad se establecieron en las orillas del Guadarranque, dispersos en las huertas de la vega; pero el acoso de salteadores les hizo ir agrupándose alrededor del oratorio de San Isidro, que había formado parte del cortijo de Tinoco, dando origen a la comunidad de Los Barrios. De igual modo sucedió con los pocos que se instalaron en las ruinas o inmediaciones de las antiguas Algeciras, que se fueron reuniendo alrededor del oratorio de la Virgen de la Palma; el desarrollo de la nueva Algeciras fue tan lento que durante mucho tiempo la comunidad no tuvo ni iglesia, lo que obligaba a bajar todos los domingos a Los Barrios, donde oficiaba misa el párroco Pedro de Rozas. Aunque no estaba compuesta por antiguos vecinos, el mayor núcleo de población que se encontraba en el Campo era el campamento militar que permaneció frente a Gibraltar desde el fin del primer intento de recuperación; dadas las condiciones del campamento, la plana mayor de la oficialidad

se instaló en San Roque, lo que hizo que el reducido núcleo inicial compuesto por chozas y modestas casas de adobe fuera transformándose con la construcción de recias casas señoriales y palacetes de piedra. El núcleo primigenio, la anteriormente humilde ermita, se fue ampliando hasta convertirse en la iglesia actual, enriquecida por donaciones y exvotos; aunque el primer empuje se lo diera el párroco titular de Gibraltar, Juan Romero, que había permanecido en la ciudad y sacaba por cualquier medio que tuviera a mano desde los libros parroquiales hasta las estatuas de los santos; a esta labor se dedicaron durante años sus sucesores Román y Peña, que acabaron siendo expulsados por las autoridades de la plaza<sup>58</sup>.

El sitio de 1724 produjo un crecimiento muy importante de toda la población de la zona, tanto por la llegada de la soldada como por las posibilidades de negocio ocasionadas ante la importante concentración de población. Así, San Roque duplicó sus habitantes y la actividad del reconstruido puerto de Algeciras hizo que la población se transformara y construyera toda una nueva ciudad alrededor del muelle y las instalaciones militares; de ese momento data el cambio de la advocación mariana, cuando el oratorio de la Virgen de la Palma fue sustituido por un nuevo templo dedicado a la Virgen de Europa. Este crecimiento hizo que Algeciras pretendiera recuperar del pasado algo más que el nombre, solicitando mediante memorial a Felipe V primero la emancipación de San Roque y después el traslado del ayuntamiento de éste a Algeciras<sup>59</sup>. A pesar del apoyo a la idea de los comandantes del campamento militar para posibilitar el crecimiento y atraer población, el pleito duró décadas, requiriendo Algeciras sus antiguos términos municipales que los Reyes Católicos, ante la destrucción de la ciudad por el rey de Granada, habían concedido a Gibraltar; y respondiendo San Roque que era la única y verdadera ciudad de Gibraltar, pues sus vecinos eran originarios de la misma y sus descendientes, mientras que Algeciras tenía una nueva población procedente de distintos rincones de Andalucía. En 1738, cuando la población de Algeciras ya era sustancialmente mayor que la de San Roque, le fue concedido un alcalde mayor letrado con jurisdicción civil y criminal; y en 1755 por fin se le concedió el título de ciudad, con Ayuntamiento propio bajo presidencia de alcalde mayor, con cuatro regidores, un procurador síndico y dos alguaciles. Las delimitaciones de los términos municipales se establecieron en junio de 1756, utilizándose el río Palmores como límite de Algeciras y el

<sup>58</sup> J. del Álamo, *op. cit.*, pp. 161-164.

<sup>59</sup> Sobre el nacimiento y primera expansión de Algeciras, véase J. I. Vicente Lara y M. Ojeda Gallardo (2001): «Los primeros habitantes de la nueva población de Las Algeciras: Una contribución a la demografía histórica del Campo de Gibraltar a principios del siglo XVIII», *Almoraima*, 25 pp. 159-170.

Guadarranque para San Roque, y quedando el espacio entre ambos ríos para Los Barrios, población que así se veía beneficiada de la disputa jurisdiccional; el conjunto del Campo de Gibraltar tenía como límites, de oeste a este, los términos de Casares, Castellar de la Frontera, Alcalá de los Gazules y Tarifa<sup>60</sup>. En toda la costa del Campo, ajenos a cualquier jurisdicción civil, se encontraban establecimientos militares de muy distinta categoría dentro del complejo defensivo español ante los posibles ataques o desembarcos británicos; como en otras épocas sucediera con el temor a los piratas berberiscos, estos establecimientos tenían una misión de vigilancia y defensa, que con el incremento de la presencia inglesa en el Estrecho se fueron haciendo cada vez más necesarios; entre ellos cabe destacar los fuertes de Santa Bárbara y San Felipe (que cubrían la Línea de Contravalación), junto con los de Punta Mala, Puerte Mayoga (o del Rincón), El Mirador (o San José), San Diego y el Tolmo, las baterías de Tessé, Isla Verde, San García, Punta Carnero y las casas-fuerte o torres de La Tunara, Río Palmores, Santiago y San García<sup>61</sup>.

En el interior de Gibraltar se produjo una transformación aún más brusca y profunda; cuando López de Ayala escribió la primera historia general de Gibraltar en 1782, ya indicaba que habían sido tan pronunciados los cambios en construcciones, fortificaciones, religión, usos y costumbres que resultaba ya imposible de reconocer como la ciudad perdida en 1704<sup>62</sup>. La administración de la plaza era esencialmente militar, recayendo en el gobernador la responsabilidad máxima en todos los aspectos; desde 1730 fue gobernador el teniente general Joseph Sabine, que hizo frente a la mayor parte de las labores de reconstrucción de las defensas y murió en la plaza en octubre de 1739; su sucesor fue el mayor general Willian Margrave, que durante diez años centró su labor en la construcción de nuevas baterías. El teniente general Humphey Bland fue nombrado gobernador en mayo de 1749, alargando su gestión hasta 1754, una época de relativa tranquilidad que fue aprovechada para introducir en la plaza los primeros atisbos de una administración cívica, separada de la guarnición militar; dotó a Gibraltar de una suerte de código civil local compuesto de doce artículos que atendían al buen gobierno; el más significativo de los cuales era el primero, que indicaba que las rentas serían pagadas al

<sup>60</sup> J. del Álamo, *op. cit.*, pp. 163-165. Sobre el proceso de segregación y creación de municipios, véase J. L. Vicente Lara y M. Ojeda Gallardo (2003): «La creación de los pósitos de Algeciras y Los Barrios (1763) y su incidencia en el proceso de segregación de la ciudad de Gibraltar en su Campo», *Almoraima*, 29, p. 391 y ss.

<sup>61</sup> Un estudio de las fortificaciones del Campo de Gibraltar a finales del siglo XVIII en el trabajo de Ángel J. Sáez Rodríguez (2003): «El Campo de Gibraltar tras el Gran Asedio. Estado de su defensa en 1796», *Almoraima*, 29, pp. 365-390.

<sup>62</sup> I. López de Ayala, *op. cit.*, p.171.

gobierno británico y no al gobernador (lo que tantas anomalías y escándalos había provocado hasta entonces); los artículos estipulaban el tratamiento de materias tan sencillas pero fundamentales como los derechos de propiedad, el comercio de mercancías, la venta de bebidas alcohólicas (que constituía un serio problema entre la guarnición), la importación de materiales de construcción (elemento estratégico de primer orden, por carecer Gibraltar hasta de la simple arena), retirada de basuras, cuarentenas, relaciones con España y Marruecos y todos los poderes del gobernador sobre asuntos civiles. Aunque era un gran avance respecto a la situación anterior, el reglamento era en ocasiones gratuitamente arbitrario (como la distinción entre protestantes y vecinos de otras creencias), cuando no claramente racista (aunque el mero hecho de permitir la instalación de judíos y musulmanes era una mejora sustancial respecto al periodo hispano), si bien tenía la virtud de ser públicamente conocido y sentar las bases de un sistema que dificultaba la corrupción; razones por las que el código estuvo en vigor a lo largo de seis décadas<sup>63</sup>.

A pesar de la salida general de la población gibraltareña tras la toma inglesa de 1704, a lo largo del siglo XVIII permaneció una cantidad muy significativa de españoles en Gibraltar; en el censo mandado confeccionar por el coronel Kane en 1725 la población civil ascendía a 1.113 vecinos, de los que 400 aparecen recogidos como «españoles»; a mediados de siglo, de un total de 1.733 el número de españoles aún alcanza los 185; y en el censo de 1777, la población civil era de 3.210, con 134 vecinos que habían nacido en España, no considerados así los 67 menorquines por encontrarse la isla en posesión de Gran Bretaña<sup>64</sup>. El incremento de la presencia española en el Peñón tras la salida de la población de 1794 se explica con la llegada de los soldados (unos doscientos, casi todos catalanes) del príncipe de Hesse, algunos de los cuales permanecieron en la plaza una vez que éste partió hacia Levante; pero sobre todo por la llegada a Gibraltar de partidarios del archiduque, que acabaron residiendo en la plaza incluso después de la guerra. Aun entonces la frontera permaneció abierta hasta el sitio de 1727, lo que facilitó la llegada o partida de españoles, pero sobre todo la comunicación de Gibraltar con el Campo. Fue a partir de la construcción de la Línea de Contravalación y la imposición del bloqueo cuando esa comunicación quedó cortada, si bien no de modo absoluto, pues se tienen evidencias de que vecinos de localidades cercanas (especialmente de Estepona) se afincaron en Gibraltar, de igual modo que se efectuaron matrimonios con contrayentes de uno y otro lado de la frontera.

<sup>63</sup> W. G. F. Jackson, *op. cit.*, pp. 141-143. M. Benady (1978): *Gibraltar's Governors*, Gibraltar, Calpe News, n.º 16.

<sup>64</sup> Los datos están tomados del trabajo de Tito Benady (1997): «Españoles en Gibraltar en el siglo después de Utrecht», *Almoraima*, 17, pp. 183-190.

La consecuencia más interesante de esta presencia constante fue la pervivencia del castellano como lengua principal entre la población civil (no así entre la militar, donde el inglés era común), en gran parte impulsado por el clero católico y por la aún mayor presencia de judíos procedentes de Tetuán y habla española<sup>65</sup>.

Por otra parte, la presencia de Gran Bretaña en las tierras del sur andaluz motivó un incremento del interés británico por España en general y por Andalucía en particular; la aparición durante la segunda mitad del siglo XVIII de ejemplos cumplidos de la nueva clase burguesa (muy a menudo también perteneciente a la nobleza o que acabaría obteniendo títulos nobiliarios), con posibilidades económicas de emprender grandes viajes, y la expansión de la armada inglesa, que lo favorecía, hicieron que durante ese periodo numerosos ciudadanos británicos recorriesen España; algunos de ellos dejaron memoria de su estancia, dando comienzo a una literatura de viajes que sería uno de los grandes géneros en el siglo XIX, pero que ya a finales del XVIII disponía de magníficos modelos. Esta literatura daría a conocer en Europa, y más concretamente en Gran Bretaña, una imagen de España no demasiado positiva, llena de estereotipos y lugares comunes, donde la anécdota alcanza nivel, categoría y se realiza especialmente lo diferente y negativo; pero también sería esta literatura la que mostraría una realidad española llena de contrastes, donde la perviviente Inquisición convivía con la lecturas de ejemplares de la *Enciclopedia francesa* introducidos de contrabando, donde las más altas montañas seguían a llanuras inmensas, las persistentes lluvias apenas distaban pocas millas de secarrales sin límite y por todas partes resplandecían muestras de un arte religioso —no tanto civil— originado en los tiempos más pujantes del imperio americano. Entre estos viajeros británicos del siglo XVIII cabe destacar a Twiss (*Travel throught Portugal and Spain*, 1775), Carter (*Journey from Gibraltar to Málaga*, 1777) y Townshend (*A journey through Spain in the year 1786 and 1787*, 1791)<sup>66</sup>. Todos ellos, además de algunos franceses (Bourgoing, Fischer), se interesaron por Gibraltar y estuvieron en la plaza; Francis Carter vivió quince meses allí y a él se debe una de las descripciones más interesantes —por su belleza y por lo que tras ella se encuentra— del Campo de Gibraltar:

<sup>65</sup> *Ibidem*, p. 186.

<sup>66</sup> Sobre los viajes y los viajeros, la percepción de España y las consecuencias que sus imágenes tuvieron en la proyección exterior de la realidad española, existe una amplia bibliografía; véanse especialmente A. C. Guerrero (1990): *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar. I. Robertson (1976): *Los curiosos impenitentes: viajes ingleses por España, 1760-1855*, Madrid. B. Krauel (1990): *Viajeros británicos en Andalucía de Christopher Hervey a Richard Ford (1760-1845)*, Málaga, Universidad de Málaga.

Desde el jardín hasta sesenta leguas alrededor se divisa una panorámica increíble, quizá sin igual en el universo: se ven tres reinos, el océano inmenso que rodea el globo, y el Mediterráneo, cuyas olas llegan a Tierra Santa; a un lado tiene el Estrecho, limitado por el reino de Mauritania; su vista llega hasta las faldas encantadoras de la montaña de Abila Barbesul, tan celebradas por los poetas árabes. Las torres blanquísimas de Ceuta reflejan el sol poniente. Tánger, antigua colonia inglesa, se halla en un valle. La ciudad moderna de Algeciras y las venerables ruinas de Carteya son monumentos a la inconstancia del destino: ¡qué hermosa se ve aquélla saliendo del agua y extendiendo sus orgullosas murallas bajo los árboles! El estruendo de sus cañones retumba con frecuencia en la bahía, mientras la famosa Carteya, colonia de Roma y puerto para sus barcos, duerme sus ruinas silenciosas y apenas tiene una torre en pie para dar fe de lo que antiguamente fuera. San Roque, la moderna fortaleza de los españoles, es la principal de las colinas de los alrededores, pues las domina todas; a su izquierda, a unas cuatro leguas, sobre una prominencia, muere Castellar, un pueblo cuya fama e importancia empezó y acabó con el Imperio moro. Delante se levantan a una altura majestuosa los colosales picachos de la Serranía de Ronda, cuyas cumbres tocan las nubes y cuya abundante fruta y limpio aire coronan de salud y riqueza a sus numerosos habitantes; debajo de sus picos del este, Cesar y los hijos de Pompeyo se disputaron el mando del Imperio Romano cerca de Munda, y en estos mares azules de Málaga la bandera británica alcanzó en los primeros años de este siglo el dominio total de los mares al vencer a las escuadras de la Casa de Borbón<sup>67</sup>.

Descripciones como ésta llenaban el imaginario de la opinión ilustrada británica sobre un rincón de su imperio y completaban la imagen sobre la zona de unos polítics cuyos conocimientos de Gibraltar se basaban tan sólo en cartas náuticas y los informes de los gobernadores militares. Que la visión desde el Peñón dominara «tres reinos y dos mares», que fuera la puerta del mar «cuyas olas llegan a Tierra Santa» y que estuviera rodeado de un *hinterland* presentado como idílico, hacían de la plaza un emporio del que no se podría prescindir.

La guerra de los Siete Años contó con un episodio que afectaría directamente a Gibraltar: la toma francesa de Menorca. La entrada en guerra de Francia y Gran Bretaña en 1756 produjo una extraordinaria correlación de fuerzas en todo el continente (España sólo participó al final, tras la llegada al trono de Carlos III), con enfrentamientos directos entre la Prusia de Federico II contra Austria y Rusia y entre Francia y Gran Bretaña. Entre éstos, los escenarios bélicos no fueron las aguas del canal de la Mancha o cualquiera de los territorios nacionales, sino zonas mucho más alejadas: Canadá, las Antillas o incluso la India. La primera conquista resonante para los franceses

<sup>67</sup> F. Carter (1981): *Viaje de Gibraltar a Málaga*, Málaga, Diputación Provincial de Málaga, pp. 90-91.

fue la toma de la isla de Menorca, muy mal protegida<sup>68</sup>, que fue atacada por una fuerza anfibia de doce mil hombres transportados en ciento cincuenta barcos desde Toulon. Cuando el almirante John Byng trató de socorrer a la plaza con su escuadra y un batallón de los Fusileros Reales ya era demasiado tarde: la isla estaba totalmente ocupada y Mahón apenas resistía el sitio, tan cerrado que las tropas de refresco inglesas no consiguieron desembarcar en la ciudad. La repercusión en Gran Bretaña de la pérdida de Menorca fue grande y las exigencias de responsabilidades se llevaron a cabo con gran rigor: el gobernador de Gibraltar, general Thomas Fowke, que había conseguido que el batallón de Fusileros Reales fuera desembarcado en Gibraltar para reforzar su guarnición (embarcando en la escuadra de Byng tropa menos preparada), fue acusado y padeció un consejo de guerra que lo degradó y apartó del servicio; peor suerte corrió Byng, condenado a ser fusilado por negligencia y cobardía<sup>69</sup>.

Los malos resultados que las tropas británicas acarreaban en todos los escenarios tuvieron repercusiones directas en el gobierno, causando la salida de Fox (junio de 1757) y la constitución de un nuevo gabinete presidido por William Pitt, un joven abogado que alcanzó el poder gracias a la aureola de gloria heredada de su padre, pero que supo estar a la altura y sacar adelante una guerra que se encontró perdida. Su estrategia fue arriesgada: incremento de la ayuda financiera a Prusia y Hannover para endurecer la guerra en Europa continental, con lo que obligaría a hacer un esfuerzo suplementario a Francia, y concentración de la fuerza militar británica en ultramar; su estrategia llevaba aparejada una variante que trabajó con gran secreto: provocar un cambio de alianzas y atraerse a España. Los resultados tardaron un largo año en aparecer: Federico II se impuso de forma contundente a los aliados franco-austriacos en Zorndorf, mientras expediciones navales británicas ocupaban San Luis de Senegal y Gorea, en África; Bengala, Decán y Madrás —donde infligieron una severa derrota a la escuadra francesa—, en Asia, y Luisville y Duquesne —que por ese motivo se transformará en Pittsburg—, en Norteamérica. Las derrotas francesas obligaron a un cambio de orientación, con la entrada del duque de Choiseul (1759), cuyas líneas maestras respecto a la guerra fueron recortar el radio de actuación de las tropas francesas en el continente, frenar la expansión inglesa en Canadá y atacar en las Antillas, teniendo siempre como objetivo final la reunión de una gran flota con la que

<sup>68</sup> El gobernador lord Tyrawley y veinticinco de sus oficiales habían abandonado la isla rumbo a Gran Bretaña, y el general Bakeney, su comandante militar, era un hombre prematuramente envejecido que se encontraba enfermo en el momento del ataque. S. W. C. Pack (1971): *Sea Power in the Mediterranean*; Londres, Barrer, p. 57.

<sup>69</sup> S. W. C. Pack, *op. cit.*, pp. 58-59.

atacar mediante desembarco en las costas inglesas; para ello, la renovación de la alianza con España se hacía imprescindible. Pitt y Choissaul buscaban en Madrid la definitiva baza que inclinara la balanza bélica en su favor.

El mantenimiento de Gibraltar en manos británicas se convirtió de pronto en el obstáculo más incómodo para Londres, pues impedía la entrada de España de su lado en la guerra y, por el contrario, hacía muy factible una alianza del lado francés mediante la simple promesa de entrega de Menorca e incluso de ayuda para recuperar Gibraltar. Pitt conocía a través de los embajadores la escasa voluntad del rey Fernando VI para entrar en guerra; su deseo de mantener las buenas relaciones entre las dos ramas de la familia Borbón no alcanzaba a condenar la independencia de la iniciativa exterior española, especialmente en su voluntad de alcanzar con Gran Bretaña una relación menos amarga que hasta ese momento; resulta posible que Pitt también conociera que la máxima del monarca —«Paz con todos, guerra con ninguno»— tuviera una segunda parte menos conocida: «Y si la guerra es menester, con todos menos con Inglaterra». En agosto de 1757 Pitt despachó al embajador británico en Madrid, Benjamin Keene, instrucciones para que abriera negociaciones secretas con la corte española para conseguir la permuta de Gibraltar por Menorca; en el plan posiblemente influyera lord Tyrawley, gobernador de Menorca hasta su toma por los franceses, quien sostenía que el valor estratégico de Gibraltar estaba sobredimensionado y para Gran Bretaña era mucho más conveniente asegurar la posesión menorquina<sup>70</sup>. Las instrucciones de Pitt, que aconsejaban tener un cuidado exquisito con el lenguaje, indicaban que se debía puntualizar que la entrega de Gibraltar no se realizaría hasta que la isla de Menorca no se hubiera conseguido:

Debo encargaros, conforme a las órdenes particulares de S. M., que empleéis el mayor sigilo y mucha circunspección en las proposiciones que hagáis del proyecto condicional relativo a Gibraltar, no sea que se interprete más tarde como una promesa de restituir esa plaza a S. M. C., aun cuando España no aceptase la condición que exigimos para su alianza. En el curso de toda la negociación tendréis especial cuidado de pesar y medir cada expresión en el sentido más terminante y menos abstracto, de modo que sea imposible cualquier interpretación capciosa y sofisticada que diese a esta proposición de cambio el carácter de renovación de una soñada promesa de ceder aquella plaza. A fin de hablar de un modo todavía más claro y más positivo en asunto de tan alta importancia, debo advertir expresamente,

<sup>70</sup> Tyrawley llegó a escribir inmediatamente después de la pérdida de la isla que en Londres se tenía una percepción errónea de la realidad; cualquier politicastro de taberna tenía como prejuicios naturales la creencia en que «Gibraltar es la ciudad más fuerte del mundo, un inglés puede contra tres franceses y el Puente de Londres es la séptima maravilla del mundo». Citado en W. Jackson, *op. cit.*, p. 145.

aunque ello no me parezca necesario, que el Rey no puede, ni siquiera en el caso propuesto, abrigar el pensamiento de entregar Gibraltar al Rey de España hasta tanto que esa Corte, por medio de la unión de sus armas con las de S. M., haya realmente conquistado a la Corte de Inglaterra, restituyéndola, la isla de Menorca con todos sus puestos y fortalezas<sup>71</sup>.

De nuevo era utilizado Gibraltar por el gobierno británico como moneda de cambio. Sin embargo, cabe abrigar pocas dudas sobre la escasez de entusiasmo que la proposición británica debió levantar en la corte española. Algunos historiadores ingleses le atribuyen la virtud de haber servido al menos para frenar la entrada en la guerra de España junto a Francia<sup>72</sup>, pero lo cierto es que, más allá de las presiones y contactos de los embajadores en Madrid de las potencias enfrentadas, ningún político español propuso mientras Fernando VI mantuvo la Corona la entrada de España en la guerra.

El rey Fernando murió sin descendencia en 1759, un año después que su amada Bárbara de Braganza, cuya muerte le sumió en una melancolía aún más pronunciada que la que había mantenido toda su vida; le sucedió su hermano Carlos, hasta entonces rey de Nápoles. Cuando Carlos III llegó a Madrid tenía 44 años y llevaba un cuarto de siglo gobernando, sumando experiencia a una preparación y una inteligencia muy superiores al resto de los soberanos españoles del siglo XVIII (su padre, Felipe V, su hermano Fernando VI y su hijo Carlos IV), e incluso del anterior y posterior; supo además rodearse de buenos políticos y sobre todo de una alta administración extraída de los juristas procedentes de la baja nobleza, el clero medio, la magistratura y los primeros elementos destacados de la naciente burguesía. Carlos III resulta en España el paradigma del despotismo ilustrado, si bien su éxito radicó en ser más partidario de aplicar la razón frente a la tradición y el sentido común frente a los dogmas. En política exterior, el reinado de Carlos III tuvo como principio motor la conservación del imperio americano, para lo cual eran necesarias dos cosas: mejorar la gestión de los territorios y garantizar su seguridad y la de su comercio con España; todo lo demás era secundario, pero no por ello dejaba de ser merecedor de una atención y seguimiento muy detenidos. Para no estar ligada la independencia de la acción exterior española a la suerte de los reinos italianos —y para no soportar las tensiones de su padre—, Carlos III reglamentó, desde antes de ceñir la Corona española, la separación del reino de Nápoles-Dos Sicilias y España, sin pretender en ningún momento restaurar el imperio mediterráneo de los Reyes Católicos. Y el tercer gran vector se encontraba en la decisión de mantener la vinculación tradicional con

<sup>71</sup> Reproducido en J. Pla Cárceles, *op. cit.*, p. 122.

<sup>72</sup> S. Conn, *op. cit.*, pp. 165-168. W. Jackson, *op. cit.*, p. 145.

Francia o realizar un cambio de alianzas y conseguir un acercamiento a Gran Bretaña; la decisión se evidenciaba urgente ante la contundente realidad de la gran contienda europea, en pleno desarrollo cuando el rey Carlos se trasladó de Nápoles a Madrid<sup>73</sup>.

El embajador francés presentó ante Carlos III la demanda de su gobierno para renovar el pacto de familia y conseguir la entrada de España en la guerra, para lo que ofrecía la entrega de Menorca y la ayuda militar para tomar Gibraltar, además de los territorios franceses en Norteamérica colindantes con el virreinato de Nueva España (la Luisiana, las cuencas del Mississippi-Misuri); los partidarios de la alianza anglófila trataron de frenar la aceptación de Carlos III, lo que no era muy difícil, pues el rey pretendía mantener la política de neutralidad que ya había practicado desde Nápoles y era simple continuidad con la del desaparecido Fernando VI. Dos años después, Carlos III ofreció su mediación para alcanzar una paz internacional, pero las recientes victorias inglesas en las Antillas pesaban en el ánimo de Londres más que la mala situación de su aliado Federico II de Prusia, por lo que el gobierno de Pitt rechazó esa mediación. Esto fue demasiado para el nuevo monarca británico, Jorge III, que obligó a presentar su dimisión a Pitt (octubre de 1762) y después a Newcastle, en favor de su favorito, Bute. La muerte de Jorge II (1760) había llevado al trono a su nieto Jorge III (1738-1820), un joven piadoso y con rasgos místicos que había sido educado por el *tory* escocés John Bute y creía en la misión divina de los reyes; a diferencia de los dos Jorges anteriores, había nacido en Inglaterra, era anglicano y llevaba una vida privada intachable, lo que le granjeó grandes simpatías, que él quiso reconvertir en apoyo a su proyecto de cambio político. Éste se basaba en dos puntos esenciales: el rey debía gobernar —no sólo reinar— y poder elegir libremente a quienes desarrollaban su política, sin la hegemonía del Parlamento ni la mediación del Gabinete; además, la política exterior debía volver a disfrutar de los dividendos de la paz, garantizando las ganancias ya obtenidas<sup>74</sup>.

De haberse producido la propuesta de mediación española con el nuevo gobierno británico, posiblemente podría haber sido aceptada; pero su provocadora negativa por Pitt, hizo que Carlos III se decidiera a entablar unas rápidas conversaciones que alumbraron el *Tercer Pacto de Familia* hispano-francés (15 de agosto de 1761), lo que produjo la inmediata declaración de guerra por parte de Gran Bretaña, cuya manifestación fue la toma de La

<sup>73</sup> R. Herr (1990): *España y la revolución del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar. R. Fernández (2001): *Carlos III*, Madrid, Arlanza. F. Sánchez Blanco (2002): *El Absolutismo y las Luces en el reinado de Carlos III*, Madrid, Marcial Pons.

<sup>74</sup> A. Parreaux: *La Société anglaise de 1760 à 1810. Introduction à une étude de la civilisation anglaise au temps de George III*; París, PUF, 1966.

Habana y de Manila. El cansancio por la guerra, la desaparición del frente oriental europeo y los deseos de paz de Londres y París hicieron que comenzaran a prepararse las paces de París y Hubertburg (febrero de 1763). La gran beneficiada de la guerra fue Gran Bretaña, que consiguió Canadá, Florida, las Pequeñas Antillas y Menorca, además de una posición dominante en India que permitió la posterior expansión del dominio. Para compensar su pérdida de Florida, España recibió de Francia la Luisiana (lo que suponía la liquidación del imperio norteamericano de Francia). Gibraltar ni siquiera fue mencionado en las cláusulas del tratado.

Gibraltar había sido tomado en el momento de inicial expansión británica, pero su importancia fundamental radicaba en ser el principal medio de presión sobre España; aunque las conquistas británicas ya llegaban desde Terranova a las Malvinas<sup>75</sup>, desde Florida hasta Madrás, Gibraltar seguía ejerciendo en la política exterior británica la función de primer escalón imperial, modesto y bajo, pero necesario para alcanzar los superiores. Para España también había dejado de ser una preocupación de primer orden, como durante el reinado de Felipe V, pero su mera existencia condicionaba la imagen y la capacidad exterior del país y su recuperación se mantenía como una inevitable misión que cumplir. Tan sólo había que esperar el momento adecuado.

Con las paces de París y Hubertburg se cerró el periodo de las guerras coloniales y dinásticas que había sacudido Europa desde 1739; mientras se producían, las colonias europeas en América habían tomado conciencia de su identidad, madurando unas sociedades que ya eran muy distintas a las metropolitanas y cuyos intereses cada vez estaban más distantes y encontrados con los de las potencias coloniales, muy a menudo inspirados en las teorías políticas del liberalismo que, teniendo su cuna en Europa, no encontraban aún el escenario apropiado para su materialización, ahogadas por la fuerza del absolutismo. Durante el último cuarto de siglo XVIII se produjeron cambios tan sustanciales que ya los coetáneos fueron conscientes de un cambio de era: la revolución agraria e industrial desbordaba las fronteras inglesas y saltaba al continente, las revoluciones de las Doce Colonias norteamericanas inflamaba un sistema internacional que ya se encontraba en ebullición, alumbrando nuevos modos y prácticas políticas que alcanzaron con la Revolución France-

<sup>75</sup> Las islas Malvinas pertenecían al virreinato del Río de la Plata, si bien, como otros tantos territorios, no tenían una ocupación efectiva. Fueron ocupadas por franceses en 1764, pero las protestas españolas forzaron su desalojo. En 1769 las ocuparon los ingleses, y, mientras se negociaba en Londres su retirada, el virrey en Buenos Aires los expulsó por la fuerza; las tensiones aumentaron y España se vio obligada a reconocer los derechos de explotación de Port Egmont en 1771 (ni la propiedad ni la soberanía), que ante la ruina de la explotación fue abandonado 1774. Éste es el origen del conflicto angloargentino aún abierto.

sa su culminación declarativa y sangrienta, codificada y exportada al resto del continente a través de las mochilas de los soldados napoleónicos.

*El Gran Sitio: 1779-1782*

A pesar de que la Paz de París, en la que tantas ganancias conseguía Gran Bretaña, no fue bien recibida por Pitt y la gran coalición contra Bute<sup>76</sup>, los más descontentos eran Francia y España, cuyo deseo de desquite no se ignoraba en Londres. Sin embargo, las debilidades mostradas por los aliados borbones temían cualquier actuación que desembocara en un pronta guerra (lo que explica la aceptación de la explotación inglesa de las Malvinas), prefiriendo la prevención de la paz y el disfrute de una época que pronto se evidenciaría como irreplicable. La oportunidad del desquite franco-español se produciría como consecuencia de las tensiones desatadas entre las colonias británicas en Norteamérica y el gobierno de Jorge III, que pretendió incrementar los impuestos a los colonos para sufragar las guerras anteriores y mejorar la situación de la Hacienda pública (1765-1767); la respuesta fue la negativa de algunas de estas colonias al pago de los nuevos tributos y el boicot a los productos británicos, y aunque con posterioridad fueron retirados, entre los colonos se había extendido una triple idea: existía una identidad común frente a la metrópoli, debía defenderse la autonomía fiscal y debían ser reconocidos los derechos políticos de los colonos. La inflexibilidad de Jorge III favoreció el ascenso de los colonos radicales, que ante la presión militar británica se vieron legitimados para proclamar la declaración de independencia y de los derechos de los americanos (Filadelfia, 4 de julio de 1776). Durante los siguientes siete años, Gran Bretaña se enfrenta a una guerra política y militarmente diferente, cuyas consecuencias internacionales no se hicieron esperar. La primera gran victoria norteamericana (Saratoga, octubre de 1777) hizo que en Francia se impusieran los partidarios de la entrada en la guerra (febrero de 1778); Carlos III en principio se abstuvo de seguir el mismo camino. Francia se había incorporado a la guerra sin consultar previamente a Madrid, lo que requería el Pacto de Familia (sin embargo, la ayuda española a los colonos ya se estaba prestando de forma voluntarista); aunque lo que más se temía en Madrid era la posibilidad de expansión de la filosofía independentista de los colonos hacia el sur y que este sentimiento prendiera en los virreinos españoles, lo que

<sup>76</sup> William Pitt llegó a decir en el Parlamento que «La paz era insegura, porque devuelve al enemigo su primitiva grandeza. La paz era inadecuada porque las plazas ganadas no equivalen a las plazas entregadas». Citado en W. Jackson, *op. cit.*, p. 147. Pitt profetizaba que tan cortas ganancias hacían de esa paz el germen de futuras guerras; las ganancias no eran escasas, pero la guerra sucedió.

produciría la quiebra total del proyecto exterior español<sup>77</sup>. Tales argumentos retrasaron, pero no impidieron que España declarara la guerra a Gran Bretaña (16 de junio de 1779), pero sin reconocer la independencia de las colonias; de tal modo que España y Estados Unidos fueron cobeligerantes, pero no aliados<sup>78</sup>. Los objetivos de España en esta guerra eran dobles: por una parte, debilitar si no eliminar completamente el imperio británico en el continente americano; por otra, recuperar las plazas españolas en poder británico desde la guerra de Sucesión. Para conseguir ambos objetivos se firmó el Tratado de Aranjuez (abril de 1779), especie de prolongación de Pacto de Familia, que no sólo explicitaba como uno de los objetivos legítimos para Carlos III la restitución de Gibraltar y Menorca, sino que además ambas potencias adquirirían el compromiso de no alcanzar armisticio ni firmar tratado de paz alguno hasta que al menos se hubieran conseguido unos objetivos mínimos: Gibraltar y las limitaciones a fortificar Dunquerque. Este punto de reaseguro sin embargo tendría funestos resultados para España.

En el contexto de esta guerra se inserta como una de las campañas más importantes el decimocuarto sitio sobre Gibraltar, el más largo, duro y costoso en recursos y vidas humanas que padeciera Calpe a lo largo de toda su historia, razón por la que se le conoce como el *Gran Sitio*.

El 20 de junio de 1779, cuatro días después de la declaración de guerra, comenzó el sitio a Gibraltar. Tan sólo cuarenta y ocho horas antes el gobernador de la plaza, el general Elliott, sin tener noticias de la ruptura de hostilidades por España, cruzó el istmo hasta el campamento militar español para felicitar a su comandante Joaquín de Mendoza por su ascenso a teniente general; la visita debió resultarle al flamante general un tanto embarazosa, en especial cuando Elliott le deseara éxitos en su nuevo cargo; a su regreso a la plaza el gobernador recibió del cónsul británico en Tánger la noticia de la declaración de guerra española y, aunque abrigara alguna esperanza para que, como en guerras anteriores, Gibraltar no fuera afectado, su temores se vieron ratificados con el comienzo del bloqueo dos días después<sup>79</sup>. El teniente general George

<sup>77</sup> Floridablanca escribía a Aranda en diciembre de 1777: «Es necesaria gran sagacidad para no alucinarnos ni ponernos al borde del precipicio de una guerra inmadura, de la cual cualquier golpe fatal debe recaer sobre la España, que es la que más tiene que perder en sus circunstancias actuales». Citado en Carmen Reparaz (1986): *Yo solo. Bernardo de Gálvez y la toma de Panzacola en 1781*, Madrid, Sebal-ICI, p. 32.

<sup>78</sup> Sobre la actuación de España en la guerra de Independencia de Estados Unidos, véase B. Thomson (1967): *La ayuda española en la Guerra de la Independencia Norteamericana*; Madrid, Ediciones Cultura Hispánica. M.<sup>a</sup> P. Ruigómez (1978): *El Gobierno español del despotismo ilustrado ante la independencia de Estados Unidos de América*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores. V. Park (ed.) (1981): *Siege! Spain and Britain: Battle of Pensacola*, Pensacola, PHS.

<sup>79</sup> George Hills, *op. cit.*, pp. 312-313.

Augustus Elliott era ya un militar de gran prestigio que tras una formación universitaria y el paso por las escuelas de ingeniería militar de Gran Bretaña y Francia, había servido en el ejército prusiano, hasta entrar en el Regimiento 23 de los Royal Welch Fusiliers, donde comenzó su prestigiosa carrera militar; participó en la guerra de los Siete Años en el frente alemán y en la toma de La Habana de 1762; en varias ocasiones estuvo como jefe de ingenieros en el ejército británico, hasta pasar a desempeñar labores de gobierno, desde 1775 como comandante en Irlanda y en 1778 como gobernador de Gibraltar; su vida era frugal, haciendo de los rigores de la guerra una costumbre, por lo que dormía apenas cuatro horas y no sólo era vegetariano, sino que además no bebía alcohol<sup>80</sup>. Un ingeniero con experiencia en asedios, destacado militar, bondadoso pero rígido, austero y abstemio era muy probablemente el perfil más adecuado para la dirección de la defensa de Gibraltar, por lo que su figura adquirió en el asedio de Gibraltar una aureola de heroicidad que le valió el título de barón de Heathfield of Gibraltar y, aún más importante, la memoria todavía presente de la ciudad de Gibraltar. Inmediatamente después del comienzo del bloqueo, Elliott despachó cartas solicitando el aumento de la guarnición y la presencia de la escuadra inglesa para proveer y defender la plaza, al tiempo que ordenaba que preparaba la guarnición para la defensa; bajo su mando se encontraban cinco regimientos británicos, de quinientos hombres cada uno, tres regimientos de Hannover, de 360 hombres cada uno (comandados por el general La Motte), casi medio millar de artilleros y un centenar de hombres del cuerpo de ingenieros; había también un pequeño destacamento naval de cinco navíos que estaba bajo las órdenes del almirante Duff y posteriormente del capitán Roger Curtis, procedente de Menorca; en total, la guarnición ascendía a unos 5.500 hombres en el momento del comienzo del bloqueo<sup>81</sup>. La población civil que había en ese momento en la ciudad era de 3.200 personas, censadas en 1777 de acuerdo a criterios étnico-religiosos; de ese modo se sabe que había 519 británicos (protestantes, familiares de los soldados de la guarnición), 1.819 católicos (donde se mezclaban españoles, portugueses, genoveses y de otras nacionalidades mediterráneas) y 863 judíos. La población de Gibraltar había crecido considerablemente en el último cuarto del siglo, gracias al desarrollo de su dimensión comercial como puerto de redistribución de las mercancías procedentes de Gran Bretaña a otros puertos mediterráneos, especialmente Marruecos; las cifras de mediados de siglo arrojaban un total de población civil de 1.733 personas<sup>82</sup>.

<sup>80</sup> J. L. Terrón Ponce, *op. cit.*, pp.199-210.

<sup>81</sup> W. G. F. Jackson, *op. cit.*, p. 153.

<sup>82</sup> H. W. Howes (1982): *The Gibraltarian: the Origin and Development of the Population of Gibraltar from 1704*, Gibraltar, Mediterranean Sun, pp. 18 y 23.

Frente a Gibraltar se alzaba en Punta Mala el campamento español, que al comienzo del sitio contaba ya con una fuerza de 13.700 soldados, entre los que destacaban el millar de artilleros, que estaban llamados a desempeñar un papel fundamental en el ataque a la plaza, doce escuadrones de caballería (cuatro de dragones), cuatro batallones de infantería, dos de guardias españolas, otros dos de walongas, más un conjunto de fuerzas heterogéneas procedentes de los regimientos de Aragón, Cataluña, Guadalajara, Soria y Saboya. Para comandar este ejército fue nombrado el general Martín Álvarez de Sotomayor, cuya fama militar había sido ganada en las campañas en Italia. A diferencia del sitio anterior, apoyaba los ataques por tierra, no tanto en cuanto a capacidad de disparo contra el Peñón, sino como medio para cortar el aprovisionamiento de la plaza procedente de Marruecos, de donde se surtía habitualmente de alimentos frescos; esta escuadra de fragatas se encontraba a las órdenes del almirante Antonio de Barceló y estaban ancladas en los puertos de Algeciras y Ceuta, cuyas bocanas habían sido reforzadas y artilladas para proteger a la escuadra en caso de hacer acto de presencia alguna flota de guerra británica, con la que no había ninguna intención de entrar en enfrentamiento abierto a gran escala.

El Gran Sitio se divide en dos periodos bien delimitados; desde su inicio en junio de 1779 hasta la primavera de 1782 se mantuvo tan sólo un bloqueo, aun produciéndose algunos altercados, que trató de rendir a Gibraltar por medio de la falta de recursos y víveres; en el verano de 1782 se produjo el gran ataque, utilizando innovadores métodos y maquinaria, hasta que en febrero de 1783 se alcanzó un armisticio general de la guerra franco-española contra Gran Bretaña, que puso fin al sitio.

Ambas partes sacaron las debidas enseñanzas de los sitios anteriores. La llegada a Gibraltar en la década de los sesenta del coronel William Green y del mayor general Robert Boyd (que durante todo el sitio ocupó el puesto de teniente gobernador) supuso un incentivo muy considerable al reforzamiento británico de las defensas pasivas de la plaza: se reforzaron los baluartes y murallas y aumentó considerablemente su capacidad de fuego con baterías situadas sobre el monte (donde destacaba la Green's Lodge Battery) y la construcción en 1773 del King's Bastión (a medio camino entre los baluartes Norte y Sur), verdadero ariete defensivo contra cualquier ataque por mar. Boyd también había sido el creador de la Soldier Artificer Company, una tropa auxiliar movilizable en caso de necesidad, que desempeñó un papel destacado en el sitio (y aún más en la militarización del espíritu de la población civil)<sup>83</sup>. Por

<sup>83</sup> Sobre el conjunto defensivo con el que contaba Gibraltar durante el decimocuarto sitio, véase J. L. Terrón Ponce, pp. 137-142.

su parte, la falta de pertrechos y munición que había arruinado la iniciativa española en el sitio de 1727 fue resuelta con la construcción de dos fábricas de bombas y munición cerca de Jimena, al norte de San Roque; las dificultades para sostener una paralela efectiva fueron superadas con la trazada de trincheras y caminos cubiertos a partir de la Línea de Contravalación, donde fueron reparados y artillados los fuertes de Santa Bárbara y sobre todo el de San Felipe, que miraba a la bahía; también se construyó un fuerte en Punta Mala, para defender el campamento y otro en la sierra Carbonera, donde se instaló el parque de artillería<sup>84</sup>.

Durante los primeros meses, las acciones tan sólo fueron de trabajos en las instalaciones y de bloqueo; éste tuvo sus primeros resultados en el creciente número de desertiones del lado británico. El diseño de la defensa de Gibraltar respondía de hecho a un planteamiento de ataque como el que se había efectuado en 1727, exclusivamente por tierra, gozando de la seguridad de abastecimiento que garantizaba el predominio marítimo que mantenía la armada británica. Pero la concentración de barcos de guerra en los puertos franceses del canal de la Mancha y el incremento de soldados en campamentos cercanos parecía anunciar el propósito francés de intentar un desembarco en las Islas Británicas, lo que obligaba a tener concentrada la mayor parte de la flota en labores de patrulla en el canal, destinando el resto a sostener la guerra contra las colonias norteamericanas<sup>85</sup>. Las reservas estratégicas no estaban preparadas para la falta prolongada de avituallamiento y las que se hallaban en manos privadas no se dispensaban, pues los comerciantes esperaban que se produjera un alza de los precios; las consecuencias fueron inmediatas y ya el 1 de agosto Elliott se vio obligado a implantar el racionamiento entre los militares, no teniendo los civiles acceso a la misma y viéndose muchos de ellos movidos a abandonar la plaza y pasar a la zona española. Tratando de romper ese bloqueo, pero sobre todo preocupado por los trabajos que se apreciaban en el terreno de la zona neutral, Elliott reunió un consejo de guerra que decidió comenzar a atacar las posiciones españolas. El 12 de septiembre se produjo la primera andanada desde las baterías Willis, Queen Charlotte y Green's Lodge, que a pesar del daño que causaban en las líneas españolas apenas fueron contestadas durante semanas por no tener aún ultimado el despliegue de las baterías; a partir de principios de octubre, éste había completado su primera fase y el intercambio de fuego fue más estable. A pesar de todo, la trazada de paralelas continuó; la primera partía en sentido sudeste desde el baluarte de San José hasta la costa, punto de donde partía la

<sup>84</sup> J. del Álamo, *op. cit.*, p 172. W. G. F. Jackson, *op. cit.*, pp. 149-153.

<sup>85</sup> G. Hills, *op. cit.*, pp. 312-313.

segunda y principal, a medio camino entre la Línea de Contravalación y las posiciones británicas más avanzadas, donde se fueron instalando las baterías españolas que acosaban el Peñón; entre una paralela y otra se construyeron caminos cubiertos, espaldones y ramales secundarios.

A pesar de la buena marcha de los trabajos de ingeniería y artillería, la esperanza de la dirección del sitio estaba en conseguir mantener el bloqueo y rendir la plaza por hambre; el suave invierno de 1779-1780 favoreció los trabajos y el paso del tiempo empeoraba la situación dentro de Gibraltar, deteriorando la salud tanto de la guarnición como de la población civil; parte de ella había abandonado el núcleo de la ciudad y se había instalado en el sur del Peñón, campamento que por la mayoría de sus habitantes fue denominado Nuevo Jerusalén (aunque después recibiera otras denominaciones, como Black Town y Hardy Town, lo que indica las malas condiciones en las que se encontraba); el racionamiento para un soldado aún cubría para sostener a su familia, pero los civiles sólo podían acceder a las raciones a un precio desorbitado. Las limitaciones de los alimentos y el monótono acoso del sitio aún podrían haber sido sobrellevados con más entereza si se hubiera producido la entrada de barcos ingleses en la bahía, pero su ausencia hizo que se fuera extendiendo sobre la población civil y, lo que era más grave, entre la guarnición, el sentimiento de estar abandonados. Esto provocó el abatimiento de la moral de la tropa y la relajación de la disciplina, que trató de mantenerse con dureza; a comienzos de enero de 1780, cuando se produjo el primer fallecimiento por desnutrición, también comenzaron a aplicarse las ejecuciones sumarísimas entre la tropa<sup>86</sup>.

Las esperanzas españolas y las penurias británicas se vieron cortadas por la aparición de las primeras ayudas de la armada del almirante George Rodney. Al frente de una flota de guerra destinada al golfo de México, Rodney recibió instrucciones para que distrajera parte de su escuadra para auxiliar a la guarnición en Gibraltar. Dado que la pequeña escuadra española que bloqueaba la entrada en la bahía no le podría hacer frente, partió de Cádiz para interceptarla una escuadra mayor a las órdenes del almirante Juan de Lángara; en su deriva, Rodney se topó frente a las costas portuguesas con un convoy que desde San Sebastián iba hacia Cádiz llevando pertrechos para la marina y del que le fue fácil apoderarse. El enfrentamiento entre la flota de Rodney (22 buques mayores) y la de Lángara (nueve navíos y dos fragatas) se produjo a la altura del cabo de Santa María; pero ante la superioridad británica Lángara ordenó el repliegue hacia Cádiz, lo que facilitó al almirante inglés aún más la tarea, persiguiendo y atrapando cuatro navíos españoles, incluido el buque

<sup>86</sup> W. G. F. Jackson, *op. cit.*, pp. 154-155.

almirante *Fénix* (los otros eran el *Diligente*, el *Monarca* y la *Princesa*). Con los navíos capturados, Rodney hizo una entrada en la bahía de Gibraltar que llenó de alivio y de pertrechos a los habitantes del interior de la ciudad, mientras causaba un importante daño en la moral del campamento español<sup>87</sup>.

Al mismo tiempo que esto sucedía en el Estrecho, a miles de kilómetros de distancia se estaba llevando a cabo otra batalla, menos cruenta, pero que igualmente podría haber acabado con la retrocesión de Gibraltar a España; todo el episodio es oscuro y está lleno de datos contradictorios según las fuentes, pero los hechos fundamentales muestran algunas significativas evidencias. A través del comodoro Johstone, comandante de la escuadra inglesa estacionada en Lisboa, Londres había hecho llegar su enésima oferta de entrega de Gibraltar a cambio de la salida de España de la guerra. El modo de comunicar la oferta era bastante insólito e incluso el conde de Floridablanca desconfió de que tal propuesta se hubiese hecho realmente o fuera un simple sondeo de las posibilidades de realizarla; para corroborar la veracidad de la propuesta se utilizó al padre Hussey, un sacerdote irlandés que había desempeñado labores de capellán en la embajada española hasta que por la declaración de guerra su titular, el conde de Almodóvar, debió abandonar la delegación. Hussey estaba en Madrid para recibir instrucciones el 29 diciembre de 1779 y a finales de enero (cuando el bloqueo sobre Gibraltar ya había sido roto por primera vez y apresados navíos españoles) se encontraba de regreso a Londres. Allí informó a los representantes del gobierno británico que España estaba dispuesta a recuperar Gibraltar a través de su salida de la guerra y con la concesión de privilegios comerciales o a comprar en efectivo la plaza. El gabinete británico encontró atractiva la propuesta y comunicó sus condiciones: cambio de Gibraltar por tres plazas (Puerto Rico, la fortaleza de Omoa y terreno para construir una fortaleza en la bahía de Orán); compra de los pertrechos y compensación de los gastos invertidos en Gibraltar (evaluados en su conjunto en dos millones de libras); renuncia a la alianza con Francia y paz separada con Gran Bretaña; renuncia a prestar auxilios a las colonias norteamericanas; inmediato

<sup>87</sup> El almirante Lángara y sus oficiales permanecieron en Gibraltar como prisioneros de guerra, para ser intercambiados con posterioridad. La defensa que había hecho de su nave le valió entre la dotación de la flota británica una cierta admiración, por lo que el trato dispensado fue mucho más cercano al del invitado de armas que al de un prisionero; en la flota de Rodney estaba enrolado como simple marinero un hijo del rey Jorge III, el príncipe Guillermo Enrique (el futuro Guillermo IV), que fue quien le tendió el bote a Lángara cuando iba a abandonar uno de los buques; a propósito de este humilde cometido, el coronel J. Drinkwater (*A History of the Late Siege of Gibraltar*; Londres, Murría, 1781) pone en labios del almirante español una de esas frases tan queridas por la historiografía decimonónica: «Bien merece la Gran Bretaña poseer el imperio de los mares cuando sus príncipes no desdeñan desempeñar los más humildes servicios de su marina». Citado en J. del Álamo, *op. cit.*, pp. 173-174. Una edición facsímil de la obra de John Drinkwater fue editada en Valencia por la librería París-Valencia en 1989.

armisticio en Gibraltar, si bien la plaza no se intercambiaría por Puerto Rico hasta finalizada la guerra en Norteamérica. El interlocutor de Hussey era Cumberland, el secretario privado del secretario del Foreign Office, quien comunicó todo de palabra, sin ningún documento oficial, y quien insistió ante el enviado español en que las negociaciones debían llevarse a cabo del modo más secreto, pues una filtración prematura arruinaría sus posibilidades ante el Parlamento, por lo que no permitía transmitir su conversación a la corte española ni contemplaba el traslado de Hussey a Madrid. El sacerdote consiguió que se le permitiera enviar una carta a Floridablanca donde le daba cuenta de unas conversaciones que al mismo tiempo negaba que existieran, dando conocimiento tan somero que nada decía, comunicándolo todo. El propio Cumberland se trasladó a Madrid vía Lisboa en julio de 1780, donde permaneció ocho meses, pero su visita fue más realizada para ser visible que para alcanzar ningún tipo de acuerdo. Éste estaba muy lejos de ser solicitado por Floridablanca, al volverse la suerte de las armas contra Gran Bretaña en Norteamérica, donde incluso la armada española había capturado un convoy británico con mercancías valoradas en dos millones de libras, con el que hizo una entrada triunfal en Cádiz<sup>88</sup>. Las conversaciones, que oficialmente nunca existieron, no condujeron a nada, tal vez porque nunca se pensó seriamente alcanzar arreglo alguno; resulta probable que la oferta fue hecha por parte británica para desestabilizar la alianza franco-española, levantando las suspicacias francesas; y el gobierno de Floridablanca mantuvo la impostura para hacer llegar a Francia una prueba de cuáles eran los intereses que España perseguía.

Mientras, en el interior de Gibraltar la monotonía del asedio durante la primavera y el verano se pasaba tratando de dificultar el avance de los trabajos ingenieros de zapa, apagando los fuegos provocados por las balas incendiarias y tratando de controlar una epidemia de viruela. El episodio de las conversaciones había surtido su efecto en París, donde sembró el temor en el gobierno a una ruptura del Pacto de Familia, lo que movió a éste a prestar una ayuda decidida para la recuperación de Menorca y Gibraltar. Al mismo tiempo, España estrechó sus lazos con el sultán de Marruecos, que de ser el gran sostenedor del Peñón, a través de los envíos del cónsul británico en Tánger, pasó a colaborar en el bloqueo, deteniendo a todos los ingleses en su territorio y obligando a la salida del cónsul; el resultado fue que las reservas de alimentos en Gibraltar comenzaron a alcanzar de nuevo niveles muy

<sup>88</sup> J. del Álamo, *op. cit.*, pp. 174-178. G. Hills, *op. cit.*, pp. 320-324. W. G. F. Jackson, *op. cit.*, p. 156. Tubino reproduce en su obra el informe que el propio Cumberland redactó sobre las conversaciones, *op. cit.*, pp. 175-182.

preocupantes, reproduciéndose las tensiones de un año antes. El 12 de abril de 1781 se produjo la segunda ruptura del bloqueo, cuando un gran convoy de casi un centenar de barcos entró en la bahía escoltado por la escuadra del almirante Darby, cuyo buque almirante era el nuevo *Victory* (armado con cien cañones); pero la alegría se transformó en inquietud y después en pánico cuando las baterías españolas comenzaron una intensa oleada de bombardeos, que trataban de impedir o dificultar el desembarco de víveres y pertrechos; durante días se trató de llevarlo a cabo con el empleo de barcazas, dado que los barcos no podían atracar en los muelles ante el incesante fuego, causando una gran devastación ya no sólo en las fortificaciones, sino en almacenes y casas<sup>89</sup>. Apenas una semana después de su llegada, sin haber descargado todo su contenido, la flota británica zarpó de nuevo trasladando a los civiles que no querían volver a soportar las condiciones del sitio. Sin embargo, la oleada de bombardeos prosiguió sobre la ciudad, a un ritmo que alcanzó los mil disparos diarios entre abril y julio, y que llevó a la ruina a gran parte de los edificios civiles; el daño fue aún mayor por la decisión de Elliott, que ordenó la demolición de los que estuvieran deteriorados por temor a la expansión de los fuegos. La respuesta al intenso fuego español era igualmente contundente desde Gibraltar, alcanzando en ese periodo los ochocientos disparos diarios, lo que produjo efectos muy considerables en las líneas españolas, en especial sobre los fuertes de Santa Bárbara y de San Carlos, donde fue alcanzado el depósito de munición, causando la voladura parcial del fuerte.

La colaboración francesa se hizo notar a partir de la primavera de 1781, cuando se llegó al acuerdo de crear una flota combinada franco-española a las órdenes del almirante Luis de Córdova, el envío de cuatro regimientos de infantería y el permiso para la entrada en España de los *volontaires français* (grupo heterogéneo de oficiales de Tierra y Marina con experiencia en la mayor parte de las guerras europeas de las décadas anteriores y alta cualificación técnica). Aunque oficialmente no estaba al mando de las campañas militares<sup>90</sup>, Floridablanca de hecho fue quien diseñó las dos campañas destinadas a la recuperación de Menorca (1781) y Gibraltar (1782), y fue quien eligió

<sup>89</sup> Las penurias pasadas los meses antes y la visión de los destrozados, que hacían reventar los recipientes y, por tanto, perder los alimentos y bebidas, tuvo como consecuencia que durante tres días se produjeran disturbios por toda la ciudad, donde los soldados cometían pillajes y se daban a beber el alcohol derramado, lo que produjo gran número de intoxicaciones etílicas e incluso la muerte. La indisciplina de nuevo se impuso y hubo que recurrir a la pena capital. W. G. F. Jackson, *op. cit.*, p. 161.

<sup>90</sup> La guerra oficialmente estaba dirigida por los ministros de Guerra (Muñiz) y Marina (Castejón), quienes tenían periódicos encuentros poco amistosos con Floridablanca; para ser el comandante de las fuerzas españolas en las campañas de los veranos de 1781 y 1782 se propuso el conde de Aranda, enemigo político de Floridablanca, a quien éste mantenía apartado del rey en la embajada española en París.

al comandante de las fuerzas combinadas: Berton Balle de Quiers, duque de Crillon, un general francés que hacía tiempo estaba al servicio del rey español, tan brillante y voluntarioso en sus actuaciones militares como infantilmente fanfarrón en sus relaciones. Crillon fue puesto al frente de un ejército de nueve mil hombres, que fue trasladado desde Cádiz por una escuadra franco-española de cincuenta y dos navíos. La escuadra conjunta destruyó la flota británica (quince navíos y media docena de fragatas) que le salió al paso y desembarcó sin problemas en Menorca; sin esperanza de socorro y ante la imposibilidad de soportar el asalto, el gobernador de la isla, lord Murray, y Blakeney, comandante del castillo de San Felipe, principal bastión de la isla, capitularon.

La reconquista de Menorca, que se había producido sin grandes preparativos y con menor dificultad, incrementó las esperanzas de repetir el éxito frente a Gibraltar. Buena parte de la tropa embarcada para Menorca acabó en el campamento de Punta Mala, así como el duque de Crillon, que, tras el éxito obtenido en al isla, sustituyó al que había sido el comandante del sitio a Gibraltar desde 1779, el general Martín Álvarez de Sotomayor. El primer cambio estratégico introducido fue aceptar la inutilidad del bloqueo de la plaza; no sólo había sido avituallada en dos importantes ocasiones (además de las barcas que desde Tánger mandaba irregularmente el cónsul británico), sino que en una salida efectuada por los británicos en noviembre de 1781 habían conseguido destruir las baterías del ramal más avanzado sobre la plaza. Se imponía, por tanto, emprender una campaña de ataque que culminara con el asalto a la plaza, pero en el planteamiento de la estrategia a seguir fue cuando comenzaron a presentarse los problemas, pues las alternativas eran tan variadas como pintorescas<sup>91</sup>.

Mientras los generales españoles estudiaban las distintas modalidades de ataque, importa también prestar atención a la «otra guerra», la que se mantenía lejos de los campamentos militares, en los despachos políticos y las cancillerías no sólo de las potencias implicadas, sino de media Europa y, ya también, de Estados Unidos. La capitulación del general Cornwallis en Yorktown (19 de octubre de 1781) y la incapacidad británica para reponerse en la guerra norteamericana provocaron una oleada de protestas en Londres, lo que motivó la definitiva dimisión de lord North (marzo de 1782), que había sido el instrumento de la política personal de Jorge III. Se impusieron entonces los *whigs*, en cuyo gabinete se integraron Shelbourne y Fox, partidarios de alcanzar cuanto antes la paz en todos los frentes, pues la demora implicaría pérdidas de posiciones en todos ellos. Esto hizo que en el mismo

<sup>91</sup> Un estudio sobre los planteamientos más ingeniosos —y en ocasiones ridículos— y los instrumentales para ejecutarlos se encuentra en el trabajo de Juan Carlos Pardo González (2001): «Máquinas infernales para la conquista de Gibraltar», *Almoraima*, 25, pp. 295-315.

mes de marzo Londres propusiera conversaciones de paz al gobierno francés, al tiempo que con los representantes estadounidenses se pretendía alcanzar una «paz separada». Las arcas francesas se encontraban en un estado lamentable (los gastos de guerra ascendían ya a una suma cercana a los dos millones de lises) y el gobierno de Luis XVI se encontraba en una tesitura crucial: una paz por separado de Gran Bretaña con los reconocidos Estados Unidos podría desencadenar una guerra revanchista de la potencia amputada, en la que Francia poco tendría que ganar; por otra parte, el Pacto de Familia obligaba a no concertar la paz con Gran Bretaña hasta que se hubieran conseguido unos objetivos mínimos, de los cuales Gibraltar era la parte más importante. España, aún bajo la euforia producida por la toma de Menorca, había rechazado las conversaciones de paz solicitadas desde Londres si no se colocaba como primer punto del armisticio la inmediata entrega de Gibraltar<sup>92</sup>. Ésta era la situación de la alta diplomacia cuando en mayo de 1782 comenzaba a prepararse el que se consideraba definitivo asalto sobre Gibraltar.

Ante Gibraltar se llegó a concentrar un ejército de 33.000 hombres y una fuerza de fuego de unos 400 cañones y 150 morteros; en el interior de la plaza se encontraban unos 7.500 soldados<sup>93</sup>, y las poderosas baterías gibraltareñas contaban con un total de 663 piezas, entre cañones y morteros. Pero no era la cantidad de soldados o cañones lo más preocupante para el sitio español, sino la disposición orográfica, que convertía al propio monte en una fortaleza. Las anteriormente comentadas teorías del mariscal Vauban (ingeniero jefe de Luis XIV, gran teórico de los sitios y su defensa), como base del conocimiento militar fundamental del siglo XVIII, tenían en Gibraltar un caso que las contradecía y a la vez las ratificaba<sup>94</sup>. El plan de ataque que se trató de llevar a la

<sup>92</sup> El 3 de mayo de 1782 llegó a París el plenipotenciario británico Thomas Grenville, hermano de lord Temple, que ofreció al ministro francés conde de Vergennes, y al embajador, conde de Aranda, una propuesta de paz con el reconocimiento de la independencia de Estados Unidos, llevando la negociación sobre el resto de las cuestiones planteadas (los objetivos españoles y franceses) sobre la base del Tratado de París de 1763. La respuesta de Floridablanca, temiendo la aceptación francesa, fue positiva pero exigiendo Gibraltar, aunque le comunicó a Aranda que retrasara cuanto pudiera las negociaciones, en espera de la campaña militar en curso. Sobre el planteamiento diplomático, véase J. L. Terrón Ponce, *op. cit.*, pp. 21-27.

<sup>93</sup> Su composición era la siguiente: seis regimientos de Infantería de Línea ingleses (12.º, 39.º, 56.º, 58.º, 72.º, 97.º), tres regimientos hannoverianos (3.º, 5.º, 6.º), seis compañías de artillería y una de ingenieros. J. L. Terrón Ponce, *op. cit.* p.144.

<sup>94</sup> Los tres hombres más importantes en la parte final del sitio tenían un conocimiento directo de las enseñanzas de Vauban: Elliott había estudiado en la École Royale de la Fère en Picardía, famoso centro de estudios de táctica fundado por el mismo Vauban; Crillon y D'Arçon, formados en escuelas militares francesas, también habían participado, sobre todo el último, en polémicas teóricas sobre la revisión del concepto de guerra prusiano, así como en apoyo del nuevo concepto de Guerra Nacional implantado por Guibert, que acabó imponiéndose en las guerras de la Revolución y deparando su culminación durante el Imperio napoleónico.

práctica dirigido por Crillon se basaba en combinar un ataque artillero terrestre con otro desde el mar que permitiera desencadenar el asalto de la infantería. El ataque artillero terrestre se basaba en la utilización de las baterías ya existentes, más el trazado de una tercera paralela, que dejaría la primera batería española a menos de 350 metros de la Puerta de Tierra; el elemento más novedoso del ataque serían las *baterías flotantes* diseñadas por el ingeniero militar francés D'Arçon, unas plataformas ignífugas e insumergibles que llevarían la potencia de tiro a tan sólo doscientos metros de la muralla del mar a la altura del Muelle Viejo; este ataque marino se completaría con la utilización de los buques de la escuadra española, que bombardearían por el sur, donde las tropas británicas tenían sus campamentos a salvo de los impactos, lo que además de producir un daño considerable se esperaba que sirviera de distracción para acometer la tercera fase; ésta sería el asalto definitivo, que se había combinado el avance a través del istmo con el desembarco en la playa cerca de la Puerta de Tierra, que ya debería haber sido abatida o estar en brecha, por la que entrarían a la ciudad los primeros soldados españoles. A finales de agosto ya estaban construidas las baterías flotantes y construidas las paralelas, y en los primeros días de septiembre el almirante Córdova llegó a la bahía con su flota combinada (27 españoles y 12 franceses procedentes del Atlántico, más 11 que venían de Toulon); pero la coordinación del mando era cada día menor: Córdova no paró hasta conseguir el control de toda la flota que debía participar en el ataque (llegó a realizar un bombardeo por su cuenta en los días 9 y 10 de septiembre), y Crillon apartó a D'Arçon de toda actuación que no fueran las baterías flotantes. Además, al mismo tiempo llegaban órdenes apremiantes de Madrid para que el ataque se acometiera inmediatamente; Floridablanca estaba siendo presionado desde Francia, pero él también necesitaba bazas que utilizar ante Carlos III y, con su apoyo, en las negociaciones que estaba previsto abrir en el otoño.

La segunda semana de septiembre de 1782 se llevó a cabo el ataque. El día 12 las baterías flotantes fueron colocadas en sus primeras posiciones, aunque tan solo tres alcanzaron situación de provocar daños, y pronto todas las baterías de tierra y mar estaban descargando fuego contra sus objetivos previamente establecidos; la respuesta de las baterías de Gibraltar se produjo al mismo tiempo, lo que deparó un espectáculo fantasmal con el humo y el olor a pólvora llenando toda la bahía. Aunque el daño producido sobre la plaza fue grande, en especial en el flanco norte y el King's Bastion, la acumulación de fallos en el conjunto español fue grande: la marina estuvo completamente al margen del ataque, sin prestar el menor apoyo; las baterías flotantes no alcanzaron las posiciones necesarias para abatir sus objetivos, pero fueron alcanzadas desde tierra, incendiándose algunas y siendo voladas el resto por

no poder ser remolcadas<sup>95</sup>; las lanchas cañoneras que debían operar al cobijo de las flotantes no aparecieron; las baterías del istmo fueron aprovisionadas inicialmente con balas para tres horas, por lo que a medio día no tenían munición para mantener el fuego sobre sus objetivos. El resultado del conjunto fue el fracaso del intento de asalto, la muerte de dos mil hombres y la quiebra de la moral atacante en el campamento español mientras que en el interior de Gibraltar se reforzaba el espíritu de resistencia<sup>96</sup>.

Los acontecimientos tuvieron gran repercusión en Madrid, no tanto por las pérdidas como porque se pensaba seriamente que la conquista estaba al alcance de la mano; en París, dado que el fracaso hacía perder una importante oportunidad para alcanzar la paz; y en Londres, pues retener Gibraltar era una baza fundamental en el tablero diplomático («Gibraltar est un rocher dans la negotiation, comme il y est dans la mer», dijo lord Shelbourne). Floridablanca ordenó a Crillon la continuación del sitio, dado que el ejército y la escuadra estaban intactos y la potencia de fuego de las baterías se mantenía (en los meses siguientes se llegaron a alcanzar los mil disparos diarios sobre la plaza), pero sobre todo porque el fracaso de un ataque no debía suponer la derrota definitiva y la renuncia a tan importante plaza. Sin embargo un mes después de superar el gran ataque Gibraltar consiguió ser reavituallado por la escuadra del almirante Howe, a pesar de la presencia de la superior flota hispano-francesa de Córdoba, que no supo frenar en Marbella ni atacar en Cádiz a la escuadra británica. Las opciones militares se agotaron a partir de ese punto, a pesar de la persistencia de Crillon e incluso de su proyecto de socavar una mina desde Devil's Tongue en el istmo hasta la entrada de la ciudad; a pesar de las órdenes de Floridablanca de concentrar la flota combinada en Cádiz, desplazando a una importante masa de soldados de Gibraltar a esa ciudad con la idea de transmitir la intención de emprender una campaña en el Caribe y tomar Jamaica, que nunca llegó a realizarse. Si la guerra había sido la continuidad de la diplomacia por otros medios, parafraseando a Clausewitz, el cansancio y sobre todo el coste de la guerra hacía que de nuevo la diplomacia tuviera la última palabra.

Desde el mes de agosto, aun con la suerte de Gibraltar en el aire, las negociaciones se estaban llevando a cabo a cuatro bandas (Francia, España, Gran

<sup>95</sup> La amargura ante ello de D'Arçon se manifiesta en sus palabras: «la quema de las baterías fue como el que tiene la satisfacción de quemar unos ingenios incombustibles demostrando que no lo son; el antídoto para constatar la charlatanería del inventor y el poder de los incendiarios». Sobre las baterías flotantes y la concepción del ataque por su diseñador y constructor, la mejor fuente es la memoria escrita por el propio D'Arçon: *Memoire pour servir à l'histoire du siège de Gibraltar, par l'auteur des batteries flotantes*; Cádiz, 1783.

<sup>96</sup> Una descripción detallada del ataque en J. L. Terrón Ponce, *op. cit.* pp. 144, 251-270.

Bretaña y Estados Unidos); a partir del fracaso del ataque sobre Gibraltar y del avituallamiento posterior la postura de Gran Bretaña se endureció respecto a España, dando ventajas a Francia para conseguir una paz separada. De ser logrado esto y habiendo reconocido la independencia de Estados Unidos, Gran Bretaña hubiera podido emprender una guerra de resarcimiento de pérdidas territoriales a costa del imperio español en América; Francia ya no tenía nada que ganar y España mucho que perder, pero la insistencia de Carlos III para recuperar Gibraltar hizo que las presiones por todos los lados se incrementaran en el otoño de 1782. La decisión de Francia de acogerse a las condiciones inglesas de paz empujó al conde de Aranda, embajador plenipotenciario, a aceptarlas y el 20 de enero se firmaron los preámbulos de paz. Los meses siguientes fueron de duras negociaciones en las que se cruzaron propuestas y contrapropuestas; el deseo de conseguir Gibraltar en el tablero diplomático hizo que el gobierno español ofreciera distintas plazas para la permuta: Orán, Trinidad, Puerto Rico, Santo Domingo. Mientras en los gabinetes de París y Madrid estas ofertas tan solo eran conocidas por los monarcas y sus ministros y consejeros, en Londres se discutían en el Parlamento; cuando allí un par defendió la permuta de Gibraltar por Santo Domingo (que en principio había sido aceptado por lord Schelbourne), Fox contestó del modo más taxativo:

Un buen ministerio siempre necesitará Gibraltar para separar Francia de Francia, España de España y de las otras naciones entre sí. La plaza de Gibraltar constituye una de las mejores posiciones inglesas. Gibraltar nos presta mucho prestigio ante las demás naciones. Gibraltar garantiza nuestra supremacía y nos facilita el poder poner a las otras en trances apurados. Dad Gibraltar a España y el Mediterráneo será un lago en el que se podrá negociar y navegar por cualquiera. Entregad Gibraltar y los Estados de Europa que están a orillas del Mediterráneo no esperarán ya de vosotros la libre navegación de ese mar. Y si no tenéis ese poder en vuestras manos, si no lo podéis utilizar, no esperéis ninguna alianza<sup>97</sup>.

La defensa que se había realizado de Gibraltar, cuya repercusión en la opinión pública británica lo hacía algo cercano y querido, sumado a los intereses políticos y comerciales, hicieron que Londres cortara toda posibilidad de permuta. Aunque durante un tiempo se cargaron las tintas sobre la responsabilidad de Aranda, en realidad España no tenía mucho más margen de maniobra que los ofrecimientos hechos, una vez que su posición de fuerza había dejado de tener efecto; como lo reconocía Floridablanca después: «El hacer

<sup>97</sup> Reproducido en José María Areilza y Fernando María Castiella (1941): *Reivindicaciones de España*, Madrid, p. 128.

semejantes manifestaciones [ofrecimientos de permuta] es perder el tiempo, porque ningún ministro inglés tendrá valor suficiente para tratar seriamente esta cuestión»<sup>98</sup>. Finalmente, el 3 de septiembre de 1783 se firmó la Paz de Versalles, en la que se reconocía la independencia de Estados Unidos, Gran Bretaña entregaba a Francia varias islas de las Antillas menores y le devolvía fortalezas en África y Asia, mientras que a España se le reconocía su posesión de Menorca, se le devolvía Florida y los británicos abandonaban todas sus posiciones en el golfo de México. Gibraltar ni siquiera fue mencionado en el tratado.

Tras un sitio que había durado tres años, siete meses y veinte días, Gibraltar era una ciudad en ruinas; sobre ella se habían arrojado 258.387 disparos y las edificaciones civiles y buena parte de las militares estaban derruidas o con graves daños; aún peor, unas mil doscientas personas, contando sólo la población militar de su guarnición, habían muerto en combate, de heridas o enfermedad. Por su parte, España había perdido en conjunto unos seis mil hombres a consecuencia de los 203.328 disparos que se habían realizado desde Gibraltar; económicamente, la guerra le había costado a España doce millones de duros<sup>99</sup>. Pero el coste a largo plazo aún sería mayor. Para muchos contemporáneos, la Paz de Versalles no era mala para España si se evalúan las ganancias territoriales; pero en realidad la independencia estadounidense era un ejemplo que las colonias españolas tarde o temprano no podrían dejar de seguir y cuando lo hiciesen tendrían siempre, en simple correspondencia con la posición española anterior, el apoyo de Gran Bretaña (que, por otra parte, sería mucho menos desinteresado que el prestado por España a los insurgentes norteamericanos) y la solidaridad de Estados Unidos. Aún a más largo plazo, el tratado de paz y sobre todo la pérdida de la oportunidad suponían para España el enquistamiento de un conflicto que arrastraría en adelante, durante toda la contemporaneidad, no tanto como mediatizador de la política exterior española sino como muestra expresa y evidente de impotencia y declive. Para Gran Bretaña la conservación de Gibraltar fue un modo singular y efectivo de proyectar ante la opinión pública la evidencia de que la pérdida de las colonias norteamericanas no suponía el declive imperial; de cara al exterior, como indicaba Fox en su intervención parlamentaria, Gibraltar era un símbolo ante el resto de las naciones europeas del mantenimiento intacto de la potencia militar, diplomática y comercial de su país. Y, en cuanto a símbolo, Gibraltar no tenía equivalente, como asegurara lord Smortont: «Si el rey de España me pusiera delante de los ojos el mapa de sus dominios para que

<sup>98</sup> Reproducido en F. M.<sup>a</sup> Tubino, *op. cit.*, p. 134.

<sup>99</sup> W. G. F. Jackson, *op. cit.*, p. 179.

buscara un equivalente a Gibraltar, dándome tres semanas para la decisión, no podría en tan largo plazo encontrar entre todas sus posesiones ninguna que bastara a compensar la cesión de aquella plaza»<sup>100</sup>. Aunque no faltaron posteriores intentos españoles de alcanzar la retrocesión de la plaza, durante la mayor parte del siglo XIX se comprendió perfectamente el valor que para Gran Bretaña tenía Gibraltar y que, por tanto, resultaba inútil cualquier empeño negociador y un simple despropósito tratarlo de ganar por la fuerza; lo que sintetizó a mediados de siglo el historiador Francisco Montero: «Gibraltar será de los ingleses mientras Inglaterra sea la primera potencia marítima del mundo»<sup>101</sup>.

### *La Isla de la Libertad*

Apenas seis años después del fin del Gran Sitio comenzó un largo y violento cuarto de siglo que transformó Europa; las guerras motivadas por la Revolución Francesa y su prolongación en el imperio napoleónico exportaron desde Cádiz a Moscú los aires de un nuevo sistema político liberal que las potencias vencedoras en Waterloo trataron de sofocar en el Congreso de Viena, consiguiendo tan sólo aplazar su definitivo triunfo, lo que no fue rápido ni tampoco pacífico en la mayor parte de los países. La Revolución Francesa con la deposición y posterior ejecución de Luis XVI (21 de enero de 1793) acabó definitivamente con la filosofía del Pacto de Familia entre las dos ramas de los Borbones, pero una vez apaciguados los extremos más radicales de la Revolución se reanudó la dinámica mantenida por la política exterior española durante todo el siglo XVIII: colaboración con Francia y oposición a Gran Bretaña. El reconocimiento realizado por España de la Francia revolucionaria (Tratado de Basilea, 22 de julio de 1795) asombró más que importunó a las potencias europeas, con las que España había estado en coalición militar para ahogar o al menos contener la Revolución dentro de Francia. Si esto apenas se consiguió durante el periodo republicano, la propia dinámica de la guerra motivó la creciente intervención del ejército en política, que acabó siendo su verdugo; durante el Directorio y ya sin ambages durante el Consulado y el Imperio, la actuación exterior francesa fue sobre todo una labor de los ejércitos y su objetivo fundamental, la quiebra de la potencia de su principal enemigo: Gran Bretaña. A partir de la firma del Tratado de San Ildefonso (agosto de 1796), la política exterior española estuvo más ligada y dependiente de la francesa, lo que tuvo como triste epílogo la necesidad de

<sup>100</sup> Citado en J. Pla Cárceles, *op. cit.*, p. 125.

<sup>101</sup> F. Montero, p. 375.

la ayuda inglesa para sacar adelante una «guerra de la independencia» que no sólo afectaba a la Península: Napoleón ocupaba toda España y media Europa. Estos acontecimientos generales, con la implicación directa de Gran Bretaña, Francia y España, no podían dejar de tener una repercusión inmediata sobre Gibraltar, que durante un tiempo sería tenido como una «isla de libertad» contra la tiranía napoleónica.

### *Trafalgar*

Gibraltar fue uno de los lugares más beneficiados durante cuarto de siglo de constante tensión bélica que se inició con la Revolución Francesa. El Gibraltar en ruinas y casi abandonado de población civil de 1783 poco tenía que ver con el próspero emporio comercial y la reluctante base militar de la segunda década del siglo XIX. El coste de la guerra contra Estados Unidos y las pérdidas reconocidas en el Tratado de Versalles hicieron que Gran Bretaña no tuviera medios o deseos de recuperar la maltrecha plaza que con tanto tesón y constancia habían sabido defender en el Gran Sitio; en los diez años siguientes a su término, los daños causados por el ataque español permanecían visibles y la población civil no había recuperado los niveles anteriores al conflicto; a pesar de que el avituallamiento estaba garantizado por mar, aún persistía el campamento español, muy reducido, y la Línea de Contravalación que bloqueaban las relaciones de Gibraltar con el Campo y conseguían hacer la vida en el Peñón más incómoda y el sostenimiento militar más caro para el gobierno británico. Todo comenzó a cambiar en 1783, cuando una coalición internacional, de la que formaban parte Gran Bretaña y España, declaró la guerra a una Francia revolucionaria que acababa de ejecutar públicamente a su rey, Luis XVI.

En Gran Bretaña, los acontecimientos revolucionarios franceses habían tenido una gran incidencia, reforzada por la llegada a Londres de numerosos refugiados nobiliarios; la opinión política se dividió entre una postura contrarrevolucionaria (cuya más completa expresión se encuentra en la obra de Burke) y un amplio conjunto jacobino conformado por disidentes de la Iglesia anglicana en búsqueda de la libertad religiosa, concretado en la reivindicación del incumplido programa del Movimiento de Reforma del Parlamento de 1780; aunque el motivo de mayor preocupación se produjo en Irlanda, donde la concesión del derecho de voto a los católicos (1793) no consiguió frenar un insurrección que cinco años después ya fue general. En España, la muerte de Carlos III en 1788 llevó al trono a su hijo Carlos IV, maduro y experimentado, pero abúlico y temeroso, que como consecuencia de los

acontecimientos franceses llevó a cabo un replanteamiento reaccionario de las políticas ilustradas mantenidas durante el reinado de su padre; desde un principio se llegó a temer un «contagio revolucionario» en España, por lo que se llegó incluso a prohibir las noticias de cuanto sucedía en Francia y el propio Floridablanca, mantenido en su cargo por Carlos IV, llegó a presentar al rey en 1791 un programa de actuación ante «la necesidad de formar un cordón contra esa peste». De ese modo, tanto en Gran Bretaña como en España se creó un estado de opinión contra la evolución política francesa por razones principalmente internas, pues alteraban la delicada situación de cada uno de los reinos. Al contagio ideológico se sumaron dos razones fundamentales para la declaración de guerra: la política anexionista de Francia (ocupación de Bélgica, las Provincias Unidas, Saboya y Niza, bajo la justificación de la soberanía nacional y de las «fronteras naturales») y la ejecución del rey Luis XVI. Surgió como respuesta inmediata la Primera Coalición (febrero de 1793), formada por Prusia, Austria, Gran Bretaña, España, y la posterior adhesión de otros países<sup>102</sup>.

Aunque muy apartado de los escenarios bélicos, a partir de ese momento Gibraltar comenzó a desempeñar un importante papel en la estrategia británica global, al mismo tiempo que iniciaba una recuperación acelerada. Militarmente, el puerto de Gibraltar fue determinante para conseguir el control del Estrecho, a la vez que controlaba los principales puertos que las potencias vecinas utilizaban como reunión de sus flotas de guerra (Cádiz, Cartagena y Toulon). Tanta o más importancia tenía Gibraltar en su aspecto comercial, pues a la pérdida de oportunidades que supuso la independencia de Estados Unidos se respondió desde Londres con la profundización de la conquista de los mercados asiáticos, especialmente en la India; la ruta más rápida y más económica que unía los principales centros comerciales británicos con la India no era la que bordeaba el continente africano, sino la que utilizaba el Mediterráneo, trasvasaba las mercancías en caravanas a través del istmo de Suez y proseguía por el mar Rojo y el Arábigo, teniendo el puerto de Gibraltar como primera etapa de su recorrido. Un tercer factor determinó la recuperación de Gibraltar; con el inicio de la guerra, barcos bajo pabellón británico con base en Gibraltar comenzaron a practicar el corso en el Mediterráneo occidental y el Atlántico hasta las Azores; las riquezas saqueadas podían pasar por Gibraltar sin dejar rastro, pudiendo hacer las autoridades británicas en el Peñón la vista gorda, pero los barcos apresados eran vendidos en su puerto sin ningún escrúpulo y con buenos dividendos<sup>103</sup>. Esto hizo que la anterior austeridad y disciplinas mante-

<sup>102</sup> J. R. Aymes (1989): *España y la Revolución Francesa*, Barcelona, Crítica.

<sup>103</sup> J. del Álamo, *op. cit.*, p. 207.

nidas durante el periodo en el que aún permaneció Elliott como gobernador se fueran relajando considerablemente; en 1787 Elliott volvió a Gran Bretaña por razones de salud, ocupando sus labores de gobernador el general Robert Boyd, quien fue nombrado gobernador a la edad de ochenta y tres años tras la muerte de Elliott en 1790; aún vivió cuatro años más, sucediéndole en la gobernación de Gibraltar el general Charles O'Hara (quien había sido hecho prisionero en la expedición a Toulon que ahora se verá). Boyd y sobre todo O'Hara, al viento de la prosperidad que traía la guerra, hicieron renacer las peores costumbres de los gobernadores de la primera mitad de siglo<sup>104</sup>.

El comienzo de la guerra, además, modificó las relaciones de Gibraltar con su entorno; por primera vez desde 1728 el bloqueo español fue levantado, lo que motivó una mejora sustancial en el comercio local y en el sostenimiento de la vida diaria del Peñón, a la vez que suponía el comienzo de la entrada de españoles para asentarse en la plaza. Paradójicamente, esto también motivó la entrada de fuerzas militares españolas, destinadas a formar parte de una expedición conjunta angloespañola para reforzar los ejércitos contrarrevolucionarios franceses en Toulon. El mando de la expedición estaba en manos del almirante Hood, que tenía como segundo mando al almirante Lángara y como comandante de la fuerza militar al general mayor O'Hara, al frente de dos regimientos. La expedición no alcanzó los objetivos: la tropa enviada no fue suficiente para frenar la más numerosa fuerza revolucionaria que les atacó, consiguiendo, mediante la dirección de un joven oficial de artillería llamado Napoleón Bonaparte, tomar el castillo que protegía el puerto, poniendo en peligro la flota angloespañola; a pesar de todo, el almirante inglés podría haber destruido la escuadra francesa, pero fue la posición contraria de Lángara la que consiguió que los barcos franceses no fueran quemados, dejando intacto lo que sería el núcleo de la flota mediterránea francesa<sup>105</sup>. A pesar de ser aliados y combatientes contra un mismo enemigo, estaba claro que las relaciones entre ambos países no eran las más cordiales, entre otras razones y sin contar los inmediatamente pasados conflictos mutuos, porque los objetivos de ambos países no eran coincidentes: Gran Bretaña pretendía aprovechar la Revolución para infligir una derrota definitiva a un enemigo secular, mientras que España tan sólo se oponía a la supervivencia del nuevo régimen y a su expansión ideológica.

<sup>104</sup> Charles O'Hara era hijo natural de lord Tyrawley, quien había sido gobernador en 1756, llevando una vida bastante alegre y escandalosa. Él nunca se casó, pero mantenía dos amantes, con sus respectivas familias, en Gibraltar; además de los impuestos ilegales que cobraba a las tabernas, O'Hara fue el impulsor del contrabando de tabaco hacia España. D. Ellicott (1981): *Gibraltar's Royal Governor*, Gibraltar, Gibraltar Museum Committee, pp. 18-21.

<sup>105</sup> G. Hills, *op. cit.*, p. 358. W. Jackson, *op. cit.*, p. 182.

Estas diferencias también explican la política británica en el Mediterráneo occidental; el fracaso de la expedición sobre Toulon y la imposibilidad —dado que no hubo ofrecimiento— de utilizar Menorca o Barcelona, hizo que Londres se viera necesitado de una base para que su Marina bloqueara el puerto militar francés y garantizara el comercio con los Estados italianos; dado que Gibraltar, que hasta entonces había cumplido esa misión —y seguía ayudando a sostenerla— estaba demasiado lejos, el Almirantazgo buscó el establecimiento de alguna base en la zona. La consecución de ese objetivo corrió a cargo del comandante de la fragata *Agamemnon*, George Nelson; en 1894 primero apoyó a las fuerzas nacionalistas corsas —dirigidas por Pasquale di Paoli— para tomar la capital, Bastia (abril), y después ocupó el puerto de Calvi; allí estableció la flota el almirante sir John Jervis, quien ordenó a Nelson la conquista de la cercana isla de Elba, donde por sus muy adecuadas condiciones de seguridad se instaló definitivamente la base naval británica<sup>106</sup>.

Mientras tanto, en España estaban ocurriendo cambios al más alto nivel de gobierno; Floridablanca cayó como principal secretario de Estado por su oposición frontal a toda negociación con el gobierno revolucionario francés y su sustituto, el conde de Aranda —anterior embajador español en París—, cambió ostensiblemente la dirección, con la esperanza de que la vida de Luis XVI no peligrara; cuando el monarca fue apresado y posteriormente ejecutado, la figura de Aranda se eclipsó. Fue nombrado primer secretario de Estado Manuel Godoy, un hidalgo extremeño del círculo de confianza del monarca; listo, astuto, arribista y trabajador, el ascenso de Godoy suele atribuirse a su intimidad con la reina María Luisa; sin negar la existencia de esa intimidad, resulta más cercano a la realidad adjudicar su nombramiento al deseo de Carlos IV de contar en labores de gobierno con hombres de su absoluta confianza, no los heredados del equipo de gobierno de su padre y que con anterioridad lo habían mantenido apartado de los asuntos de Estado. Tampoco es correcto señalar que su nombramiento respondía a los deseos de la reina, que mostrara una enemistad con Gran Bretaña y quería mantenerse del lado francés. España fue uno de los últimos países en sumarse a la primera coalición por haber sido auspiciada por su enemigo directo en América: Gran Bretaña. Pero tras la ejecución de Luis XVI, fue Godoy quien declaró la guerra a Francia y supo reunir un ejército de 50.000 hombres, dirigidos por el general Ricardos, con los que atacó y ocupó el Rosetón a comienzos de 1794<sup>107</sup>. Sin embargo, estas y otras derrotas puntuales de

<sup>106</sup> S. W. C. Pack, *op. cit.*, pp. 94-97.

<sup>107</sup> F. Sánchez Pacheco (1998): *Carlos IV, María Luisa de Parma: la privanza de Godoy*, Madrid, Aldearabán. E. La Parra López (2002): *Manuel Godoy: la aventura del poder*, Barcelona, Tusquets.

Francia pronto fueron contrarrestadas por el ejército revolucionario, lo que motivó (junto a otras causas, como el enfrentamiento entre Austria y Prusia por el segundo reparto de Polonia) que la primera coalición se rompiera, pudiendo el gobierno de la Convención firmar paces separadas con casi todos los contendientes, salvo con Gran Bretaña y Austria. El tratado de paz firmado entre España y Francia (Paz de Basilea, julio de 1795), por el que Godoy recibió el pomposo título de Príncipe de la Paz, fue ampliado al año siguiente mediante el primer Tratado de San Ildefonso (agosto de 1796), en el que se pasaba de un carácter defensivo a uno ofensivo y en el que, entre otras cosas, España ofrecía a Francia la Luisiana norteamericana a cambio de un apoyo incondicional para la recuperación de Gibraltar, lo cual nunca fue cumplido.

El tratado auspiciado por Godoy y el Directorio supuso la inmediata declaración de guerra de Gran Bretaña a España. La guerra tuvo como casi exclusivo medio el mar y como escenarios, los dominios coloniales (especialmente el Caribe, donde la flota inglesa se apoderó de la isla de Trinidad) y las rutas comerciales. Las flotas de guerra conjuntas de Francia y España podían igualar en número a la británica, pero la calidad de los barcos y especialmente la preparación de sus marinos y la habilidad de sus almirantes eran considerablemente mayores. Ante el acoso francés, los británicos debieron abandonar Córcega y Elba, retornando su flota a Gibraltar, donde entró el almirante Jervis a bordo del *Victory* en diciembre de 1796, instalando allí su base. Bajo él recaía la responsabilidad de establecer el bloqueo de los puertos de Cádiz, Cartagena y Toulon (los de Brest y El Ferrol eran responsabilidad de la flota británica del canal), si bien aquél se encontraba demasiado lejos y tan sólo era posible interceptar los barcos de su base si trataban de encontrar refugio en Cartagena; en todo caso, el objetivo era impedir que la flota de Toulon consiguiera en unión de la española traspasar el Estrecho y unirse a la flota atlántica francesa en Brest, lo que pondría en grave peligro la navegación por el canal e incluso facilitaría una operación de desembarco francés en las Islas Británicas. De nuevo en esta misión destacó Nelson, que en febrero de 1797 consiguió una importante victoria en la batalla del cabo San Vicente, imponiéndose a una flota numéricamente superior, donde destacaba el español *Santísima Trinidad*, que con sus dos puentes y sus 130 cañones era el mayor barco de guerra. La victoria le valió a Jervis el título de conde de San Vicente y a Nelson, su título de sir y su ascenso al almirantazgo<sup>108</sup>.

La conquista de Trinidad y la victoria del cabo San Vicente hicieron que el comercio español con sus territorios americanos se viera interrumpido, lo que

<sup>108</sup> S. W. C. Pack, *op. cit.*, pp. 98-101.

inevitablemente causaba graves daños a la economía española y la Hacienda; pero salvo cuatro navíos apresados y otros trece dañados, la armada española mantenía su potencial, lo que no duraría mucho. A pesar de los problemas que las flotas británicas tuvieron como consecuencia de la falta de paga a sus marineros (amotinamiento de la flota del canal, aunque en la del Estrecho apenas se produjeron incidentes en dos barcos), los bloqueos se intensificaron sobre las costas españolas, en especial sobre Cádiz, donde Nelson recibió órdenes para bombardear la ciudad con la intención de provocar a la flota allí amarrada a iniciar una batalla naval (julio de 1797). La defensa de la ciudad repelió el ataque, por lo que se decidió emprender una acción contra Santa Cruz de Tenerife, donde Nelson cosechó el mayor fracaso de su carrera hasta ese momento. El ataque no sólo fue repelido, sino que Nelson resultó herido en un brazo, a consecuencia de lo cual le tuvo que ser amputado. Tras su recuperación en Gran Bretaña, regresó al bloqueo sobre Cádiz en abril de 1798, pero inmediatamente debió emprender labores de reconocimiento en el Mediterráneo ante el incremento de la actividad en Toulon; pasó por Gibraltar en mayo a bordo del *Vanguard*, comandando una pequeña escuadra, pero una tormenta desmanteló su nave, por lo que debió regresar al Peñón. En esos momentos, Napoleón había convencido al Directorio de su plan para cortar la ruta comercial que unía Gran Bretaña a la India y partía desde Toulon hacia Egipto con un ejército de veinticinco mil hombres. Con parte de la fuerza que bloqueaba Cádiz, Nelson partió hacia el Mediterráneo con una flota de cuarenta barcos que, más rápida que la francesa, compuesta por barcos de transporte de tropas, llegó primero a Egipto; el 1 de agosto encontró a la flota francesa en la bahía de Aboukir, cerca del delta del Nilo, desencadenando un ataque en el que aniquiló la escuadra enemiga, dejando el ejército napoleónico aislado en Egipto, aunque intacto. La batalla del Nilo restableció el poder naval británico en todo el Mediterráneo. Consecuencia de esa superioridad fue la decisión del almirante Jervis de abandonar el bloqueo sobre Cádiz y retornar a la base de Gibraltar, donde decidió reforzar el bloqueo sobre Toulon con la toma de Menorca; con tropas puestas a su disposición por el gobernador O'Hara, la expedición de Jervis sorprendió a la guarnición española y de nuevo la isla estaba en manos británicas en noviembre de 1798<sup>109</sup>. Fue su última contribución a la causa británica; en julio del año siguiente el conde de San Vicente debió emprender el camino de retorno a casa por razones de salud.

A finales de ese año resurge la alianza internacional contraria a la Francia revolucionaria —y expansionista— con la segunda coalición, de la que formaron parte Gran Bretaña, Austria, Rusia, Turquía, Portugal y el rey de

<sup>109</sup> S. W. C. Pack, *op. cit.*, pp. 107-116.

Nápoles —refugiado en Sicilia—, que llevaron la guerra a los Estados germanos occidentales y la Península italiana. Para apoyar la guerra en esta zona, el gobierno británico dispuso una expedición de veintidós mil hombres al mando del general Ralph Abercrombie, pero la victoria de Napoleón en Marengo (que garantizaba el dominio francés en toda la Península italiana) hizo inútil la continuación de la campaña, por lo que se decidió su retorno hacia Gibraltar con el objetivo de atacar y tomar Cádiz. El gran ejército llegó al Peñón en agosto de 1799 a bordo de centenar y medio de navíos, siendo el desembarco de la tropa extremadamente complicado, así como su avituallamiento. Pero el definitivo fracaso de la expedición de Abercrombie se produjo ya a la vista de Cádiz, cuando el almirante que comandaba el bloqueo le informó de que en la ciudad se había desencadenado una epidemia maligna (fiebre amarilla), que hacía imposible el desembarco. De nuevo la flota con el gran ejército debió retornar a Gibraltar, pero las dificultades de abastecimiento, la mala nutrición o el mal estado de los productos embarcados hicieron presa también en parte de la tropa, y medio millar de soldados tuvieron que ser atendidos en el hospital militar de la plaza. La culminación de la mala suerte del general Abercrombie se consumó en el momento de mayor victoria; en el otoño de 1800 recibió la orden de encabezar una expedición hacia Egipto para desalojar el ejército francés que Napoleón había dejado abandonado tras la batalla del Nilo; con cuatro mil hombres, entre los que se encontraban tropas de la guarnición de Gibraltar, se impuso al ejército francés en la batalla de Alejandría (marzo de 1801), pero fue mortalmente herido<sup>110</sup>.

Al año siguiente, una batalla más singular tuvo por escenario la propia bahía de Algeciras. Una fragata y tres navíos franceses al mando de Linois partieron de Toulon con el propósito de ayudar a romper el cerco sobre Cádiz (julio de 1801); al verse sorprendidos por la superioridad de la flota británica emprendieron la huida en dirección a Algeciras, donde se protegieron bajo la capacidad de disuasión de las baterías del fuerte de Santiago e Isla Verde y una flotilla de lanchas torpederas. El almirante Saumarez, que los perseguía con seis navíos, pretendió realizar el ataque, pero los vientos contrarios y el fuego de las baterías españolas hicieron que su propósito acabara en desastre; el navío británico *Annibal* fue acribillado y el resto, dañado, debió cruzar la bahía y refugiarse en el puerto de Gibraltar<sup>111</sup>. El almirante inglés había pagado cara su audacia, pero por lo mismo deseaba vengar las pérdidas y probar que su arrojo era parejo a su habilidad en el mando. Pronto tuvo ocasión de demostrarlo y tomarse cumplida venganza; la flotilla de Linois fue ampliamente

<sup>110</sup> S. W. C. Pack, *op. cit.*, pp. 120-121.

<sup>111</sup> J. del Álamo, *op. cit.*, p. 208.

reforzada con otras cuatro unidades francesas al mando del vicealmirante Dumanoir y otros seis españoles, entre los que se encontraban los magníficos *Real Carlos* y *San Hermenegildo*, de doble puente y 112 cañones cada uno. La flota hispano-francesa aprovechó la oscuridad de la noche para zarpar, sin advertir que el *Superb*, comandado por el propio Saumarez, se hacía a la mar tras ellos; más pequeño y veloz, el navío británico tuvo la habilidad de colocarse entre el *Real Carlos* y el *San Hermenegildo*, descargando sus dos baterías a babor y a estribor y continuando más rápidamente que ellos; cuando ambos navíos comenzaron a repeler la agresión, se dispararon prácticamente el uno sobre el otro, lo que causó la muerte de dos mil quinientos hombres y la pérdida de los dos navíos. Saumarez aún tuvo ocasión de atrapar un barco francés antes de que el resto encontrara refugio en Cádiz<sup>112</sup>.

El 18 de Brumario (9 de noviembre de 1799) Napoleón dio un golpe de Estado que definitivamente conducía al retroceso del proceso revolucionario francés que ya había apuntado el Directorio; la instauración del Consulado (integrado por Sièyes, Ducos y el propio Napoleón) en política exterior significó un intento de pacificación sin renuncias. La paz de Luneville (1800) entre Francia y Austria fue el preámbulo de la paz de Amiens (1802) por la que Gran Bretaña alcanzaba la paz con Francia tras haberse quedado como única potencia contrarrevolucionaria y verse en peligro de un ataque directo en las islas. Como consecuencia de ese tratado, Gran Bretaña debía devolver todas las colonias conquistadas a Francia, Egipto a Turquía, Malta a la Orden de San Juan de Jerusalén, Menorca a España, y el resto de las conquistas a los aliados del Consulado (salvo Trinidad y Ceilán). Napoleón fue el primer dictador moderno, instaurando un sistema, el *bonapartismo*, que serviría de referencia —a menudo inconsciente— a muchos regímenes autoritarios de los siglos XIX y XX; el militar de extracción más o menos popular que mediante la fuerza asume el poder de la mano de una facción política y con el respaldo del ejército, convirtiéndose en un caudillo que guía a su pueblo a la conquista de un objetivo hasta entonces aplazado. Napoleón supo unir los logros ideológicos con las conquistas de la nueva burguesía, la pervivencia de la participación política del pueblo —a través del formalmente democrático al plebiscito— y la restauración de los aspectos formales del Antiguo Régimen, como la monarquía y una nueva nobleza meritocrática. Sin embargo, la nueva Constitución de 1799 le garantizaba un mando temporal, por lo que Napoleón aprovechó la paz de Amiens para desencadenar unas purgas en el legislativo y entre los mandos del ejército, que le permitieron la convocatoria de un plebiscito (aún en 1802; 3,5 millones de votos a favor, 2.000 en contra) del que salió investido como Cónsul Vitalicio.

<sup>112</sup> W. Jackson, *op. cit.*, p. 192.

Mientras tanto, en Gran Bretaña y España se estaban produciendo también cambios al más alto nivel que afectarían de forma directa a Gibraltar. La paz de Amiens fue aprovechada por el gobierno británico presidido por Addington para recortar los gastos militares, en la pretensión de una vuelta al aislamiento una vez apaciguados los ánimos continentales; la reducción fue especialmente significativa en la Marina Real. Sin embargo, la paz duraría poco, lo que obligó a la vuelta al poder de William Pitt en 1804. En España se produjo en marzo de 1801 el regreso de Godoy (que había sido obligado a abandonar el poder tres años antes), convertido ya en un «generalísimo» con la misión de suavizar las tensiones en España (ilustrados frente a tradicionalistas, francófilos frente a aislacionistas) y apaciguar las contiendas internacionales. Cuando la frágil paz de Amiens tocó a su fin, Godoy trató de mantener una suerte de neutralidad activa con el apoyo de las potencias orientales (Rusia y Prusia), pero ni Napoleón soportaba otra cosa que la alianza mediatizada ni Gran Bretaña se creía la declaración de neutralidad española; el último esfuerzo de Godoy fue comprometer ante Napoleón el pago de una ayuda económica permanente y mensual a cambio de mantener una actividad armada, pero ni la Hacienda española podía permitirse esas medidas ni Napoleón esperaba muchas de las posibilidades españolas. Consecuencia de todas estas tensiones fue una nueva declaración de guerra de Gran Bretaña contra España (diciembre de 1804).

En el primer lustro del siglo XIX Gibraltar vivió un periodo de gran agitación. El crecimiento de la población civil y, sobre todo, de la militar tras el desembarco de buena parte de la tropa de la expedición sobre Menorca, hicieron que la vida en la plaza se tornara cada día menos tolerable; la indisciplina de la guarnición había llegado a niveles muy altos y las borracheras eran comunes y multitudinarias. Ya el conde de San Vicente había denunciado el estado de la situación ante el almirantazgo, teniendo varios enfrentamientos con el gobernador O'Hara. Cuando el conde se retiró a Gran Bretaña por razones de salud, las cosas empeoraron considerablemente. La indisciplina alcanzó niveles de conspiración y un millar de soldados debieron ser apartados del servicio acusados de participar en un complot que pretendía, mediante soborno, la conquista española de Gibraltar<sup>113</sup>. Lo que no habían conseguido las llamadas de atención del almirante Jervis sobre la cotidianidad de las borracheras y la indisciplina, lo realizó el descubrimiento de una supuesta conspiración, nunca aclarada, pues ponía en peligro la continuidad de la posesión de la plaza. El gobernador O'Hara no pudo ser reconvenido, pues murió muy oportunamente en 1801.

<sup>113</sup> G. Hills, *op. cit.*, p. 361.

En marzo de 1802 fue nombrado gobernador el príncipe Eduardo, duque de Kent y cuarto hijo de Jorge III, el personaje de mayor rango que ha desempeñado la gobernación de Gibraltar. Destinado desde muy joven al servicio de las armas, el príncipe Eduardo había completado su formación en escuelas militares de Francia y Prusia, viviendo en el Peñón entre 1790 y 1791 con su regimiento (el 7.º de los Fusileros Reales), donde se ganó entre la tropa justa fama de riguroso seguidor de los métodos prusianos. El comienzo de su gestión no fue sencillo; el estado de decadente indisciplina de la guarnición estaba muy alejado del rigor buscado por el príncipe, por lo que sus primeras medidas estuvieron destinadas a reforzar la autoridad de los oficiales, exigirles el cumplimiento del reglamento y prestar atención hasta los menores detalles; a continuación cerró la mitad de las tabernas de la plaza. En la primera Navidad que pasó en Gibraltar, el príncipe Eduardo se debió enfrentar a varios motines de distintos regimientos de la guarnición, produciéndose varios muertos y siendo condenados a muerte, en juicios sumarísimos, una docena de soldados —tres fueron ejecutados, frente a sus cuarteles, y al resto le fue conmutada la pena por deportación a Australia—. Cuando el príncipe preparaba la publicación del nuevo reglamento de la guarnición (puntualmente recogido a lo largo de 169 artículos), fue llamado a Londres por su hermano el príncipe de York, y abandonó Gibraltar el primer día de mayo de 1803. La población civil, a través de un documento firmado por los líderes de cada una de la comunidades, le solicitaba un rápido retorno, lo que evidencia tanta cortesía como agradecimiento por los cambios introducidos; sin embargo, el príncipe nunca más volvió a pisar el Peñón, manteniendo nominalmente la gobernación de Gibraltar hasta su muerte en 1820, si bien desde prácticamente un principio hubo una reestructuración de funciones y los tenientes gobernadores llenaron la larga ausencia del príncipe<sup>114</sup>.

Un mes después de la salida del príncipe retornó a Gibraltar el almirante Nelson, nombrado ya comandante en jefe de la flota británica en el Mediterráneo. Aunque España permanecía neutral, las hostilidades se habían reanudado entre Gran Bretaña y quien ya era cónsul vitalicio francés, Napoleón. El objetivo de Nelson era bloquear a la escuadra francesa en Toulon, a lo que se dedicó desde un primer momento, permaneciendo poco tiempo en el Peñón. La seguridad de Gibraltar estaba garantizada por la neutralidad española —incluso la frontera permanecía abierta—, pero el peligro que se abatió sobre la plaza en el verano de 1804 no vino de las armas, sino por medios de las bacterias. La epidemia de tifus que estaba haciendo estragos en las ciudades del sur de España, especialmente en Cádiz, alcanzó a finales de agosto

<sup>114</sup> D. Ellicott, *op. cit.*, pp. 1-48. W. Jackson, *op. cit.*, pp. 193-195.

Gibraltar causando una gran mortandad; falleciendo casi seis mil personas (1.082 soldados y 4.864 civiles) de un total que por esas fechas había alcanzado los 15.000, entre los muertos se encontraba el teniente gobernador, general Barnett, y una parte importante de su cuadro de mandos<sup>115</sup>. En esa ocasión se produjo la primera ocupación de terreno en el istmo, si bien fue pasajera, siendo desmontados los campamentos una vez superada la epidemia a comienzos de 1805.

Para entonces, la acción combinada de hostigamiento de navíos británicos en las Antillas y otros puntos de las colonias americanas, unida a la presión de Napoleón sobre un Godoy convertido en dictador (Tratado de París, enero de 1805), motivaron la declaración de guerra de España a Gran Bretaña. El proyecto de Napoleón se basaba en llevar la guerra a territorio enemigo, desembarcando un ejército importante en las Islas Británicas, donde pensaba conseguir una fácil victoria sobre una potencia que concentraba sus fuerzas en la marina, pero que no alcanzaba un nivel semejante con su ejército. Cerca de Bolonia concentró un colosal ejército de 140.000 hombres con el propósito de trasladarlos a través del canal de la Mancha; para ello se debían emprender dos actuaciones previas: atraer la mayor parte de la flota británica hacia las Antillas y unir parte de las flotas española y francesa en las aguas del canal. En marzo de 1805, el almirante Villeneuve partió de Toulon hacia el Estrecho, rompiendo el bloqueo a que lo sometía la escuadra de Nelson. Al mismo tiempo, el nuevo teniente gobernador, general Henry Fox, tuvo conocimiento de los preparativos para llevar a cabo una acción sobre Gibraltar, entre los que se barajaba el soborno a la guarnición con cien mil libras para facilitar la toma de la plaza o el envenenamiento de la tropa<sup>116</sup>. La realidad estaba muy alejada de esos extremos: el comandante de las fuerzas españolas, el general Castaños, no sólo era contrario a la política de sumisión de Godoy respecto a las políticas napoleónicas, sino que además mantenía buenas relaciones con las autoridades británicas en Gibraltar<sup>117</sup>. En ningún momento de esa guerra hubo intenciones españolas de realizar un ataque sobre la ciudad.

El almirante Villeneuve pasó a través del Estrecho sin que ninguna fuerza se le opusiera, pero avistando parte de la flota británica, por lo que decidió entrar en Cádiz y esperar la ocasión adecuada para completar su periplo junto a la flota española. Cuando Nelson llegó a Gibraltar a mediados de julio, fue in-

<sup>115</sup> G. Hills, *op. cit.*, p. 363.

<sup>116</sup> G. Hills, *op. cit.*, p. 366.

<sup>117</sup> El general Castaños llegó a facilitar al príncipe Eduardo, cuando estaba en Gibraltar, un palacete cercano a San Roque donde éste instaló a la que era su amante, Julie de Saint Laurent. Aun cuando España ya estaba en guerra contra Gran Bretaña, las comidas entre oficiales españoles y británicos se mantuvieron. W. Jackson, *op. cit.*, p. 198.

formado por el almirante Coolingwood, comandante del bloqueo sobre Cádiz pero cuyo escuadrón no había podido frenar la entrada de Villeneuve, que el almirante inglés se encontraba en el puerto de la ciudad andaluza. A bordo del *Victory*, Nelson se puso al frente del bloqueo. La larga estancia de Villeneuve en Cádiz no era del agrado de Napoleón, que deseaba acelerar la operación de desembarco en las Islas Británicas; en carta a Decrés, ministro de Marina, Napoleón acusaba al almirante francés de pusilánime: «Vuestro amigo es demasiado cobarde para salir de Cádiz: así que vaya Rosilly a tomar el mando de la escuadra, si cuando llegue no ha salido aún, y que Villeneuve venga a darme cuenta de su conducta»<sup>118</sup>. Comprendiendo que estaba ante la última oportunidad de su vida, Villeneuve preparó la marcha de la flota hispano-francesa, pero no opinaban lo mismo los almirantes españoles, que comprendían que la escasa flota británica que se veía en el horizonte era tan sólo un señuelo para provocarles salir a la mar. Efectivamente, Nelson había mantenido buena parte de la flota escondida tras el horizonte, a la espera de la salida de la escuadra aliada. Villeneuve echó en cara a los almirantes españoles lo mismo de lo que le acusaba a él Napoleón. Todos los consejos fueron inútiles y el lunes 21 de octubre la flota combinada hispano-francesa salía de Cádiz, produciéndose inmediatamente la batalla naval más importante de su época: Trafalgar.

Los cronistas militares y los historiadores decimonónicos relatan el enfrentamiento con todo detalle, reparando en maniobras náuticas y anécdotas personales, utilizando los más preclaros adjetivos para resaltar la heroicidad y el arrojo, el olor a pólvora y a sangre, los destellos atronadores de los cañones, el incendio y desgarrar del velamen o el crujir de las gavias al virar y el estruendo de los palos al caer astillados. Durante seis horas de una tarde borrascosa las dos flotas intercambiaron un fuego cruzado que tuvo como resultado final la victoria británica y la desaparición de una parte muy cualificada de la marina española en hombres y barcos. Nelson simplemente había indicado a sus hombres «Inglaterra espera que cada cual cumpla con su deber», y la flota británica atacó decididamente a la línea demasiado amplia formada por la vanguardia hispano-francesa, poniendo en fuga con daños a la retaguardia, que ni siquiera entró en combate al retirarse Dumanoir con cinco navíos que escaparon a Cádiz. Permanecieron firmes los españoles: Gravina en el *Príncipe de Asturias*, Alcalá Galiano en el *Bahama*, Álava en el *Santa Ana*, Cisneros en el *Santísima Trinidad*, Valdés en el *Neptuno*, Alcedo en el *Montañés*. La superioridad británica se acabó imponiendo, aun a costa de grandes bajas, comenzando por la de su propio comandante: a la vista de la ocasión, Nelson se presentó en el puente del *Victory* con uniforme de gala y todas sus medallas, lo que le hizo blanco

<sup>118</sup> F. M.<sup>a</sup> Montero, *op. cit.*, p. 379.

fácil para una bala francesa que le atravesó el pecho, causándole la muerte instantánea. La épica de la batalla dio pronto paso al balance: la flota hispano-francesa había perdido diecisiete navíos y unos trece mil hombres, 2.405 españoles, entre los que destacaban los almirantes Gravina, Alcalá Galiano, Churrua y Alcedo; pero sobre todo había perdido toda capacidad de discutirle el dominio del mar a la armada británica. El cuerpo de Nelson fue conservado en un barril de brandy durante una semana, amarrado a lo que quedaba del mástil principal, lo que tardó en alcanzar el puerto de Gibraltar un *Victory* desarbolado. La figura de Nelson fue favorecida por su temprana muerte en combate, en una época en busca de héroes —todos los tiempos los han necesitado—, donde los poetas románticos supieron encumbrar su memoria e incorporarla al sentimiento colectivo de una nación que, disponiendo de tantos ejemplos, ya había elegido la encarnación de su triunfo en los océanos<sup>119</sup>.

### *Gibraltar en la guerra de la Independencia*

Como antes Luis XIV y después Hitler, Napoleón, ya autocoronado emperador, vio truncado su sueño de invadir las Islas Británicas; la desastrosa dirección de Villeneuve había arruinado su plan de cruzar el Canal. Sin embargo, él continuaba su racha triunfal; a la constitución de la Tercera Coalición (1805; Gran Bretaña, Austria, Rusia, Suecia, Nápoles), el emperador decidió atacarla por tierra: el ejército preparado para la travesía del Canal fue empleado para marchar sobre Viena, imponiéndose en la gran batalla de los Tres Emperadores (Austerlitz), lo que le abrió las puertas de Austria y Rusia. A finales de año la tercera coalición ya no existía y, en 1806, Napoleón creó la Confederación del Rin con la reunión de doce principados. Esto puso en tensión a Prusia, pero las victorias napoleónicas de Jena y Auerstadt hicieron que todos los aliados continentales firmaran el armisticio (Paz de Tilsit, 1807). Prácticamente todo el continente europeo estaba bajo control directo de Napoleón, convertidos en Estados vasallos o aliados mediatizados. Tan sólo escapaban de su influencia Gran Bretaña y Portugal; para doblegar a la primera, Napoleón empleará el arma económica a través del *bloqueo continental* (que era mucho más que la simple imposibilidad de comerciar con Gran Bretaña, pretendiendo crear por primera vez una economía europea estructurada), y para rendir Portugal decidió emplear la vía militar.

El bloqueo continental produjo efectos muy beneficiosos en Gibraltar; los astilleros no daban a basto en la reparación de los barcos británicos que no podían entrar en ningún puerto del Mediterráneo; debieron ser ampliados los

<sup>119</sup> R. Sothey (1962): *Life of Nelson*, Londres, Everyman.

almacenes para avituallar a un creciente número de navíos, siendo construido en Rosya Bay el nuevo Naval Victualling Yard en 1808. En Gibraltar se incrementó la presencia de agentes navales, comerciantes y banqueros, convirtiéndose en un punto de trasvase de mercancías procedentes de Gran Bretaña que, reembarcadas en navíos de bandera neutral, eran reexpedidas al resto de los puertos europeos donde los barcos británicos tenían prohibida la entrada; de igual modo, los productos procedentes de buena parte de Europa que antes llegaban directamente a Plymouth y Londres, ahora eran trasladados a Gibraltar por barcos neutrales para ser llevados a Gran Bretaña en navíos bajo pabellón británico. La economía local, que hasta entonces se había basado principalmente en el mantenimiento de la guarnición y en el modesto contrabando, de pronto se vio catapultada al nivel de emporio comercial, donde las autoridades militares (en particular el teniente gobernador, general Henry Fox) participaban del negocio y la corte del almirantazgo declaraba legítimas transacciones nada claras en la compra-venta de mercancías y barcos<sup>120</sup>. Las secuelas del Gran Sitio e incluso de la epidemia de tifus fueron rápidamente superadas, prosperando la construcción de casas señoriales, la reapertura de tabernas y la llegada de nueva población civil, entre la que destacaron comerciantes genoveses, que ya con los ecos de la Revolución en su ciudad habían comenzado a llegar a Gibraltar y ahora eran llamados en mayor número por las posibilidades de negocio.

Napoleón presionó para que España firmara el Tratado de Fontainebleau (octubre de 1807), que básicamente contemplaba una ocupación y reparto tripartito de Portugal. Dada la posibilidad de que Gran Bretaña auxiliara a su secular aliado, tropas francesas entraron en España para llevar a cabo la ocupación con ayuda española. Pero en realidad los planes napoleónicos desbordaban el tratado, como los propios firmantes españoles ya habían sospechado, contemplando la conversión de España en un nuevo Estado vasallo, lo que posibilitaría la utilización de su prácticamente intacto imperio americano<sup>121</sup> para consolidar el comercio exterior francés, alternativo a la potencia comercial ultramarina de Gran Bretaña. Lisboa fue ocupada en noviembre de 1807, propiciando el traslado en la escuadra del almirante Sydney Smith de la familia real portuguesa a la colonia de Brasil, lo que con el tiempo acabaría produciendo su independencia y su conversión en el imperio de Brasil; ya en marzo de 1808 el comandante de las fuerzas napoleónicas en España, el general Murat, se encontraba en Madrid sentando las bases de la completa ocupación del país.

<sup>120</sup> G. Hills, *op. cit.*, p. 371. W. Jackson, *op. cit.*, p. 203.

<sup>121</sup> La armada británica utilizó la guerra contra España para realizar operaciones de castigo y conquista en América; aunque las primeras tuvieron cierto éxito, los desembarcos en Buenos Aires y Montevideo fueron rechazados por las guarniciones locales ayudadas por la población.

La ineptitud de la familia real española y la posición de fuerza de Napoleón motivaron el desencadenamiento de los hechos: el pueblo reaccionó ante la ocupación francesa con un frágil levantamiento que fue seguido de una dura represión, mientras Carlos IV y el príncipe Fernando eran obligados a abdicar de sus derechos dinásticos a favor de Napoleón, que los transfirió a su hermano José Bonaparte, nombrado nuevo rey de España y sostenido por el ejército de ocupación francés<sup>122</sup>. La inmovilidad de las instituciones del Antiguo Régimen había conducido al fracaso nacional, lo que motivó la reacción popular, que, al ser legitimada por la sangre derramada en la represión desencadenada por Murat, produjo la reasunción de la soberanía por el pueblo, lo que hacía realidad uno de los postulados esenciales del liberalismo. Lo que la historiografía decimonónica acabó denominando «guerra de la Independencia», en realidad fue un conjunto de hechos contrapuestos: se produjo una sublevación popular (primero en Aranjuez, contra el caduco Carlos IV, obligándole a abdicar en su hijo Fernando; después, en toda España contra la ocupación militar francesa), seguida de un conflicto bélico (que fue a la vez guerra civil, guerra contra la ocupación exterior y guerra internacional) y una revolución liberal (sustentada en las Juntas Provinciales y en las Cortes de Cádiz, que elaboraron la primera constitución española). Cuando el conde de Toreno se vio en la necesidad de titular su obra sobre este periodo, la llamó muy apropiadamente *Historia del levantamiento, guerra y revolución en España*<sup>123</sup>.

Antes incluso de producirse el levantamiento popular y el comienzo de la guerra, desde Gibraltar ya se estaban realizando preparativos para afrontarla. La prioridad para el gobierno británico era apoyar la insurrección en Portugal y a comienzos de 1808 sir John Moore había recibido órdenes de trasladarse a Gibraltar desde Sicilia al frente de diez mil hombres, que fueron transportados hasta Portugal en la flota del almirante Sydney Smith; a esa fuerza debía unirse otro cuerpo de cinco mil hombres comandados por el general Spencer, pero llegaron a Gibraltar cuando Smith ya había zarpado, quedando como refuerzo de la guarnición. El anterior teniente gobernador, Henry Fox, fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas navales británicas en el Mediterráneo, siendo sustituido por el general Hew Dalrymple, comandando las fuerzas navales en Gibraltar el almirante Collingwood<sup>124</sup>;

<sup>122</sup> J. R. Aymes (1980): *La Guerra de la Independencia en España, (1808-1814)*, Madrid, Siglo XXI. G. Dufour (1989): *La Guerra de la Independencia*, Madrid, Historia 16.

<sup>123</sup> F. Suárez (1982): *Las Cortes de Cádiz*, Madrid, Rialp. Miguel Artola (ed.) (1991): *Las Cortes de Cádiz*, Madrid, Marcial Pons.

<sup>124</sup> Para el conocimiento de ambos personajes y su actuación en esta guerra son esenciales las memorias del primero y el trabajo de Oliver Warner sobre el segundo; H. Dalrymple (1830): *Memoir*; Londres, Boone. O. Warner (1968): *The Life and Letters of Admiral Collingwood*, Oxford. OUP.

además del puesto, Dalrymple continuó con las buenas relaciones que Fox tenía con las autoridades españolas, especialmente con el general Castaños. El comandante de las fuerzas españolas en el Campo de Gibraltar tenía bajo sus órdenes un ejército de unos diez mil hombres, lo que le constituía en una pieza fundamental en el despliegue del ejército español. Cuando se produjo la invasión de Portugal, Castaños recibió la orden de cerrar definitivamente una frontera con el Peñón que él había mantenido abierta incluso en situación de guerra; agentes del ejército francés indagaron sobre sus intenciones, que no debieron ser las más positivas, hacia la presencia del ejército napoleónico pues decidieron deshacerse de él (arrestarlo, o asesinarlo y pasar a Gibraltar), lo que no consiguieron; por el contrario, Castaños participó de los planes de Dalrymple para ofrecer a la familia real española el traslado a Gibraltar, como puerto de evacuación para su traslado a América<sup>125</sup>, el cual no pudo ejecutarse por plegarse Carlos IV y el príncipe Fernando a las exigencias francesas de trasladarse a Bayona, donde tuvo lugar el beneficioso arbitraje napoleónico sobre los derechos dinásticos.

Al comienzo de la guerra, el ejército español contaba con un máximo de 100.000 hombres, de los cuales 15.000 se encontraban al mando del marqués de la Romana guerreando en Europa junto a las tropas francesas; el ejército de ocupación francés tenía en un primer momento 110.000 hombres y antes del fin de junio de 1808 se incorporaron otros 50.000; sin embargo, la superioridad militar francesa no se encontraba sólo en el número de efectivos, sino también en la nueva concepción táctica (carácter ofensivo, avance rápido, utilización de los recursos del país ocupado por la intendencia, ataque en columnas, artillería ligera), su carácter patriótico y revolucionario, y en la dirección cualificada que los comandaba; mientras que el español —como el resto de los ejércitos europeos— era un ejército menor, profesional, sometido a las características del Antiguo Régimen (carácter defensivo, escasa movilidad, ataque en línea), entre las que se encontraba la designación de la dirección de los ejércitos exclusivamente a la nobleza. Napoleón ni siquiera concentró sus fuerzas, operando simultáneamente cinco ejércitos desplegados por toda España sin encontrar una resistencia abierta por parte del ejército español a partir del inicial encuentro de Medina de Rioseco. Napoleón pensó que sería una guerra dinástica más, de rápida resolución tras la imposición de su ejército y la entrada en funcionamiento del nuevo gobierno de José I, quien arrojaría de España las tradiciones heredadas del Antiguo Régimen y a una dinastía decadente. Sin embargo, las cosas fueron más complicadas; el modelo de guerra no se pareció a ningún otro: las ciudades abiertas se resistían

<sup>125</sup> W. Jackson, *op. cit.*, pp. 206-207. J. del Álamo, *op. cit.*, p. 211.

a ser tomadas, la población civil participaba en la defensa y aparecieron unos voluntariosos combatientes aislados a los que, a falta de otra designación para su innovadora actividad, se acabó llamando *guerrilleros*; esta resistencia alargó mucho la contienda, impidiendo a Napoleón disponer de un contingente importante de sus tropas; por último, y definitivo, José I no fue aceptado por el pueblo español, surgiendo inmediatamente Juntas locales y provinciales que en sucesivas concentraciones acabaron formando la Junta Central y Suprema, que asumió el poder y las labores de gobierno, lo que de modo definitivo rompía con el orden institucional del Antiguo Régimen.

La creación de Juntas provinciales produjo en un primer momento una gran dispersión de poder, lo que multiplicó su cacofonía cuando algunas de ellas, de forma independiente, solicitaron ayuda exterior para mantener la lucha contra los ejércitos napoleónicos (Gran Bretaña fue requerida por las Juntas de Oviedo, Bilbao, Murcia y Sevilla). Así se hizo en Sevilla, donde a finales de mayo se constituyó la Junta Suprema, que se irrogaba la autoridad sobre toda España y los territorios americanos. La Junta se dirigió a Castaños, ofreciéndole el cargo de comandante en jefe de sus ejércitos, lo que de hecho le convertía en el hombre fuerte de Andalucía; pues a su mando directo de las tropas sumaba su designación por la única institución política ampliamente reconocida y su contacto de primera mano con las autoridades británicas en Gibraltar; Castaños instaló su cuartel general en Algeciras, provocando la protesta de San Roque; sería la última, a partir de ese momento la hegemonía de Algeciras en el Campo ya sería indiscutible.

El teniente gobernador Dalrymple comenzó a operar como interlocutor principal de Gran Bretaña en toda Andalucía, lo que fue ratificado a mediados de julio con su nombramiento de comandante en jefe del ejército británico en la península Ibérica. Se puso en contacto con las escasas autoridades civiles y con los comandantes de fuerzas militares, sobre todo en los puertos de Cartagena y Cádiz. Aquí se encontraba el general Solano, abierto enemigo personal de Castaños y decidido partidario de la instauración de José I, que fue asesinado, probablemente por instigación de la Junta sevillana. Le sucedió el general Morla, más cercano a Castaño pero sin muchas simpatías por los ingleses. Cuando le fue ofrecida la ayuda de un ejército de cuatro mil hombres desde Gibraltar para apresar a la tropa francesa acuartelada en Cádiz desde el desastre de Trafalgar, Morla desestimó amablemente la oferta, utilizando a sus propios hombres para tomar la flota francesa amarrada en puerto y custodiar los campamentos franceses<sup>126</sup>. Un siglo de enfrentamientos bélicos entre españoles y británicos, manteniendo aún abierta la «herida sangrante»

<sup>126</sup> W. Jackson, *op. cit.*, p. 207.

de Gibraltar, hacían que no pudiera darse una sencilla y rápida amistad hispano-británica. Sin embargo, desde Londres la decisión de apoyar la resistencia española ya estaba tomada<sup>127</sup>; si el gobierno de José I se consolidaba, la larga lucha británica durante todo el siglo XVIII para impedir la unidad de Coronas y sobre todo la unidad de acción entre España y Francia habría fracasado, Napoleón dispondría de un colosal mercado en el imperio español en América y la superioridad inglesa en los mares sería, tarde o temprano, combatida y derrotada. En este sentido debe ser tomada la intervención de Jorge III en el Parlamento el 4 de julio de 1808, en la que daba por enterradas antiguas enemistades, confesaba su admiración por la «nación española» y le prometía ayuda británica como «amigo y aliado» contra la tiranía napoleónica<sup>128</sup>.

Aun sin ayuda británica, los jóvenes reclutas que formaban los ejércitos imperiales no consiguieron la mayor parte de sus objetivos iniciales; Zaragoza y Gerona resistieron sus primeros intentos de toma, en Valencia no pudieron siquiera entrar. En Andalucía, el general Dupont —vencedor en varias batallas continentales— en su marcha sobre Sevilla y Cádiz cosechó un primer triunfo en la toma de Córdoba, a la que sometió a una cruel represión; pero inmediatamente fue atacado y derrotado por el general Castaños en Bailén (17-22 de julio de 1808); era la primera vez que un gran ejército napoleónico era derrotado en una batalla campal y hecho prisionero, produciendo una explosión de orgullo patriótico que se mantendría a lo largo de toda la guerra. En Gibraltar, donde se habían abierto suscripciones populares para ayudar a dotar de pertrechos y víveres al ejército de Castaños y desde donde algunos jóvenes españoles allí residentes se habían enrolado en el nuevo ejército para luchar contra los franceses, la explosión de júbilo no fue menor que en otras ciudades españolas; se produjeron salvas de la batería de saludos, las fragatas amarradas en el puerto dispararon salvas de honor y la sensación en la ciudad era de fiesta, siendo iluminadas las calles y viviendas a la caída de la tarde y viéndose improvisadas inscripciones con vivas a Jorge III, Fernando VII y al general Castaños<sup>129</sup>.

<sup>127</sup> Wenceslao Ramírez, marqués de Villa Urrutia (1912): *Relaciones entre España e Inglaterra durante la Guerra de la Independencia: apuntes para la historia diplomática de España de 1808 á 1814*, Madrid, Librería de F. Beltrán.

<sup>128</sup> Las palabras exactas del monarca fueron: «I view with the liveliest interest the loyal and determined spirit manifested in resisting violence and perfidy with which the dearest rights of the Spanish nation have been assailed. The Kingdom thus nobly struggling against the usurpation and tyranny of France, can no longer be considered as the enemy of Great Britain, but is recognised, by me as a natural friend and ally». Citado en W. Jackson, *op. cit.*, p. 206.

<sup>129</sup> «La noticia de la victoria de Bailén ha causado en esta plaza un júbilo inexplicable», *Gaceta de Madrid*, 19 de agosto de 1808. La población gibraltareña estuvo en todo momento bien informada de los avatares bélicos a través del *Gibraltar Chronicle*. Un estudio de este seguimiento en C. Posac Mon (1997): «La guerra de la Independencia en las páginas del periódico *Gibraltar Chronicle (1808-1814)*», *Almoraima*, 17, pp. 295-319.

La victoria de Bailén fue conseguida por la habilidad de Castaños para unificar el mando de varias Juntas, reunir un ejército considerable y haber sabido interpretar el nuevo tipo de maniobras empleadas por las tropas francesas; pero también se logró gracias a la puntual incompetencia de Dupont, quien ni esperaba la presencia de un ejército español tan numeroso ni consideraba la posibilidad de que pudieran hacerle frente con un mínimo de eficacia. Su soberbia deparó la victoria y abrió las puertas de Madrid a Castaños, quien entró en la capital el 23 de agosto; las tropas francesas se replegaron hacia la llanura alavesa, llevándose consigo a José I. Todo ello permitió el comienzo de una centralización del poder que la simultánea presencia del monarca foráneo y de Juntas autóctonas había mantenido fragmentado.

Al mismo tiempo, en Portugal se estaban produciendo acontecimientos análogos; al norte de Lisboa desembarcó una fuerza expedicionaria comandada por el general Arthur Wellesley, más conocido por el título que alcanzó con motivo de su gran papel en la guerra: duque de Wellington. Al frente del ejército francés en Portugal se encontraba el general Junot, que marchó sobre el ejército británico siendo derrotado por Wellesley en Vimeiro y después en Rolica; en ese momento de debilidad francesa, que podría haber significado su derrota definitiva, llegó el gobernador Hew Dalrymple con su nombramiento de comandante del ejército británico en toda la península Ibérica. El enfrentamiento entre los generales británicos —al que se sumó también el general Burrard— posibilitó una negociación de Junot que tan sólo contemplaba el desalojo de las tropas francesas de Portugal (Convención de Sintra, 30 de agosto), trasladadas a Francia en barcos británicos. Dalrymple, Wellesley y Burrard fueron llamados a Londres para comparecer ante un tribunal de investigación para dar razón de su gestión; nadie fue acusado, pero sólo Wellesley volvió a la Península, siendo sustituido Dalrymple al frente de la gobernación de Gibraltar por el general Drummond<sup>130</sup>.

Las victorias de Bailén y Sintra no pudieron ser aprovechadas por los aliados españoles, portugueses y británicos para expulsar definitivamente a las tropas napoleónicas de la Península; la amplia campaña acometida contra las replegadas tropas francesas en Álava fue bloqueada y posteriormente derrotada por la entrada del propio Napoleón al frente de la *Grande Armée*, un nuevo ejército de más de 220.000 soldados veteranos, que en diciembre de 1808 ya se encontraban en disposición de reinstaurar a José I en Madrid. Un ejército británico fue desembarcado en Galicia, comandado por el general John Moore —muerto en la campaña—, pero su errática trayectoria no consiguió ningún triunfo y, perseguido por columnas francesas, debió ser reembarcado

<sup>130</sup> W. Jackson, *op. cit.*, p. 210.

en La Coruña. A partir de ese momento comenzó una nueva fase de la guerra, caracterizada por los esfuerzos españoles de frenar el avance francés al sur de Madrid y por las campañas francesas de tomar Portugal, donde fueron rechazados por un nuevo ejército británico al mando de Wellesley. Su entrada a través del valle del Tajo alcanzó su máxima extensión hasta Talavera, donde, con el ejército aliado (había presencia de soldados de una docena de países, incluida Francia), consiguió una victoria que le valió su nombramiento como duque de Wellington. Sin embargo, no se decidió a perseguir a las tropas francesas, tal vez por falta de acuerdo con las autoridades militares españolas. Éstas decidieron por su cuenta atacar la vanguardia francesa, siendo derrotados en Ocaña (19 de noviembre de 1809), lo que supuso la desarticulación de la mayor parte del ejército regular español. A partir de entonces comenzó una larga guerra de desgaste en la que la superioridad teórica del ejército imperial sería cuestionada por la actuación de la guerrilla, lo que obligaba al acuartelamiento en las grandes ciudades y su dispersión por todas las zonas, dejando el resto del territorio sin la presencia efectiva de tropas; esto fue bien aprovechado tanto por los guerrilleros como por los ejércitos británicos. En consecuencia, la orden de Napoleón de ocupar completamente el territorio estuvo muy lejos de ser cumplida y regiones completas (Galicia, Murcia, parte de Andalucía) no llegaron a ser controladas.

A comienzos de 1810 el imperio napoleónico se encontraba en su máximo esplendor; Napoleón se había divorciado de su primera mujer, Josefina, y había contraído nuevo matrimonio con María Luisa, la hija del emperador austriaco, quien le había dado su primer hijo. Las dificultades encontradas en España —donde la acción de la guerrilla hacía que la correspondencia con las órdenes de Napoleón tardaran cuarenta días en llegar de París a Madrid— hicieron que el emperador se decidiera a completar la ocupación de la Península. Durante ese año y el siguiente, el mariscal Suchet ocupó todo el Levante y en los primeros meses de 1810 todas las capitales y principales ciudades de Andalucía se rindieron al avance del mariscal Soult; tan sólo quedaron sin ocupar Gibraltar, Tarifa y Cádiz, donde se refugió la Junta Central. Únicamente en Portugal la ofensiva francesa fue un fracaso; la acometida en 1809 desde Galicia fue liquidada casi por completo por la guerrilla; ya en 1809 el general Massena, uno de los más prestigiosos del ejército napoleónico, recibió la orden de ocupar el país, pero su retaguardia fue atacada constantemente por la guerrilla, y Wellington dispuso una línea defensiva alrededor de Torres Vedras que frenó en seco el avance francés. Las posiciones se mantuvieron, siendo acosado el ejército francés desde su retaguardia por la guerrilla y en abril de 1811, ante la evidencia de la imposibilidad de doblegar la magnífica defensa de Wellington, se ordenó la retirada. Éste pudo frenar el ataque fran-

cés por la escasa dimensión del ejército, unos 40.000 hombres de los más de 200.000 soldados franceses que estaban en España; la acción guerrillera mantenía ocupada y diseminada la mayor parte, necesitando la misma cantidad de la que dispuso Massena para mantener abiertas unas líneas de comunicación en Navarra, que el guerrillero Espoz y Mina acosaba constantemente.

El teniente gobernador de Gibraltar, el general Colin Campbell, tenía tan buen juicio militar como sensibilidad política; a diferencia de otros oficiales británicos —comenzando por el propio Wellington—, no despreciaba a sus colegas españoles, lo que le permitió mantener unas magníficas relaciones y contar con su colaboración para reforzar las defensas de Ceuta y Tarifa. Sus contactos con la Junta Central en Cádiz le permitieron utilizar las fuerzas británicas para defender la ciudad y el puerto<sup>131</sup>; al ser demasiado complicado tomar al asalto la ciudad, Soult se conformó con mantenerla bloqueada. El control de la situación permitió a Campbell demoler todas las defensas españolas construidas durante el siglo XVIII, de modo especial la Línea de Contravalación, con el argumento de que podrían ser utilizadas por las tropas napoleónicas para cometer un asalto sobre Gibraltar; el 24 de febrero de 1810 se hicieron explotar los fuertes de Santa Bárbara y San Felipe, con el resto de las fortificaciones de la Línea; el *Gibraltar Chronicle* del 17 de febrero relata la voladura de los castillos, contemplada por una multitud de curiosos, para los que resultó un espectáculo «grandioso y pintoresco»; no hubo protesta española, pues ninguna autoridad española había para poder protestar<sup>132</sup>. Soult ni siquiera trató de atacar Gibraltar, desplazando sus tropas para la definitiva toma de Granada<sup>133</sup>.

Durante el resto de ese año y 1811 las operaciones militares de la zona se restringieron a las actuaciones guerrilleras de Ballesteros, que se había hecho fuerte en Jimena, y el intento de toma de Tarifa, defendida por el general Copons, con un importante apoyo británico<sup>134</sup>. El teniente gobernador Campbell sostuvo con ayudas de Gibraltar tanto las acciones de guerrillero como la encarnizada defensa de la cercana plaza (contra el criterio de Wellington),

<sup>131</sup> Al frente de las fuerzas británicas se encontraba el general Thomas Graham, que no mantuvo tan buenas relaciones con las autoridades españolas. A su cargo tenía un ejército de nueve mil británicos y tres mil portugueses; las tropas españolas ascendían a los dieciocho mil hombres. Su actuación y recuerdo de esta campaña la recogió en sus *Memoirs of General Lord Lynedock*, editadas en Edimburgo, en el año 1868.

<sup>132</sup> D. Ellicott, *op. cit.*, p. 85. Además de los castillos y la Línea completa, fueron destruidas las baterías de Punta Mala, Torre del Mirador, Boca del Guadarranque y Punta Carnero.

<sup>133</sup> J. A. Pleguezuelos Sánchez (2001): *La Guerra de la Independencia en San Roque (1808-1814)*, San Roque, Fundación de Cultura Luis Ortega Brú. M.<sup>a</sup> A. Peña Guerrero (2000): *El tiempo de los franceses: la guerra de la independencia en el suroeste español*, Almonte, Ayuntamiento de Almonte.

<sup>134</sup> J. A. Patrón Sandoval: «La guarnición británica de Tarifa durante la guerra de la independencia (1810-1813)», *Almoraima*, 25, 2001, pp. 317-334. J. del Álamo, *op. cit.*, pp. 211-213.

ocupándose además de combatir las secuelas de una nueva epidemia de tifus que apareció en el verano de 1810. La operación más ambiciosa fue el intento de romper el cerco sobre Cádiz, en el que debían participar de forma combinada las tropas en el interior de la ciudad, las que se encontraban en los barcos protegiendo la bahía y las que debían salir desde Gibraltar. En febrero de 1811, una preparación deficiente y la escasa coordinación entre los mandos español y británico hizo que, a pesar de imponerse a los tropas francesas en la batalla de Barrosa, el bloqueo sobre Cádiz no pudiera ser desmantelado<sup>135</sup>.

Con la ciudad sitiada se produjo en Cádiz la plasmación más efectiva de la revolución liberal española: la reunión de Cortes y la redacción y promulgación de la primera constitución (19 de marzo de 1812); los primeros pasos de un sistema democrático que desgraciadamente fue cortado muy pronto; tanto en el Campo de Gibraltar como por la colonia española en la plaza, fue jurada la Constitución española<sup>136</sup>. Pero la capacidad de las Cortes y el gobierno regente para conseguir la salida francesa de España era prácticamente nula; a pesar de las grandes dificultades a consecuencia de las actuaciones de las partidas guerrilleras, el ejército francés mantenía ocupadas las principales ciudades y sostenía en el trono a José Bonaparte. Sin embargo, ese año Napoleón tomó la catastrófica decisión de atacar Rusia y la formación del gran ejército que debía alcanzar Moscú exigió la retirada de efectivos destinados a España; la ocupación francesa adoptó posiciones claramente defensivas y las posibilidades de ataque sobre sus tropas se multiplicaron. En julio de 1812 un ejército angloportugués penetró por Salamanca y derrotó a los franceses en Los Arapiles, lo que hizo que José I decidiera abandonar Madrid y refugiarse en Valencia, mientras el mariscal Soult ordenaba el repliegue de las tropas en Andalucía: a finales de julio, una columna francesa llegó hasta San Roque, pero abandonó su posición de inmediato; el 25 de agosto fue levantado el sitio sobre Cádiz y dos días después salieron de Sevilla. Las autoridades españolas nombraron a Wellington generalísimo de los ejércitos aliados, pero su acreditada capacidad defensiva no se mantuvo cuando debió pasar a la ofensiva; decidió dividir sus fuerzas, que fueron frenadas en Burgos; a continuación ordenó la retirada hacia la frontera portuguesa, produciéndose entonces la batalla de Ciudad Rodrigo, donde Wellington fue derrotado. Con las tropas sacadas de Andalucía, Soult consiguió devolver a José I a Madrid, e incluso reiniciar una nueva ocupación de las zonas perdidas, pero la continua merma de efectivos (a comienzos de 1813 quedaban menos de 100.000 soldados franceses en España) impedía el efectivo desarrollo de sus

<sup>135</sup> W. Jackson, *op. cit.*, pp. 214-221.

<sup>136</sup> C. Posac Mon: «La jura de la Constitución de Cádiz en Gibraltar y su campo», *Almoraima*, 5, 1991, pp. 215-221.

acciones. El desastre de Rusia determinó la suerte de la guerra en España; ya teniendo la unidad de mando en sus manos y con un ejército conjunto de más de 110.000 hombres, Wellington se decidió a ocupar Castilla en la primavera de 1813 y dirigirse a la frontera francesa; las batallas de Vitoria (21 de junio, recuperando buena parte del botín en obras de arte que los franceses estaban sacando de España) y San Marcial (31 de agosto), obligaron a las últimas unidades francesas a pasar la frontera; destacamentos españoles ocuparon algunas ciudades del sur francés, donde se mantuvieron hasta la derrota napoleónica en 1814.